

NOVIEMBRE  
1931

# CURSOS y CONFERENCIAS



## SUMARIO:

Angel CÄBRERA — LOS MÉTODOS Y LOS PROBLEMAS DE LA PALEOBIOLOGÍA MODERNA: IV. *Los problemas de la ecología — Adaptación y Efarmosis — La reconstrucción del medio.*

Nicolás REPETTO — COOPERACIÓN LIBRE: VI. *Diversas clases de cooperativas.*

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: I. *Rasgos salientes de su formación intelectual*

Enrique LOEDEL PALUMBO — ESTRUCTURA DEL ATOMO: IV. *Espectros Roentgenianos.*

Juan MANTOVANI — INTRODUCCIÓN FILOSÓFICA A LOS ESTUDIOS PEDAGÓGICOS: III. *Educación Autónoma y Educación Heterónoma — Autoridad y Libertad en el proceso educativo.*

José GONZALEZ GALE — EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN: V. *El siglo XVIII.*

Aníbal PONCE — PSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA: IV. *La angustia.* V. *La ambición.*

AÑO I  
NUM. 5

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar  
**Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores**

SECRETARIA: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

# CURSOS y CONFERENCIAS

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*  
*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.*  
*Buenos Aires - Argentina*

---

## COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## Los Métodos y los Problemas de la Paleobiología Moderna

Por ANGEL CABRERA

### IV. — LOS PROBLEMAS DE LA ECOLOGIA — ADAP- TACION Y EFARMOSIS — LA RECONSTRUCCION DEL MEDIO

Un hecho curioso respecto a los estudios paleobiológicos, es el valor que han tenido para conocer lo que era el mundo en otros tiempos. Los paleobiólogos de hace 30 años, no se preocupaban más que en estudiar los animales fósiles; pero el paleobiólogo moderno ha querido estudiar el ambiente en que vivían, y de esa manera ha podido en cierto modo reconstruir el paisaje de los tiempos geológicos, con ayuda del estudio de la fauna. Efectivamente, hoy se ve, cuando se estudia los animales vivientes, que hay una relación constante entre el animal y el medio en que vive. Naturalmente, las teorías de Darwin y aun las mismas teorías de Lamarck, han influido y hecho ver la importancia que tiene el estudio del medio, de la residencia de los seres vivientes, y se ha venido a sentar de un modo indudable el principio de que el ser vivo está en armonía con el medio en que habita.

Este hecho, que si quisieramos demostrarlo, nos llevaría muy lejos, pero que el que tiene nociones de biología conoce demasiado, es el que corrientemente se denomina adaptación al medio. Yo soy poco aficionado a la palabra adaptación, pues a primera vista parece que cuando se habla de adaptación uno quisiera decir que hay algo en el animal de voluntario, alguna capacidad del animal de acomodarse al medio en que vive. Cuando al hablar de la persona, se dice que se adapta a la sociedad en que vive, reconocemos que hay algo en ella de voluntad para la adaptación. Aparte de esta falta de absoluta precisión en el término adaptación, tenemos que la adaptación se ha explicado de dos maneras: los neo-lamarckianos la explican por la influencia del medio sobre el ser; en tanto que los neo-darwinianos la explican por la selección natural. Yo no creo que estas teorías sean opuestas; al contrario, se completan: las influencias del medio pueden ser el fenómeno causal y la selección el fenómeno conservativo. Evidentemente, si determinados animales dentro de una especie varían bajo la influencia del medio, esta variación será una ventaja para aquellos animales que la presentan. Y que los que no la presentan, están expuestos a sucumbir. Creo por consiguiente que ambos fenómenos se completan, y estos dos fenómenos tienen sus detractores: los genetistas modernos que se oponen a ambas teorías, sobre todo a la teoría de la influencia del medio; pero hay que decirlo claro, se oponen por sistema, porque aseguran que la influencia del medio no está demostrada, pero sin embargo, confiesan que cuando ellos quieren en sus laboratorios obtener mutaciones, el único procedimiento que tienen, es producir una variación en las condiciones de vida de los seres, variaciones de temperatura, influencia de rayos ultravioletas, cambiar el grado higrométrico de las instalaciones en que se crían los animales, empleo de vapores de tabaco, etc., y por estos medios consiguen mutaciones. Así se da el caso curioso de que el genetista Bauer en una serie de conferencias que dió el año pasado, en la primera se mostró anti-lamarckiano furioso, diciendo que Lamark estaba en bancarrota; y sin embargo, en su última conferencia decía que la única causa comprobada que hoy conocemos de las mutaciones, son ligeras variaciones de las condiciones de vida en que se encuentra el ser.

Según sus mismas palabras: "sólo en este pequeño gra-

nito de arena se puede admitir la teoría de Lamarck". Ahora bien, este granito de arena constituye la base de toda la teoría. No nos podemos detener en las pruebas de casos de mutaciones hereditarias que se consiguen mediante variaciones en el ambiente; desde los experimentos de Tomer con la *Leptinotarsa*, hasta los de Beebe, que ha conseguido estacionar en las tanagras el plumaje de bodas durante todo el año, dando a las aves un ambiente especial, y con temperaturas y alimentos adecuados, hay una serie de experiencias de laboratorios que indican que hay una influencia del medio, y por último, hoy está demostrado plenamente que incluso la influencia visual de los colores de las plantas y del terreno en que se producen, mediante alteraciones en las secreciones internas, en las hormonas de determinados animales, determinan modificaciones en su color y forma.

El cambio de color de ciertos peces, como el del camaleón, son consecuencia de fenómenos hormónicos, producidos por una excitación nervioso-visual, y en algunos peces los fenómenos se hacen permanentes, como en los lenguados, y por consiguiente el animal cambia completamente de color, y ese color persiste mientras vive en las condiciones de coloración del medio que ha producido el efecto nervioso.

Hay muchos que creen que la adaptación sea una consecuencia de la influencia del medio. Pero la selección se contrapone al efecto adaptativo. Hoy todas son hipótesis en discusión, y esto unido a la falta de precisión del término adaptación hace que tal vez convenga en paleobiología usar el término efarmonia, vocablo que quiere decir, armonía con aquello sobre lo cual se está. Este término fué ideado en el año 1883 por un botánico francés Vesque, y algunos botánicos que se ocupan de ecología de las plantas lo emplean, porque así no tienen que estudiar el mecanismo del fenómeno, no hacen más que sentar el hecho de que entre las plantas y el terreno hay una cierta armonía.

En zoología, y en biología general, se podría por lo tanto, emplear ese término. Efarmonia es la consecuencia del hecho de que un ser armoniza con el medio en que vive. Si en la biología moderna sabemos que esto es un hecho, que el animal y la planta del desierto tienen color peculiar, y que el animal y la planta tiene determinados órganos para acumular hu-

medad. y si se puede decir que los animales que trepan son animales de bosque; que el animal que tiene aparatos de natación es acuático, y no vive lejos del agua; el que tiene alas es por que vuela y no es exclusivamente terrestre; es lógico pensar que siempre ocurrió lo mismo, y entonces volviendo la oración por pasiva, conociendo los animales del pasado, podemos conocer el medio en que vivieron.

Yo recuerdo siempre la figura de un maestro de la zoología, Matschie, fallecido hace poco, que cuando recibía colecciones de viajeros o naturalistas, miraba a los ejemplares y decía de qué región procedían, si esa región tenía rocas, si eran valles, si eran desiertos o estepas, antes de saber la localidad de donde procedían, y eso hasta lo hacía con animales ya preparados, con cueros secos, con insectos, porque tenía la costumbre de correlacionar los caracteres con el medio. Esta misma correlación puede establecerla hoy el paleobiólogo; conociendo la estructura de los fósiles, se podrán conocer sus costumbres y de ellas se podrá deducir en qué medios vivían. A nadie se le hubiera ocurrido pensar que el ictiosaurio era un animal terrestre, y que el pterodáctilo se arrastraba por el suelo.

Cuando se descubrió el pterodáctilo, se creyó que era un animal acuático, y se creyó que el quinto dedo, enormemente prolongado, el que sostenía el ala, lo que sostenía era una aleta para nadar. Pero cuando se fijaron los paleobiólogos que tenía un esternón con una fuerte quilla central cayeron en la cuenta de que era un animal volador, lo que se confirmó cuando se encontraron impresiones sobre piedra caliza con la conformación exterior del animal.

Pero estos casos de duda, generalmente no se presentan, tanto en cuanto al medio en general, como en cuanto a los pequeños detalles, que son los que reunidos constituyen el paisaje. Puede restaurarse el aspecto de un país valiéndose de los animales fósiles, cuando se tiene presente el conjunto de la fauna fósil de aquel país en determinado período. El hallazgo de un solo ejemplar con determinados caracteres, puede prestarse a errores de más o menos bulto; así, el hallazgo de un animal acuático aislado en una región donde todo el resto de la fauna fósil fuesen animales terrestres, podría interpretarse como que aquel animal había sido atrapado por un animal carnívoro y llevado lejos del agua; pero si los animales acuá-

ticos se hallan en gran cantidad, es claro pensar que aquellos terrenos fueron, según se trate de animales de agua dulce o marinos, o una formación marina, o una formación lacustre, o una formación fluvial.

Del mismo modo, si en una fauna fósil, en el conjunto de una determinada formación geológica, predominan animales cuya estructura revela que eran grandes herbívoros, lo lógico es pensar que eran praderas muy ricas en vegetación; y si estos animales tienen la dentadura dispuesta para comer hojas en gran cantidad, es lógico pensar, aunque no se encuentren restos vegetales, que tuvo que haber árboles con hojas.

En esto me he basado yo, cuando he sostenido en algunos artículos, que lo que hoy conocemos vulgarmente con el nombre de pampas argentinas, (muy incorrectamente, porque las verdaderas pampas son las mesetas de la cordillera), hubo de ser en otro tiempo regiones ricas en arbolado. Cuando he sostenido ésto, me he apoyado en el conjunto de la fauna llamada por antonomasia, fauna pampera, porque en ésta fauna abundan la "macrauquenia", que tiene una pequeña trompa parecida a la del tapir, y que por consiguiente lo más probable es que la utilizase para agarrar pequeñas ramas de árboles, porque ningún animal provisto de trompa come en el suelo; y también abundan los mastodontes, de dentadura o sistema dentario muy semejante a los elefantes actuales, y provistos de enormes defensas, que incluso en una de las especies son casi enteramente rectas, para hacer el oficio de barretas; y había también otros animales, como los toxodontes, cuya estructura parece revelar que viven en sitios verdaderamente ricos en vegetación; y claro está, al lado de estos animales encontramos otros que parecen animales propios de praderas, por ejemplo: caballos fósiles, venados fósiles, exactamente iguales a los que hay hoy; y esos tipos distintos hace pensar que lo que hoy son las pampas, eran, no un país de bosques vírgenes como es el Brasil, pero sí algo parecido a lo que es hoy Entre Ríos, es decir, una región en que las praderas, ricas en gramíneas, alternan con lo que llaman los autores de geografía física, bosques de parque, es decir, con isletas o pequeños bosquecillos y algunos árboles bastante grandes.

Se ha discutido, en cuanto a los animales que vivieron aquí, en la región pampeana, como ocurre con el megaterio,

cómo podían vivir. Algunos creían que el megaterio vivía colgado de los árboles, cosa absurda, puesto que era un animal tan pesado como el elefante, y alguien pensó que éste animal cavaba la tierra para comer raíces; pero sus molares son distintos de los de los seres rizófagos, y además carece de incisivos, que sirven cuanto más grandes precisamente para arrancar y partir las raíces. Eso se ve en la mayor parte de los animales que se alimentan de raíces, como son los roedores; tienen cuatro incisivos, los dos de abajo enormemente desarrollados para cortar las raíces. Además los molares del megaterio son casi absolutamente idénticos en su estructura a los molares de los animales folívoros, que son el canguro, por una parte, y el tapir por otra.

Por otra parte, el hecho de que el megaterio tenga un enorme costillar, prueba que tenía una alimentación sumamente abundante; para afirmar que el megaterio se alimentaba de raíces, no basta el argumento de que no se encuentran rastros de árboles, porque era un animal tan grande, que si en realidad se alimentaba de raíces, tenían que ser de árboles gigantescos, de manera de que en el supuesto de que se alimentara de raíces, podríamos preguntar dónde estaban los restos de todas esas raíces, y dónde los restos de los árboles que las produjeron.

En una palabra, refiriéndonos al megaterio, parece que era un animal que se alimentaba efectivamente de hojas de árboles, y sus garras anteriores sumamente fuertes y poderosas, nada tienen que ver con la alimentación de las raíces, pues muy bien podía usar estas garras para desarraigar los árboles.

Algunos creyeron que el megaterio abría galerías debajo del suelo, pero es también un absurdo pensar que un animal tan corpulento fuera a abrir túneles que podrían casi provocar un hundimiento del terreno. Lo lógico es pensar que el animal cavaba para sacar la tierra del lado de las raíces, y tumbar los árboles, es decir, hacer con las extremidades delanteras, exactamente lo que hace el elefante con los incisivos; y en cambio, cuando el árbol no era muy alto, el animal se colocaba en dos pies, y con la lengua, que era muy extensible como la de la jirafa, lo que está demostrado por el estudio del ioides, alcanzaba las hojas.

Y este es un argumento más para decir que hubo arbolado en el país. Del mismo modo se ha podido reconstruir en



otros países, con más o menos aproximación, el paisaje, y hasta el clima, y así podemos tener la seguridad de que el clima de la región que hoy llamamos la pampa, era benigno, agradable, y hasta fresco en la mayor parte del año, porque encontramos que animales, que hoy sólo se encuentran en lo alto de la cordillera, como determinadas especies de venados y de vicuña, en los tiempos pampeanos vivían al lado de la laguna de Chascomús. Esto favorece a quienes estudian el aspecto del paisaje en otros tiempos, para estudiar también cómo cambia el paisaje.

Evidentemente, tuvo que haber períodos de sequía larguísima, no como las sequías de que nos habla Darwin, que duraron algunos años, y que terminaba con gran parte de la caza de la Patagonia, sino sequías de siglos, que matan la vegetación, que hacen que los animales de clima fresco tengan que desaparecer, y subsistan solamente ciertas formas de roedores, para los cuales el clima de la superficie del terreno es completamente indistinto, porque viven bajo tierra, o como los guanacos que son sumamente plásticos, que se acomodan a vivir en cualquier parte y tanto viven cerca del mar, como en lo alto de la cordillera en Catamarca; lo mismo que el puma, que es un animal igualmente plástico, que se acomoda a todo, y vive en todas partes.

Los geólogos europeos han podido reconstruir el paisaje vulgarmente llamado glacial, de los tiempos cuaternarios, y han podido decir en qué época ese paisaje tuvo el aspecto de una tundra siberiana, y en qué época tuvo el aspecto de una región africana, basándose sobre todo en las faunas, viendo que ha habido alternativas, épocas en que ha habido fauna de carácter africano, luego parecida a la de las tundras, y luego de tipo parecido a la de las estepas.

Estas faunas, naturalmente, como veremos en una de las clases próximas, no han variado caprichosamente como varía uno de ropa, sino a consecuencia de la evolución y de migraciones e inmigraciones de la fauna; y éstos cambios de la fauna han permitido al geólogo europeo restablecer en una forma ideal, pero bastante aproximada, los distintos aspectos que ofrecía Europa en éstas distintas épocas. Así, por ejemplo, el hecho de que en la Europa Central existiese, durante la época de los glaciares, el buey almizclado, que hoy solamente

vive en regiones donde hay nieves eternas, prueba que estas nieves llegaban a lo que hoy es el Sur de Alemania y centro de Francia.

Los países del Norte de Europa, Norte de Alemania e Islas Británicas, han tenido períodos en que tenían una fauna más o menos parecida a la que hay hoy en Argelia y Tunez, y, naturalmente, al tener esta fauna, se puede asegurar que el paisaje tenía un cierto parecido con el paisaje de Tunez y Argelia, puesto que la topografía de un paisaje está de acuerdo con su fauna. De este modo, basándose en la ley de adaptación, en la ley de efarmosis, es como el paleobiólogo puede restaurar el paisaje, el medio, casi con tanta exactitud o más exactitud con que restaura el exterior del animal. Antes a ésto no se le daba importancia, pero hoy el estudio tiene cierto valor porque mueve entonces a la consideración y al análisis de determinados fenómenos, como los cambios climáticos, relacionados con cambios de posición del polo magnético, o con fenómenos peculiares a los distintos continentes. Por ejemplo, un problema con que los geólogos se enfrentan, es como ocurrieron en el hemisferio Sur las cosas, mientras había glaciaciones en el Norte. ¿Correspondían entonces al Sur períodos de sequía, que serían los que extinguieron la flora? Téngase presente que hoy ocurre un fenómeno parecido, primero que las estaciones son inversas en el hemisferio norte y en el hemisferio sur, y después que a un invierno riguroso en el norte corresponde un verano riguroso en el sur y a un verano benigno en el norte, corresponde un verano benigno en el sur.

Este fenómeno climático que puede comprobar cualquiera con hojear la colección de un diario y comparar los grados de temperatura, el estado barométrico y termométrico a través de los años; este fenómeno que es fácilmente comprobable en esa forma estadística puede dar lugar a pensar que efectivamente, a las glaciaciones y fríos del norte, habían correspondido sequías y agostamientos de la vegetación en nuestro hemisferio. Y tendríamos que del estudio del medio, derivado del estudio de los fósiles, podría sacarse conclusiones relativas al fenómeno climático y su correspondencia entre norte y sur.

Estas son hipótesis que indican hasta dónde puede llegar el estudio de la ecología por medio de la paleobiología; se puede llegar hasta el detalle, saber, por ejemplo, si el terreno

en que vivían los animales en aquellos tiempos, era un terreno fácil de socavar o difícil de socavar; se han encontrado en la América del Norte lo que se llaman madrigueras de determinados roedores, cuyos roedores se desconocen, pero se conocen las madrigueras porque se han encontrado concreciones que tienen la forma interior de un túnel y puede uno, estudiando las concreciones, averiguar la forma que tenía el túnel, y aplicando las leyes mecánicas averiguar si correspondían a terreno blando o a terreno duro. De la misma manera se puede saber si en un mar, del que no queden más que restos de moluscos fósiles, había rocas, o si era una playa arenosa; porque por ejemplo, cuando la playa es arenosa se conservan restos de gusanos, lo que indica que allí había arena. Y cuando era roca se conservan los agujeros cavados abiertos por moluscos cavadores, y aún, se ha llegado a descubrir las rocas con las galerías y moluscos fósiles dentro.

He venido hablando de los fósiles con preferencia sólo a animales, pues con las plantas fósiles el paisaje es fácil de reconstruir. Se puede restaurar casi perfectamente el paisaje carbonífero y es precisamente porque la hulla no es más que vegetación fosilizada; así se puede estudiar su estructura y restaurar la forma de los árboles que se han convertido en carbón de piedra. Se puede saber que los bosques carboníferos, eran de tipo pantanoso, porque debajo de ellos se encuentran pizarras esquistas y allí se encuentran impresiones de vegetales o animales que vivían en el agua o terreno pantanoso, no sólo batracios y peces, sino impresiones de insectos, pues hay especies de éstos que viven en regiones pantanosas; pero lo que no se encuentra son animales terrestres, reptiles terrestres. Indudablemente había en aquella época reptiles terrestres, por lo menos batracios, y sin embargo, no se encuentra ningún ser terrestre, lo cual prueba que el fondo era pantanoso.

¿Cómo es que yo me permito afirmar que había reptiles terrestres? Es porque en los períodos siguientes hubo reptiles bien evolucionados, y no es permitido pensar que surgieron de pronto de la nada. En Rusia y en el sur de Africa se encuentran reptiles del tamaño del buey, y perfectamente evolucionados cuyos antecesores vivieron en el período carbonífero, y cuyos

restos no se conservan, porque tampoco se conservan los sedimentos.

De este modo, el paisaje de los bosques carboníferos se puede reconstruir con su flora y fauna casi como un paisaje actual a la vista del documento actual.

# COOPERACION LIBRE

Por NICOLAS REPETTO

## VI. — DIVERSAS CLASES DE COOPERATIVAS

La lección de hoy la consagraremos al estudio de las diversas clases de cooperativas. En mi primer viaje a la ciudad de Tucumán, hace unos 30 años ya, tuve oportunidad de visitar la casa donde en 1816 se juró la independencia de nuestro país. Fué este un hecho trascendental, realizado por hombres cuya importancia no residía en sus virtudes aparentes, sino en el conocimiento profundo que tenían de los problemas del momento y en el sano propósito que los animaba de llevarles una solución; hombres que habían acudido de todos los puntos del país, que habían hecho un viaje largo y penoso y que se congregaban en una modesta casa para proclamar la independencia de una nueva nación. Esta proclamación se hizo en una pequeña y modestísima sala, que si la comparáramos con esta amplia aula, nos mostraría la distancia que media entre un ranchito modesto y un suntuoso palacio. La misma emoción y el mismo sentimiento que experimentan los argentinos cuando evocan aquel ranchito tucumano, deben experimentar los cooperadores de verdad cuando evocan la imagen de aquella modesta casita, de aquella mínima tiendita de la calle del Sapo,

que fué la cuna del movimiento cooperativo, movimiento que se ha difundido, extendido y diversificado en tantas formas, que resulta realmente imposible enumerarlas o clasificarlas para darlas a conocer en una sola lección.

En 86 años la cooperación se ha extendido enormemente, las sociedades cooperativas se han multiplicado al infinito, sus formas de acción han adquirido aspectos múltiples, pero todas esas formas distintas de sociedades cooperativas pueden ser consideradas como organizaciones que tienen esta característica común; son asociaciones de carácter popular, que persiguen fines de bien común, realizando, por procedimientos democráticos, las grandes reglas, los grandes principios instituidos por los "pioneers" de Rochdale. Aquí está, como Vdes. ven, el principio de una definición. En la primera clase dijimos que no era necesario definir la cooperación, pues la definición vendría espontáneamente, naturalmente, a medida que avanzáramos es el estudio y en el conocimiento de la materia. Ahora, ya me parece que estamos bastante adelantados para anticipar esta definición rudimentaria: la cooperación es una forma de asociación que persigue fines de bien común, y los realiza mediante una organización democrática basada en los principios básicos sentados por los "pioneers" de Rochdale. No obstante el inmenso desarrollo que han alcanzado en todo el mundo, las cooperativas no sólo mantienen, sino que afirman cada vez más el carácter de uniones de pequeños esfuerzos para fines de bien común. De éstas cooperativas está, como ya he dicho, absolutamente excluido el lucro, la ganancia, el dividendo, y ésto nos permite señalar el siguiente contraste. En una empresa de ferrocarriles, por ejemplo, los accionistas no tienen en cuenta ni les interesa sino el dividendo que perciben, el dividendo que puede pagar la empresa. Para este accionista las otras circunstancias son de un orden secundario, lo que le interesa es el dividendo; el servicio que presta el ferrocarril, la regularidad y exactitud con que marchan los trenes, o su puntualidad, eso es una cuestión secundaria, pues lo que le preocupa en primer lugar es el dividendo. En una cooperativa, en cambio, a los socios no les interesa el dividendo, no les interesa la ganancia, lo que les interesa es la buena marcha del tren cooperativo, lo que les interesa es que se realicen de una manera satisfactoria

los fines de la sociedad, que todo marche de acuerdo al sentimiento inspirado por un interés colectivo.

Con lo que acabo de decir y lo que he dicho anteriormente, quedan reunidos algunos elementos que nos permitirán entrar ya con más provecho al examen de una nueva definición. Es la dada por un agrónomo canadiense, el profesor Tood, quien ha definido la cooperación en estos términos, (les ruego que traten de fijarse en los tres elementos principales de esta definición); dice Mr. S. E. Tood: "La cooperación es una asociación de hombres modestos y desinteresados", primer elemento; "que tiene por objeto comerciar colectivamente los artículos de su consumo o producción", segundo elemento; "y organizada en forma tal que los asociados se distribuyen los beneficios en proporción al uso que hacen de la sociedad", tercer elemento. Están los tres elementos: hombres modestos y desinteresados que quieren comerciar colectivamente su consumo o su producción, y que todo esto lo hacen de tal manera que distribuyen los beneficios en proporción al trabajo o a la ocupación que cada uno como socio da a la sociedad. El factor capital, dinero, queda, por lo tanto, colocado aquí en un segundo plano; los beneficios, las ventajas no se distribuyen en proporción al capital que cada uno tenga, sino a la cantidad de trabajo o al monto de los negocios que realiza con la sociedad.

Esta definición de Mr. Tood sería completa, sería realmente ideal, si Mr. Tood hubiera podido abarcar en su definición todas las formas que ha asumido la cooperación, todos los aspectos en que se ha diversificado el movimiento cooperativo. Mr. Tood se refiere exclusivamente a "comerciar colectivamente los artículos de su consumo o de su producción", pero es que la organización cooperativa se ha extendido a otra clase de actividades. Las cooperativas ya no son solamente de consumos personales, ni de producción; hay cooperativas de servicios, que tienen una importancia muy grande, y de las cuales podría señalar una, que me parece de una factura, inspiración u origen exclusivamente argentino. Me refiero a las cooperativas de ómnibus, de las cuales una ha funcionado con gran éxito, aquí en Lanús Oeste, donde existe un número considerable de vecinos, tres o cuatro millares, que todos los días tienen necesidad de trasladarse a Avellaneda, donde tra-

bajan. Concibieron la idea de organizar una cooperativa de grandes omnibus para hacer los viajes de Lanús Oeste-Avellaneda y viceversa: reunieron el capital, adquirieron los omnibus, todo eso entró en servicio, funcionaba con una regularidad perfecta, a entera satisfacción de los socios, pero molestaba a algunas empresas capitalistas que explotan líneas concurrentes, empresas que cuentan con el padrinazgo de personajes políticos influyentes. Un día subió a uno de estos omnibus cooperativos, un inspector que requirió de todos los viajeros la presentación del carnet que los acreditaba como socios de la cooperativa y que en ese carácter viajaban en los omnibus. Uno de los pasajeros, socio de la cooperativa, había olvidado su carnet, y el inspector denunció el hecho ante la autoridad correspondiente. Esta consideró que la cooperativa violaba sus propios estatutos y las leyes a que se había acogido, y entonces, no sólo le fué quitada la personería jurídica a esa cooperativa, sino que le fué prohibido seguir funcionando. Y en todo ese manejo intervinieron algunas influencias, como ya les digo, influencias políticas, muy poderosas desde luego, ya que han podido determinar semejante solución.

Este es un tipo de cooperativa de servicios, en ella no hay ningún consumo personal; es un servicio, como el que prestan las cooperativas de peluqueros, tan comunes en Inglaterra. Aquí se trata de cooperativas de servicio, que Mr. Tood no las ha podido comprender en su definición, porque probablemente el no ha querido abarcar sino los hechos más importantes en el dominio de la cooperación. El dice en su definición, que la cooperativa es una asociación de *hombres* modestos y desinteresados, pero es preciso advertir que con el andar del tiempo han llegado a formar parte integrante de las cooperativas entidades que no son precisamente hombres. Las cooperativas mayoristas no están formadas por hombres; los socios de una cooperativa mayorista son cooperativas. Hay además cooperativas en las cuales no entran para nada los hombres, sino que entran entidades jurídicas; por ejemplo, la cooperativa fundada y organizada por la ley francesa para explotar la energía eléctrica de las cascadas del Ródano. Es una cooperativa de la cual no forman parte hombres, son todas personas, son el gobierno francés, son las municipalidades por cuya jurisdicción pasarán los cables que llevan la energía eléctrica



desde las cascadas del Ródano hasta París, son los establecimientos industriales que necesitan de la corriente eléctrica.

En esta cooperativa nadie podrá obtener directamente la corriente eléctrica para iluminar su casa, cada uno deberá tomar esa corriente de la municipalidad asociada a esta gran cooperativa. Así es, que si nosotros completamos la definición de Mr. Tood agregando al comercio o a la producción de artículos de consumo, los servicios cooperativos, si ampliamos un poco el concepto reconociendo que también pueden formar cooperativas entidades que no son personas individuales, aisladas, sino otras cooperativas o municipios, o gobiernos de provincia, o gobiernos de la Nación, si ampliamos todo eso, entonces la definición de Mr. Tood resulta una definición aceptable. Esta definición de Mr. Tood, no comprende tampoco las cooperativas de trabajo, de las cuales también nuestro país acaba de dar el ejemplo práctico de una sumamente interesante. Es una cooperativa de descargadores, de gente que hará su trabajo principalmente en la aduana, una sociedad en la cual no intervendrán sino los socios, a cuyo cargo estarán todas las tareas, desde los despachos aduaneros, — un trabajo que parece más bien de oficina — hasta la descarga de los bultos y la carga en los vehículos. Esta cooperativa tiene consignado en sus estatutos el propósito de ocuparse de trabajos de pavimentación; todo eso, vuelvo a repetirles, será trabajo hecho por los propios socios.

El rasgo verdaderamente saliente y específico de las organizaciones cooperativas, es ser sociedades que persiguen fines de bien común y sin ningún propósito de lucro. Podemos agregar ahora a ese primer elemento, otro elemento nuevo, y es el principio descubierto por el Arquímedes de la cooperación, por aquel obrero urdidor Carlos Howarth, mencionado en la primera clase, principio según el cual en las cooperativas los beneficios o las utilidades han de distribuirse en proporción al consumo o al trabajo de cada cual. Ese es un principio muy importante, es la segunda característica de esta clase de sociedades: hay que distribuir las utilidades en proporción a la actividad o a los servicios que cada socio reclama de la sociedad. En proporción a lo que consume, si es una cooperativa de consumo; en proporción a lo que vende, si es una coopera-

tiva de venta; y en proporción a lo que trabaja, o al producto de lo que se trabaja, si es una cooperativa de trabajo.

Es interesante ver como el principio de Carlos Howarth, la segunda característica de la sociedad, ha sido aplicado en nuestra ley nacional de cooperativas, ley que la proyectó el Dr. Justo, y ha sido sancionada exactamente como la proyectó su autor. Las utilidades, dice el inciso 17 del artículo 2º de la ley argentina, se distribuirán: a) En las cooperativas o secciones de consumo, en proporción al consumo hecho por cada socio. (Habíamos dicho ya, que los "pioneers", desde el principio de su organización, establecieron que las utilidades o el excedente del consumo, se distribuirían entre los socios, en proporción, a prorrata de su consumo, de manera que el que hubiera consumido más, recibiría más veces tantos peniques por cada chelín que hubiera gastado). b) En las cooperativas de producción, en proporción al trabajo hecho por cada uno. c) En las cooperativas o secciones de adquisición de elementos de trabajo y de transformación y venta de productos, en proporción al monto de las operaciones de cada socio con la sociedad. d) En las cooperativas o secciones de crédito, en proporción al capital. Sólo en este último caso la ley se aparta del principio de Howarth, y se aparta por razones obvias. Algunos han hecho esta pregunta: ¿por qué en las cooperativas de crédito las utilidades no se distribuyen en relación a los préstamos que han recibido los socios, en proporción al uso que los socios han hecho de los préstamos? Pero es evidente que si un hombre, un trabajador, un empleado, lleva sus ahorros a una cooperativa de crédito, es para que ese ahorro obtenga un interés; si el interés del dinero ahorrado sirviera principalmente para ser distribuido entre los que han recibido los préstamos, es evidente que el ahorro ya no tendría ningún interés en invertirse en la cooperativa, y entonces iría a buscar inversiones en las otras organizaciones financieras de orden capitalista.

Veamos ahora las diversas clases de cooperativas. Yo no podré esta noche enumerarlas todas porque esa sería una tarea de nunca acabar. Podríamos dedicar toda una clase en enumerar cooperativas, pero lo importante es precisamente entender bien en qué consisten, cuál es el fundamento de las formas más comunes, pues comprendido bien todo eso, entonces lo demás viene por sí sólo. La primera gran categoría ya la cono-

ceamos, son las cooperativas de consumo, son las que los ingleses llaman sociedades de distribución. Las cooperativas de consumo se organizan para proveer a sus socios de artículos de consumo personal. La cooperativa de consumo no provee de tirantes de hierro, ni de puertas, ni ventanas, ni balcones; provee de artículos de consumo personal, y lo hace generalmente a los precios corrientes de la plaza. *Cobra al contado*, y esos artículos o esos valores de uso, la cooperativa los adquiere en el comercio mayorista, o directamente en las fábricas que los producen, o en el almacén o cooperativa mayorista, o los importa. A veces la cooperativa de consumo tiene un ramo de producción. Hemos visto como en Bélgica las cooperativas de consumo, muy a menudo tienen una panadería anexa. En Inglaterra algunas cooperativas, no muy grandes, tienen en común una fábrica de jabón, pero en general las cooperativas de consumo adquieren ya elaborados los valores de uso que distribuyen a sus socios. Los adquieren, como he dicho, en el comercio mayorista, en las fábricas directamente, o en la cooperativa mayorista o los importan. Insisto nuevamente en que en la panadería anexa a un cooperativa de consumo, o en las mismas fábricas de productos de las cooperativas mayoristas, el personal de oficina, el personal técnico, el personal obrero, trabaja en las condiciones corrientes de la sociedad capitalista en que vivimos, está sometido a las mismas condiciones de trabajo. En una de esas cooperativas puede alguna vez hacerse alguna concesión especial a su personal; pero en general las condiciones equivalen, son exactamente las mismas; el régimen que impera para el personal dentro de esos establecimientos de producción cooperativa, es un régimen capitalista. Todas estas secciones de producción de una cooperativa de consumo, no deben ser confundidas con las verdaderas cooperativas de producción, de las cuales vamos a hablar dentro de un momento. Una cosa es una cooperativa de producción, organizada por obreros que trabajan ellos y que son ellos dueños de todos los implementos, máquinas, materias primas y que se distribuyen sólo ellos el producido del trabajo. Otra cosa es que una cooperativa de consumo instale su propia fábrica para producir algunos de los artículos que consume en vasta escala, que le conviene más, por eso mismo, fabricarlos, que adquirirlos. Conviene distinguir bien estas dos cosas: una cosa es una coopera-

tiva de producción y otra cosa es una sección de producción de una cooperativa de consumo. En esta última forma, la casa, el taller, la fábrica, etc., no son de propiedad de los obreros que trabajan en ellos. Creo haber dicho ya lo suficiente para que esto quede bien aclarado.

Estas cooperativas de consumo, que venden al contado y al precio de la plaza, distribuyen las utilidades en proporción al consumo de cada socio. Las utilidades provienen de esto: se compra al contado en los comercios de producción, fábricas, cooperativas mayoristas si las hay, o en el extranjero, en las mejores condiciones de precio, y luego se vende o se distribuye a los socios, también al contado, al precio corriente de la plaza. Hay por lo tanto un margen grande entre lo que ha costado adquirir las cosas y lo que se ha cobrado para distribuir las cosas. De ese margen, la cooperativa deduce lo que ha gastado para la recepción y distribución de las cosas. Cuando las cosas llegan a la cooperativa, hay gastos: el personal debe ponerlas en estanterías especiales donde hay que conservar todo eso; hay después que empaquetar, hay que expedirlas, enviarlas, ponerlas al alcance de los socios que las soliciten. La cooperativa deduce de este margen, de esta diferencia entre lo que le han costado las cosas y el precio a que las ha vendido, deduce todos esos gastos, y después queda un saldo, *ese saldo es la utilidad*, utilidad que se distribuye entre los socios en proporción o a prorrata de lo que ellos han consumido. Las cooperativas mayoristas, Vdes. ya saben lo que son; las cooperativas mayoristas son cooperativas de cooperativas. Son sociedades cuyas unidades están constituídas por cooperativas de consumo. Realmente, los tipos o ejemplos clásicos de esas sociedades, son las cooperativas mayoristas inglesas, escocesas, alemanas, en fin, todas esas de las cuales ya hemos hablado al ocuparnos del movimiento cooperativo de esos países. En algunos países estas cooperativas mayoristas tienen un carácter autónomo. Son la reunión de las cooperativas de consumo que quieren formar parte de la mayorista. En Inglaterra es así, y ahora justamente la mayorista inglesa realiza un gran movimiento de propaganda a fin de que no quede una sola cooperativa de consumo en Inglaterra que no se provea en la mayorista. En otros países las mayoristas no son entidades autónomas, son resortes creados por la misma federación de cooperativas,

que se constituye en el proveedor de las cooperativas federadas. En Inglaterra, Escocia, Alemania, Francia, Austria y Bélgica las cooperativas mayoristas son sociedades autónomas; en Suiza, Hungría, Noruega, etc., forman parte de la respectiva federación nacional de cooperativas.

Veamos ahora las cooperativas de producción, las famosas fábricas de los trabajadores: el ferrocarril para los ferroviarios, los buques para los marineros, las panaderías para los panaderos, ese concepto más o menos trascendental que nació en los albores de la cooperación. Vimos ya cómo los obreros sometidos a las nuevas condiciones creadas por la revolución industrial del siglo XVIII, creyeron librarse, o por lo menos defenderse, refugiándose en organismos propios, de un tipo más o menos comunista. De ese régimen naciente, esos hombres quisieron defenderse por medio de organismos o sociedades que copiaban un poco el tipo del comunismo medioeval, de donde ellos procedían. Y recordarán Vdes. lo que dijimos cuando hablamos de aquel proyecto del ministro francés Louis Blanc, que había tomado con mucho entusiasmo estas cooperativas nacionales, estas cooperativas de producción subvencionadas o ayudadas financieramente por el Estado. Esto dió un gran impulso a esta idea más o menos generosa, pero no práctica por que prescindía de las realidades sociales y económicas del momento. Esas cooperativas tomaron algún impulso, se desarrollaron algunas en Francia y otros países, pero vimos después cómo esas cooperativas o se atrofiaban o desaparecían, y otras se transformaban en simples sociedades anónimas de tipo capitalista. Justo las ha caracterizado tan bien, en una forma tan simple y con tan pocas palabras, que francamente yo creo que no podría hacer nada mejor que leer esas palabras, pronunciadas en una conferencia el año 1897, me parece, hace ya 34 años, por consiguiente, y ellas son una prueba de la clarividencia de aquel hombre, que frente a problemas complejos sabía descartar al instante la hojarasca inútil para descubrir lo realmente fundamental de los mismos.

“Las cooperativas de producción, dijo Justo, se proponen realizar la fábrica de los trabajadores, por ejemplo, la vidriería de los vidrieros, o la tenería de los curtidores, asociaciones autónomas de obreros colectivamente propietarios de sus medios de producción, que trabajan bajo la dirección que

ellos mismos se dan y conservan el producto íntegro de su trabajo. Suprimiendo al capitalista, que personifica la explotación, estas asociaciones parecen realizar el ideal del trabajo productivo y libre". Ya me referí en la primera clase y enumeré algunas de las circunstancias que traban en una forma realmente invencible el desarrollo de estas sociedades; dije que era imposible que estas cooperativas de producción pudieran prosperar, porque la evolución industrial ha creado unidades industriales tan enormes, tan fantásticamente grandes, que los obreros que trabajan en ellas no tendrán jamás suficiente capital para fundarlas. Los establecimientos industriales modernos, que persiguen naturalmente la reducción del costo de producción, dan a sus medios de trabajo una expansión enorme. Los grandes, los formidables establecimientos industriales son los que hoy pueden trabajar con provecho. De manera que, ¿de dónde van a sacar los obreros que trabajan en esos establecimientos, los capitales necesarios para establecer su fábrica propia de acuerdo a la técnica moderna? Señalamos en aquella lección, otra circunstancia, otro factor que traba la prosperidad de estas sociedades, y era un factor psicológico. Nosotros dijimos, refiriéndonos a la observación hecha por un economista inglés, que entre los obreros hay una tendencia marcada a no reconocer aptitud, a no someterse a la dirección y a la disciplina, cuando esta dirección y esta disciplina proceden de hombres de su misma condición económica y de su misma clase social. Dijimos que los obreros están expuestos a dejarse sugestionar, o a acatar las órdenes, o someterse a una disciplina, cuando ésta procede de hombres de una categoría social, de una condición social distinta: diplomados, universitarios, hombres de cierto prestigio social. Esa gente puede sobre ellos mucho más que un hombre de su propia clase, por más inteligente y capaz que sea el hombre de su clase. Claro que estas cosas se han ido atenuando con el tiempo; yo no podría afirmar todo esto tan categóricamente como lo hizo Torold Rodgers hace 70 años, pero así mismo, la observación es agudísima, y puede ser considerada como una observación fundamental. Con todo esto puede uno explicarse las dificultades que encuentran estos establecimientos, estas fábricas, estas cooperativas de producción, de propiedad de los obreros.

Se habla a menudo de las cooperativas de producción en el

campo; no hay tales cooperativas, no hay que confundir, por ejemplo, la práctica que es corriente en los países lecheros, en Dinamarca y también en la Argentina, la práctica que es corriente entre algunos tamberos de instalar una cremería cooperativa, una mantequería cooperativa, una fábrica de caseína cooperativa; pero esos son lecheros que llevan la leche ordeñada por ellos mismos a una usina cooperativa para transformarla en crema, en manteca, en queso o caseína. Eso no es una cooperativa de producción, eso es sencillamente una usina cooperativa para transformar una materia prima extraída por medio del trabajo de cada uno de los socios. No es esto lo mismo que la fábrica de los trabajadores. Supongamos una sociedad de producción, una cooperativa de calzado: los trabajadores manejan materia prima que no han producido ellos, que ha sido comprada, que procede de otras partes. Es muy común en Alemania que los productores de patatas instalen pequeñas destilerías cooperativas para hacer alcohol, o sino hornos y estufas cooperativas para esterilizar las patatas. Allí la gente, bastante inteligente, hace con las papas una operación previa, que nosotros todavía no hemos aprendido a hacer. La papa brota al cabo de cierto tiempo, y su transporte es más costoso de lo que podría ser, porque al transportar una papa, se lleva también la cantidad enorme de agua que contiene. Si se seca una papa, si se la esteriliza al mismo tiempo, se hace más liviana y la papa no brota. Es lo que se hace en Alemania con las patatas, y por eso hay una cantidad de pequeños hornos o estufas cooperativas, y hay también, como decía, pequeñas destilerías cooperativas para la fabricación y la producción de alcohol de patatas. Es necesario, por lo tanto, distinguir bien: una usina, una cooperativa para elaborar un producto directo de los socios, es una cosa; y una cooperativa de producción, que aspira a realizar la fábrica de los trabajadores, donde se manipulea una materia prima que no han producido, que han comprado, es otra cosa bien distinta. Los viticultores (y este ejemplo ha sido seguido en Mendoza y San Juan) para defender la uva suelen instalar bodegas cooperativas, pero eso no se puede llamar una cooperativa de producción. Es evidente que en una bodega cooperativa se produce vino, pero eso no responde a las características de la fábrica de los trabajadores; en las bodegas cooperativas se produce vino con uva que pro-

cede de los viñedos que han sido plantados, cuidados y con una recogida por los mismos socios. Eso no es una cooperativa de producción, es sencillamente una usina cooperativa para la elaboración de los productos que han sido obtenidos por el trabajo de los socios.

Ahora bien, ¿si estas cooperativas de producción de tipo trascendental, si la fábrica de los trabajadores pudiera desarrollarse dentro del orden social y económico actual, habría en ello alguna ventaja? Veamos lo que dice Justo, a este respecto: "Cada asociación de éstas sería, respecto de las demás y de las otras empresas en general, una simple empresa capitalista con la que sostendrían una competencia tan ruda y tan ruinoso como la que diariamente vemos aniquilar a un gran número de empresas. En esa lucha las cooperativas sucumbirían, o acabarían por transformarse en sindicatos de monopolio, como los que dominan y explotan hoy varios grandes ramos de la industria y del comercio, con lo cual poco se habría ganado en el sentido del bien general del pueblo". Es evidente que hay aquí una observación muy penetrante, muy fundamental. Esta zapatería de los zapateros, esta vidrería de los vidrieros, esta curtiduría de los curtidores, en el caso que pudieran prosperar dentro de las condiciones actuales, en el caso que la curtiduría de los curtidores pudiera competir con nuestra formidable curtiembre Franco-Argentina, ¿qué papel tendría? ¿Sería el de competir en la plaza? Entonces su papel sería posiblemente el de rebajar sus propios precios para poder competir con esas grandes fábricas, pero esa reducción de precios repercutiría fatalmente sobre lo que cada uno de estos trabajadores propietarios de su fábrica percibiera por su propio trabajo. En una palabra, sería una reducción de los salarios, y tal vez se llegaría a comprender que la situación de un obrero de la curtiembre Franco-Argentina fuera superior a la de un obrero curtidor propietario de su propia curtiduría.

Creo que hemos caracterizado bien a las cooperativas de consumo; está claramente comprendido lo que es una cooperativa mayorista; está también comprendido lo que es una cooperativa de producción. Se ha entendido que hay que ver más bien un valor histórico en la cooperativa de producción, que una realidad actual. Se ha entendido la diferencia fundamental que existe entre una cooperativa de producción, o sea,



la fábrica de los trabajadores o de los obreros, con la usina cooperativa para la transformación o elaboración de productos que han sido, o son el resultado del trabajo personal de los socios. Ahora vamos a ver las cooperativas de edificación. Para dar de ellas una idea clara y práctica, me limitaré simplemente a referirles la obra principal que ha hecho "El Hogar Obrero" en esta materia. Ya les he dicho en clases anteriores, que "El Hogar Obrero" consagró los ocho primeros años de su acción o actividad, exclusivamente a la construcción de viviendas individuales para sus socios. Después de haber construído unas doscientas casitas individuales y dos o tres barrios obreros suburbanos compuestos de pequeñas casitas, que también se enajenaban a los socios, "El Hogar Obrero" quiso contribuir a la solución del problema de la vivienda en otra forma, no ya haciendo viviendas individuales de propiedad de los socios, sino haciendo grandes viviendas colectivas para darlas en alquiler a los socios. Para realizar la primera parte de su programa, es decir, la construcción de viviendas adjudicadas en propiedad a los socios, "El Hogar Obrero" aplicaba los fondos que muchos socios llevaban a sus cajas: unos socios llevaban los ahorros, otros socios necesitaban esos ahorros para construirse su casa. La cooperativa era una especie de administrador o de intermediario, que tomaba los fondos de los que los entregaban a la Caja y los aplicaba a la construcción de casas para los socios que las reclamaban; fondos que entregaba, evidentemente, mediante el pago de un interés. Pero después de esta experiencia, llegamos a comprender que tal vez, tratándose de obreros y de modestos empleados, el problema de la vivienda no consistía tanto en construir casitas de propiedad individual, como en asegurar en todas las ciudades, villa y centros importantes de población, la existencia de un número suficientemente grande de viviendas disponibles, cómodas, higiénicas y baratas para que puedan ser alquiladas por los que necesitan habitación. Por que la adquisición de la vivienda propia por un obrero, por un empleado, sobre todo por un obrero, tiene entre otros inconvenientes, uno, muy grande y que se observa a menudo.

Los lugares de trabajo, los sitios de trabajo para un trabajador, varían con mucha frecuencia; no tiene siempre trabajo en Buenos Aires, a veces el trabajo declina en Buenos Aires, hasta se paraliza en ciertos ramos, hay que ir a buscarlo

a otra parte, y entonces es preciso salir de la ciudad. Y a un obrero que ha adquirido su vivienda pagándola en cuotas mensuales, o que no la ha pagado aún, le resulta siempre muy difícil alquilar su casa o enajenarla. Por todas estas razones se ha llegado a comprobar que para los obreros modestos, y para todo el mundo en general que no vive en casa propia, lo que conviene es que haya siempre una buena cantidad de casas disponibles para alquilar, a precios módicos, un buen stock de casas para que cada cual pueda encontrar la que le conviene, por el precio, comodidad, etc.

Cuando se sancionó la ley de casas baratas, la diputación socialista no consiguió introducir un artículo que autorizase a la comisión o al Poder Ejecutivo a subvencionar, a entregar sumas más o menos considerables a las cooperativas ya caracterizadas o acreditadas, para la construcción de barrios jardines. Nosotros aspirábamos a que se realizara aquí un pensamiento que en Inglaterra se aplica de antigua data. Yo he visitado en Londres dos barrios construidos por entidades distintas. Uno era un barrio jardín, de construcción directamente municipal. El tipo de las casas era de "cottage": sala y cocina-comedor en la planta baja, dos dormitorios altos, un jardincito adelante y otro jardincito atrás. Además, en la planta alta, aparte de esas dos habitaciones o dormitorios, había una pequeña habitación, un recinto muy reducido, que no era baño, sino un cuarto para guardar objetos de limpieza, utensilios domésticos. He visitado en Hampstead, uno de los sitios de Londres más altos, sobre una colina, un barrio con casitas más lindas que las municipales. Estas costaban once chelines por semana, mientras que las de Hampstead, construidas por una sociedad filantrópica, costaban quince chelines por semana. Es una de esas sociedades filantrópicas que toman el dinero prestado por la municipalidad de Londres a muy bajo interés, al 3%, a 4%, 2,5%, y con ese dinero construyen esos magníficos barrios y esas casas que pueden ser ofrecidas a quince chelines por semana. Cuando yo estaba allí, durante la guerra, el chelín valía 45 centavos argentinos, de manera que por quince chelines, que eran algo así como unos ocho pesos argentinos por semana, 32 pesos por mes, se tenía en Hampstead, cuyo acceso en subterráneo desde los barrios más céntricos de Londres sólo cuesta dos peniques, un pequeño chalet con dos pie-

zas bajas y dos piezas altas, un pequeño jardín y una construcción muy bonita y pequeña para guardar las herramientas de jardinería. Una magnífica casa por quince chelines semanales, por 31 pesos al mes! Y esto es lo que se tiende a hacer un poco en todas partes. Si la construcción de grandes barrios no la toma a su cargo la municipalidad, lo que se debe hacer, lo más inteligente es auxiliar con recursos financieros a cooperativas acreditadas para que éstas apliquen esos recursos a la construcción de viviendas higiénicas y baratas para alquilar.

Vamos a entrar ahora a caracterizar una variedad de cooperativas de las más importantes: las cooperativas agrícolas. En las cooperativas de consumo de las ciudades, en las cooperativas llamadas urbanas, todo gira naturalmente alrededor del abastecimiento de los artículos de consumo personal: los artículos alimenticios, de menaje, la ropa, el calzado, sombreros, etc. Pero en las cooperativas agrícolas todos esos artículos de uso personal pasan al segundo plano. Las cooperativas agrícolas comienzan por lo más importante para ellas, que no es precisamente el arroz, el aceite, los botines o la ropa; estas cooperativas comienzan generalmente por la adquisición en común de semillas, la adquisición en común de los animales de trabajo, la adquisición en común de ganado, de herramientas, de implementos agrícolas, y la venta en común y la elaboración cooperativa de sus productos. Eso es lo que las cooperativas agrícolas hacen en primer lugar. Cuando han desarrollado esta actividad, entonces amplían su esfera de acción incorporando su sección de artículos de consumo personal. Los agricultores europeos, sobre todo los de los países agrícolas más adelantados, hace mucho tiempo que han comprendido que en su trabajo hay dos faces que deben ser netamente separadas. Hay una faz puramente técnica: el agricultor debe conocer bien la tierra, como se la trabaja, conocer bien las semillas, saber seleccionarlas, saber curarlas, saber sembrarlas a tiempo; en una palabra, la técnica agrícola es toda una ciencia y un arte mucho más complicado de lo que la gente cree generalmente. Pero el agricultor ha comprendido que además de toda esa técnica, de ese trabajo y de ese conocimiento, hay otro aspecto en su actividad, que es tan importante o más importante que la técnica: es el aspecto comercial. Un agricultor puede ser un hombre muy inteligente, un gran trabajador, un

conocedor profundo de su materia y de su trabajo, tal vez el que en igualdad de condiciones obtiene las mejores cosechas, pero ese hombre fracasa cuando tiene que transformarse de técnico en un comerciante, cuando él tiene que colocarse frente al comercio cerealista, por ejemplo, perfectamente organizado, que dispone de todos los recursos, de todos los elementos. Ese hombre siente toda su pequeñez y toda su impotencia, cuando va justamente a transformar en una recompensa, al final del año, el producto de su esfuerzo, de su capacidad y de su inteligencia. Los agricultores comienzan a comprender ahora que a la faz técnica de su tarea deben agregar una faz comercial. El chacarero ha comprendido que le conviene estar escudado por un organismo para la venta de sus productos a fin de defenderse de los compradores, que son generalmente los que se benefician más del esfuerzo de estos productores agrícolas y del sacrificio de los consumidores.

Sería difícil redactar una lista que contuviera, sin olvidar alguna, todas las formas de asociaciones cooperativas que ha creado el genio de los agricultores. Hay cooperativas agrícolas para la venta de granos, ganado, lana, leche, huevos, aves, fruta, hortalizas, algodón, tabaco, etc.; hay cooperativas para la compra en común de implementos agrícolas, semillas, forrajes, abonos, combustibles, animales de trabajo y de cría, etc.; hay cooperativas para la elaboración y venta de manteca, queso, aceite, vino, frutas en conserva, desecación y conservación de legumbres, etc.; hay cooperativas de crédito agrícola, de seguros, de arrendamientos colectivos, de canalización y riego, de construcciones rurales, etc. La característica de todas estas sociedades es que para ellas es más importante la contribución de los socios en productos o trabajo personal, que en capital. Volvemos a señalar un punto del cual nos hemos ocupado. Más importante es en una cooperativa agrícola que el agricultor lleve allí la posibilidad de hacer operaciones con la cooperativa, que dinero. Por esto en una cooperativa para la venta en común de granos, lo importante es que el socio aporte granos, para que le sean vendidos por la cooperativa. En una cooperativa de cremería o quesería lo importante es que aporte leche. En una bodega cooperativa, lo que importa es que lleve uva, porque con los pesos no se podría hacer vino, por más que fermentaran; en una cooperativa avícola, lo que hay

que llevar son aves y huevos. Estas cooperativas concentran los productos dispersos en vastas zonas, para clasificarlos, guardarlos, elaborarlos, etc. Individualmente un chacarero podría no tener muchos escrúpulos cuando lanza sus productos al mercado; es seguro que un chacarero no se va a poner a mirar, así, al trasluz, para comprobar el estado de conservación de cada huevo que vende al acopiador. Pero cuando es una cooperativa la que lanza al mercado sus huevos, la cooperativa asume una responsabilidad que no la tiene el agricultor aislado. Vaya a saber uno aquí, en Buenos Aires, de dónde proceden los huevos que nos mandan los hombres que los acopian en el campo recorriendo las chacras para remitirlos luego a los consignatarios que tienen en esta plaza! ¿Quién se ocupa de averiguar el estado en que se entregan esos huevos? Se entregan al consumo de cualquier modo, y de una docena hay que tirar tres o cuatro. Pero los huevos que expende una cooperativa, son huevos que la cooperativa somete a un examen previo, y los lanza al consumo después de haberse cerciorado de su buen estado de conservación, y después de haber certificado ella misma por medio de un sello puesto en la cáscara del huevo, que están en buen estado. Lo mismo pasa con el trigo y con todos los demás productos, cuando son reunidos por una cooperativa. Y es la cooperativa la que se responsabiliza, es la cooperativa la que nos vende el trigo, la que nos asegura vendernos Barleta, o Rosafé, o tal otro. Es preciso que el trigo que nos vende la cooperativa responda a las condiciones del convenio, cosa que no se puede exigir cuando la operación o la transacción se hace con individuos aislados. De manera que esta organización cooperativa, que es la defensa comercial del productor agrícola, es también una defensa para el consumidor, para el que tiene que consumir esos productos. No me es posible extenderme más sobre esto.

Quedarían ahora por analizar otras clases de cooperativas, pero eso me llevaría muy lejos. Para subsanar esta omisión, me he tomado el trabajo de hacer una lista señalando las cooperativas que ofrecen alguna originalidad propia del país a que pertenecen; son tipos de cooperativas que se han difundido después a otros países, pero que son la peculiaridad de cada uno de los países que yo señalo en esta lista. Por la simple denominación, Vdes. descubrirán enseguida cuál es la función de

estas distintas cooperativas. En Bulgaria hay cooperativas hidráulicas, de irrigación y fuerza motriz. No es que las cooperativas hidráulicas no existen en otros países. En el año 1914 hice un viaje al Chubut, y visitando las colonias galesas supe que allí se habían hecho todas las obras de irrigación, cooperativamente; las habían hecho los mismos colonos galeses, sin esperar a que fueran los técnicos del Ministerio de Obras Públicas. Dinamarca, como ya dije en una de las clases anteriores, es un país donde la cooperación es casi esencialmente agrícola; allí hay las mejores cooperativas de lechería, de exportación de manteca, de exportación de huevos, de exportación de ganado, mataderos cooperativos, cooperativas para producir y vender semillas y cooperativas para la compra de abonos. Todas estas cooperativas para la exportación de manteca, huevos, ganado, etc., se explican fácilmente porque la agricultura danesa trabaja casi exclusivamente para el gran mercado que tiene muy cerca: para Londres, que devora todo lo que manda Dinamarca, y también lo que mandan Francia y algunos otros países vecinos. Francia nos ofrece algunos tipos especiales: cooperativas de farmacéuticos, cooperativas de dentistas, cooperativas para trillar en común, cooperativas para aprovechar en común el utilaje mecánico (tractores, implementos mecánicos o eléctricos), cooperativas para la venta de papas, fresas, etc.; bodegas cooperativas, cooperativas oleicas y cooperativas de jardinería. Las cooperativas oleicas son organizadas por productores de olivas, que instalan una pequeña fábrica de aceite para elaborar su propia producción. Italia se caracteriza por sus cooperativas de trabajo; célebres, famosas. Se trata generalmente de hombres que no tienen un trabajo calificado, obreros jornaleros que se dedican a trabajos de terraplenes, construcciones de caminos, vías férreas, edificios, todos trabajos realmente importantes. La cooperativa contrata la obra por su cuenta, toma a realizar tal trabajo, claro que poniendo solamente la mano de obra, el trabajo de hacer la cosa; los materiales, rieles, durmientes, piedras, hierros, etc., han de ser entregados por las empresas. Los obreros ejecutan el trabajo, distribuyen, cuidan y dirigen su propia actividad. Hay en Italia muchas cooperativas de arrendamiento colectivo, que han sido puestas de moda por el último decreto del Ministro del Trabajo en España. Una cosa muy interesante, por cierto, y que habría que im-

plantar aquí en la Argentina. Son cooperativas de agricultores que toman en arriendo vastas superficies de tierra, que pueden ser explotadas en dos formas diferentes; en arrendamiento colectivo, pero distribuyendo luego a cada socio de la cooperativa el lote correspondiente, para que lo cultive por separado o por su cuenta, o sino dando todo un gran lote en arriendo para que sea cultivado en forma colectiva por el conjunto de los agricultores. Cada uno tiene allí, dentro de ese gran lote, su papel, su trabajo asignado, y la explotación se hace en beneficio de todo el grupo. Hay también en Italia molineras cooperativas, muchas molineras cooperativas, y se les llama así porque no se les puede dar el nombre de molinos, que son instalaciones técnicas ya más complejas, más importantes. Estas son simples molineras que no tienen otro objeto que moler el trigo y el maíz que han de consumir los socios de la molinera cooperativa.

En Rumania hay cooperativas de pescadores, cooperativas de mineros, cooperativas de agricultores, cooperativas para la explotación de aguas minerales. Y en la Argentina podemos señalar también algunas formas originales de cooperativas, como las cooperativas de usuarios de ómnibus de Lanús Oeste, Valentín y Remedios de Escalada; tenemos ahora la cooperativa eléctrica de Punta Alta y la cooperativa municipal de luz de Olavarría. Hay, en este momento, en nuestro país un movimiento activísimo de fundación de cooperativas para resolver en los pueblos y ciudades del interior el problema de la energía eléctrica; hay docenas de pueblos y ciudades que están ahora en acción y que tratan de proveerse directamente. Porque, como ya lo he dicho, está operando un trust de capitales norteamericanos e ingleses, el que ha adquirido ya muchas usinas, y si se le deja operar libremente, es muy probable que el consumo de la energía llegue a un precio realmente exorbitante. Y por último, tenemos ahora la cooperativa de transportes, recientemente fundada en Buenos Aires, cuya personería jurídica ya ha sido reconocida, que efectuará por medio de sus socios, exclusivamente, dicen los estatutos, los fines que se propone. Sería realmente una cooperativa, si es así; efectuará trabajos de transportes y afines, cargas y descargas, almacenajes, despachos de aduana y pavimentaciones,

ramo este último al que piensa dedicar especial atención. Por el momento vamos a dar por terminada nuestra disertación sobre cooperativas agrícolas, porque debemos volver sobre ellas. En la próxima clase nos ocuparemos de los "pools" y de otros resortes cooperativos de los agricultores, lo que nos obligará a volver nuevamente sobre el tema de la cooperación agrícola.



# ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG

## I

*Rasgos salientes de su formación intelectual — Concordancia e influencia del medio — Evocación de su infancia — “Le livre de mon ami” — La vida de Pierre Nozière. — El France de “Jean Servien”.*

Con este breve curso no pretendo dar una semblanza definitiva, una clasificación categórica de Anatole France. Sería una tarea infructuosa. France no ofrece perfiles angulosos, ni la masa definida y compacta de un Víctor Hugo, de un Balzac, o de un Zola, por ejemplo.

Me interesa especialmente mostrarles algunos aspectos de su vida y su obra tal como ella se ha reflejado en mí. Si esto puede servir para que Anatole France sea mejor comprendido aquí que hasta ahora, mi propósito principal habría sido superado por los hechos.

Anatole France, nacido en París el 16 de Abril de 1844, se llamaba, en rigor legal, François Anatole Thibault "France" no fué su pseudónimo, sino un diminutivo del nombre de pila François; o, más exactamente, como dice Le Moy (1) este mismo nombre de pila pronunciado a la manera angevina.

Esta cuestión fué definitivamente aclarada por el mismo France en la siguiente carta que dirigió el 17 de Agosto de 1895 al periodista Ludovico Naudeau:

Ostende, 17 de Agosto.

" Querido señor y colega:

" No me hacéis una pregunta indiscreta. La responderé,  
" gustoso. Sabed, pues, que no he elegido un pseudónimo. No  
" tengo propiamente un pseudónimo. "France" es un sobre-  
" nombre más viejo que yo. Pertenezco a una muy vieja fa-  
" milia de viñadores angevinos que, cerca de Saumur, puebla  
" aún dos o tres villas. Mi padre se llamaba François Noël  
" Thibault. El era conocido en su país natal por el diminutivo  
" de su primer nombre de pila: France. Es el nombre que él  
" guarda durante los 85 años de su vida, laboriosa, modesta  
" y llena de honor. El uso, más fuerte que la ley, me impone,  
" a mi turno, el nombre de France, que llevo como él ha lle-  
" vado. (2).

Su padre había trabajado en su mocedad como peón de granja en la villa de Lignières, ingresando voluntariamente, a los 20 años, en el cuarto regimiento de infantería de la guardia real. "Sus años de servicio militar desbastaron este joven paisano de frente grande y ojos rojizos que a su llegada al cuerpo no tenía más que una instrucción elemental. La tradición exagera, posiblemente" (3).

La revolución de 1830 produce la disolución de la guardia real y F. N. Thibault "ingresa en calidad de empleado en la casa Techener, que en 1838 lo coloca al frente de una "librería histórica de obras, diarios, caricaturas, autógrafos,

(1) Le Moy (A.) Le "Père France", "Mercure de France", 15 de Enero 1925. p. 335-354.

(2) Georges Girard. "La Jeunesse d'Anatole France", 1844-1876, p. 34.

(3) *Ib.*, p. 20-21.

etc.... relativos a la Revolución", que ella acababa de crear en el número 4 de la plaza de "l'Oratoire-du-Louvre". Al año siguiente, gracias, posiblemente, a la contribución financiera del Conde de La Bédoyère. F. N. Thibault adquiere el establecimiento, que toma en 1840 el nombre de "librairie politique" y es trasladado al inmueble vecino, número 6 de la plaza de l'Oratoire". El 13 de Junio de 1841 lo encontramos en el número 16 de la "rue de Seine", "un poco cansado de la falta de comercio". En 1842 se muda y se instala en el número 19 del muelle Malaquais, donde nace François Anatole. En ese mismo año la librería fué transportada al número 15 del mismo muelle. F. N. Thibault la deja en 1853 por el número 9 del muelle Voltaire, donde queda hasta la venta de su negocio, en 1866 yéndose a vivir con su mujer y su hijo al número 15 de la "rue de Tournon", y esperando ir a acabar sus días en Neuilly, donde murió en 1890". (4)

Los padres de France, ahorrativos, moderados, laboriosos, fueron en su vida práctica el tipo fiel de esos pacíficos burgueses franceses, normalmente patriotas y corrientemente católicos.

France-niño no conoció ninguna tribulación, ninguna miseria. Esta ausencia de choques favoreció el desarrollo de su naturaleza contemplativa.

Entre los años 1840 y 1866 el padre de France edita más de 45 obras, de las cuales 10 tratan de la revolución francesa; especialidad en la que había adquirido un cierto renombre, definitivamente consolidado después de la publicación de su descripción histórica y bibliográfica de la importante colección sobre la revolución, el imperio y la restauración del Conde Henry de La Bedoyere.

Es en la librería de su padre donde el pequeño Anatole comienza a interesarse vivamente por la lectura y desarrollar libremente su espíritu. Es allí donde escucha, oculto a veces por pilas de libros, las conversaciones de los parroquianos, en la edad feliz "en que se puede admirar todo sin comprender todo" (5), comenzando, así, a penetrar el secreto de ese arte sutil de la conversación que le sirvió para exponer los pensamientos más atrevidos en una forma natural, libre y clara.

(4) Georges Huard. "Anatole France et le Quai Malaquais", p. 6.

(5) Vie littéraire. I. p. 218.

La librería es punto de reunión, especialmente, de bibliófilos y eruditos: van a ella, también, Paul de Saint Victor, los hermanos Goncourt, etc. Pero el ambiente, en general, está determinado por "hombres nacidos bajo la revolución y el Imperio, espirituales y eruditos; hombres del anciano régimen por sus gustos y sus maneras, pacíficos y corteses, para quienes el siglo XVIII, antes de 1789, se había prolongado, a través de las turbaciones políticas y los golpes de Estado, hasta bajo la segunda República y el segundo Imperio" (6).

El elegante y amable siglo XVIII pre-revolucionario se arraiga en el espíritu del pequeño Anatole, bien dispuesto a acogerlo. Por eso había de decir, con razón, Jules Lemaitre, refiriéndose a una polémica entre France y Ferdinand Brunetiére, que éste le había "obligado a sacar, por así decir, todo el siglo XVIII que tenía en la sangre" (7).

La "Librairie de France" — que así se llamaba — fué la verdadera cuna literaria del pequeño Anatole, espíritu nada rebelde, pero libre; contemplativo y crítico; fino, curioso, benevolente. Que el espectáculo de la "Librairie de France" haya ejercitado a France en el arte de sonreír, es verosímil. Era la sonrisa de un niño que admira y se divierte; y ésto es justo señalarlo en descargo de las acusaciones lanzadas contra quien fué considerado con el andar de los años, como un ironista despiadado y un escéptico peligroso. Porque, ¿quién no ha visto, cuando ha querido, que en la médula "franciana" hay, siempre, una sonrisa tierna dispuesta a traducirnos el verdadero espíritu de su obra?

La "Librairie de France" da los medios al pequeño Anatole para cultivar todos los jardines: lee de todo y desordenadamente; adquiere el santo horror a la vitrina excluyente, es decir, a la especialidad que desconoce voluntariamente y con orgullo el resto del mundo.

Su espíritu permanece abierto a las sugerencias más dispares. No es afecto a lo dogmático. La vida se le ha de presentar siempre más como espectáculo que como problema. Comprende, sonríe. ¿A qué martirizar al espíritu, si ya de por sí sufre? Cuando la ruta es florida — ha de decir — no

(6) Annette Antoniu. "Anatole France, critique litteraire", p. 15.

(7) Jules Lemaitre. "Les contemporains", t. VI, p. 373.

preguntéis adónde ella conduce". (8). Ahí está el "modus operandi" del espíritu niño y adolescente de France; ahí está el signo natural de su profundo amor por la belleza.

Retornemos a François-Noël Thibault, librero. El fué, también, un elemento de ese curioso espectáculo del pequeño mundo de su librería. "Era — dice France — una tienda baja, bastante grande, ni muy clara ni absolutamente sombría, muy poco adornada, teniendo por todo lujo papel azul en los estantes. El dueño de la casa, delante de un macizo escritorio, se mantenía frío y grave, iluminando por momentos su semblante austero con una graciosa sonrisa . . . . . erguido, un poco seco, muy rígido bajo su corbata negra, parecía poco flexible y lo era, en efecto. Un día — agrega France — sin quererlo, por la fuerza de las cosas, compone un catálogo que es y quedará como el mejor repertorio de bibliografía de la revolución. De paso, muy sinceramente, muy fuertemente, él expresa sus opiniones; y yo no lo censuro, porque es así como él me proporciona la ocasión de expresar las mías, que son, es cierto, perfectamente opuestas" (9).

En su libro "Le Petit Pierre" el juicio de France sobre su padre es más concluyente: "En todas las cosas, por instinto, yo me oponía a él. El se complacía, con los románticos, en lo vago y lo indeterminado. Yo me puse a amar la razón embelecida y la hermosa ordenación del arte clásico. En el curso de los años, estos contrastes se acentuaron e hicieron nuestra conversación un poco difícil, sin alterar nuestros sentimientos recíprocos. Yo debo, así, a este excelente padre algunas cualidades y muchos defectos" (10).

En "Le Crime de Sylvestre Bonnard", escrito durante la vida de su padre, Anatole France dice de éste: "Yo recuerdo su mirada plácida, sobre la cual pasaba por momentos una sonrisa irónica. Estaba fatigado y amaba su fatiga. Sentado cerca de la ventana, en su gran butaca, leía de la mañana a la tarde, y es de él que yo tengo amor a los libros" (11).

Es justo admitir — como opina Annette Antoniu, — que France ha debido sufrir fuertemente la influencia de su

(8) "La Vie Littéraire". T. II. Pref. pág. III.

(9) "Chasseur Bibliographe", un foyer éteint cit. A. Antoniu "Anatole France, critique littéraire", apéndice.

(10) "Le Petit Pierre", p. 6. 7.

(11) "Le crime de Sylvestre Bonnard", p. 155.

padre, quien "es el primero que le inspira el gusto por la lectura, la tendencia a instruirse por sí mismo, la pasión por la bibliofilia, el interés por la erudición, la curiosidad por la historia, por la Gran Revolución, sobre todo. El también ha debido ser el primero en mostrarle, por su ejemplo vivo, esta modalidad de espíritu hecha de indulgencia y de ironía que nos encanta en el doctor Nozière" (12). Roger Le Brun vincula este trazo del carácter a la ascendencia angevina del librero; él encuentra en Thibault, padre, "esa amenidad un poco irónica y esa ponderación de juicio que son el fondo del espíritu angevino" (13).

Esa pasión de France por los libros le inspiraría, a la mitad del camino de su vida, este juicio irónico y desalentador: "Un libro es, según Littré, la reunión de varios cuadernillos manuscritos o impresos. Esta definición no me satisface. Yo definiría al libro como una obra de magia de donde surgen toda clase de imágenes que turban los espíritus y mudan los corazones. Diría mejor, aún: el libro es un pequeño aparato mágico que nos transporta en medio de las imágenes del pasado o entre sombras sobrenaturales. Aquellos que leen muchos libros son como los comedores de "haschisch", que viven en un sueño. El veneno sutil que invade su cerebro los torna insensibles al mundo real y los hace presas de fantasmas terribles o encantadores. El libro es el opio de Occidente" (14).

Me refería, hace un momento, a la influencia de Thibault (padre) sobre su hijo Anatole; y es necesario fijarse bien, a este respecto, que se trata de una influencia de hábitos, de modalidades y en ninguna manera una influencia de aquellas que llevan al espíritu en pos de un guía, seducido por una revelación o una fuerza que emana de la persona. Thibault (padre) era, sobre todo, un librero y un erudito de la Gran Revolución. No tenía inquietudes espirituales. Y esto explica el por qué de la siguiente carta que escribiría el 28 de Agosto de 1868 refiriéndose a su hijo: "No habiendo seguido mis consejos, él no tiene posición alguna; escribe... yo debía decir: borrona papel. Lo que yo más temía después de su infancia, por una fatalidad, ha llegado. Ha estado absorbido

(12) Annette Antoniu, *ib.* p. 6.

(13) Roger Le Brun. "Anatole France", p. 10.

(14) "La Vie littéraire", To. I: p. VII.

siempre por esa idea, que le ha hecho perder su carrera. Yo he terminado mi lucha con él; lo dejo con el temor de alejarlo del hogar paterno. ¿Tendrá él bastante talento para vivir? ¡Ay! . . . ¡Ay de mí! . . ." (15).

Dos años antes de esta carta Thibault (padre) había vendido su librería. ¿Lo determina a esas declaraciones la imposibilidad de hacer de su hijo su sucesor en el negocio? Es muy admisible: a falta de abolengo real, la burguesía creaba el abolengo de otro tipo de familias y casas ilustres, sucediéndose en el rango, en la consideración social, en el acrecentamiento de la fortuna. Ignoramos, por otra parte, a qué otra carrera pudo haberse referido. Anatole France quería en ese entonces ser bibliotecario.

¡Qué distinto, en cambio, el juicio de su madre!

Relata Anatole France en "La Vie en Fleur" (pág. 312) que, cierto día, el Señor Dubois, culto amigo de la familia, estando de visita en su casa, después de haber hablado largamente y leído un fragmento de "Hippolyte" de Eurípides, le dice: "Publicar un libro original es correr un terrible peligro. Créeme, amigo mío: esconde tu espíritu. No escribas. . . . tus libros te crearán amigos, sin duda, pero ellos estarán lejos de tí, dispersos, mudos; no harán nada, no dirán nada. Tú probarás, así, grandes dolores. Serán tus libros más mediocres los que ellos preferirán. Y cuando hayas escrito páginas audaces y profundas que sobrepasen al común de los lectores, no te seguirán. Y los envidiosos estarán siempre allí para aniquilarte. ¡No escribas"!

Cuando el Señor Dubois partió, la madre del pequeño Anatole abraza a éste y le dice: "Escribe, hijo mío, tú tendrás talento y harás callar a los envidiosos".

Son palabras éstas que conmueven cuando se conoce todo el gran cariño que ambos se profesaban. "Mamam" fué, — si los testigos no engañan — la última palabra pronunciada por France.

Antoinette Gallas — su madre — tuvo gran influencia sobre la sensibilidad del pequeño Anatole. Hizo de éste un tímido mayor de lo que era; y nunca pudo acostumbrarse a la idea de que su hijo había traspuesto la edad en que las criadas

(15) "L'intermédiaire des chercheurs et de curieux, 1907, 30 mars, col. 493 — Georges Huard. "Anatole France et le Quai Malaquais", p. 28.

Nanette, Mathias y Melanie, lo conducían durante los paseos de la tarde por los muelles del Sena.

Por esa educación de cariñosa tiranía maternal, terriblemente limitativa, France se habituó a soportar la atmósfera enrarecida de las casas con dueña. Vemos, así, a la insociable Josefina de Villa Saïd; a la imperativa Mme. Arman de Caillevet, que conoció muy bien los lados débiles de France.

Su madre es su protectora incondicional, su cómplice, a veces. Recordaré los pequeños hurtos de libros a su padre, de que habla G. Girard, y las notas poco favorables del Colegio, que su madre firmaba. "Mi madre — dice France en "Le Petit Pierre" (pág. 7) — tenía un espíritu encantador, el alma bella y generosa y el carácter difícil. Demasiado sensible, demasiado amante, demasiado fácil a conmoverse para encontrar la paz en ella misma. . . . Inclínada a la alegría, una infancia sin gozos, luego los cuidados de la casa y las inquietudes de un amor maternal llevado hasta la pasión, ensombrecieron su carácter y turbaron su salud naturalmente buena. Ella aflige mi infancia por accesos de melancolía y crisis de lágrimas. Su ternura por mí llegaba a turbar su razón, tan lúcida y tan firme en todas las cosas. Ella hubiese querido que yo no creciese para estrecharme mejor. Y con todo, deseándome genio, se regocijaba que yo fuese sin espíritu y que el suyo me fuera necesario. Todo lo que me ofrecía un poco de independencia y de libertad la ensombrecía. Se representaba con un terror loco los peligros que corría sin ella, y no he vuelto jamás de un paseo un poco prolongado sin encontrarla con la cabeza arrebatada y los ojos extraviados".

En el mundo limitado y seguro que le ofrecía su madre, France aguzó extraordinariamente su capacidad de ensueño. Su vieja Biblia en estampas que hojeaba por las tardes, bajo la lámpara, le dan la primer idea del Universo. Idea toda llena de imágenes y sombras. Su Universo no se extendía más allá del muelle Malaquais, donde había nacido. El fin del mundo estaba al término de la "rue des Petits Augustins", hoy calle Bonaparte. "Más allá del puente de Austerlitz se extendían las comarcas maravillosas de la Biblia" "Le Jardin des Plantes" no era otra cosa que el Paraíso terrestre, un poco envejecido, pero no muy cambiado. De ésto no dudaba, pues tenía pruebas. El había visto el Paraíso terrestre en su Biblia; su



madre le había dicho que "El Paraíso terrestre era un jardín muy agradable, con bellos árboles y todos los animales de la creación". Y "Le Jardin des Plantes" "era en un todo el Paraíso terrestre" de su Biblia y de su madre, con la sola diferencia de las rejas que cercaban los animales" como consecuencia del progreso de las artes y a causa de la inocencia perdida. Y el Ángel que llevaba la espada flamígera había sido reemplazado, a la entrada, por un soldado en pantalón rojo" (16).

En un espíritu poco meditativo y poco soñador esta idea ingenua del Universo pronto se hubiera desvanecido. En France, en cambio, se desarrolla sobre esta base la idea de un mundo desconocido que se confunde con el mundo sensible. El mundo de sus sueños, que sentía inaccesible y cercano, era "un mundo desconocido, sombrío, mudo, del cual la sola idea" le "hacía probar las delicias del temor" (17); mundo no determinado con precisión geográfica, al cual intentó arrastrar, algunas veces, a la vieja criada Melanie, sin atreverse a decirle: "Un paso aún y penetraremos en el reino innominado". "Ay de mí! — agrega France — cuántas veces, desde entonces, he debido devorar, desesperadamente, el secreto de mi deseo!" "He arrastrado una larga cadena de días sin renunciar a encontrar el país desconocido". "Por mucho que uno busque, no se encuentra sino a sí mismo. El mundo, para cada uno de nosotros es el que en nosotros llevamos. . . . En cuanto a ese mundo desconocido que buscaba, yo tenía razón cuando, siendo niño, lo creía cerca de mí. El mundo desconocido nos envuelve, es todo lo que está fuera de nosotros. Y puesto que no podemos salir de nosotros mismos, no lo alcanzaremos jamás". (18). Ese mundo desconocido variará con los años, de acuerdo a las mudanzas del espíritu; y en Jean Servien estará próximo a regiones resplandecientes de poesía, riqueza y voluptuosidad.

Continuaré señalando algunas concordancias o influencias del ambiente. Vayamos con France bordeando el Sena, a lo largo de los muelles; el Sena, que le encanta por "esa gracia natural a las aguas, principio de las cosas y fuente de la vida" (19) y cuya contemplación sugeriría al abate Coignard

(16) "Pierre Nozière", Cap. I.

(17) "Le Petit Pierre", p. 100, 101.

(18) Ib. p. 102, 104, 105.

(19) "Pierre Nozière", p. 107.

“la imagen de este mundo donde todo pasa y nada cambia” (20).

Están ante su vista las Tullerías, el Louvre, el palacio Mazarino, la fuente de la plaza “Saint Sulpice”, “los cuatro gigantes de piedra” que le “inspiraban terrores misteriosos”, de los que más tarde supo “como todo el mundo, sus nombres, su genio y su historia: ellos se llaman Bossuet, Fénelon, Fléchier y Massillon” (21).

Pero lo que amaba y conocía mejor eran los ribazos del Sena, donde encontraba el arca de Noé de su Biblia en estampas. El “no dudaba que esa fuera la embarcación de la Samaritana, con su “chimenea”, de donde salía maravillosamente un humo delgado y negro. Esto se concebía: como no había más diluvio, habían hecho del arca un establecimiento de baños” (22). Estaban, también, los libreros de lance, con sus escaparates y su mercancía, expuesta al sol, al polvo y a la lluvia, los “viejos judíos sórdidos de la calle Cherche-Midi”, a quien France, llamándolos “mis maestros”, reconoce deberles más que a los profesores de la Universidad. “Vosotros habéis hecho — díceles — mi educación intelectual. Buena gente, habéis expuesto delante de mis ojos maravillados las formas misteriosas del pasado y toda clase de monumentos preciosos del pensamiento humano. Revolviendo vuestras cajas, contemplando vuestros polvorientos escaparates, cargados de pobres reliquias de nuestros padres y de sus bellos pensamientos, me he penetrado, insensiblemente, de la más sana filosofía” (23). De esa frecuentación adquiere “un profundo sentimiento del deslizamiento de las cosas” y la convicción de que los seres no son sino “imágenes cambiantes en la universal ilusión” (24).

“Todo pasa y nada cambia”. “Imágenes cambiantes en la universal ilusión”: es toda la línea sinuosa que ha trazado el pensamiento de France.

Continuemos recorriendo con el pequeño Anatole su maravilloso mundo del Sena. Pasemos frente al Señor Hamoche, vendedor de gafas, con su enorme cráneo y sus ojos sombríos, cuyo infortunio hábale hecho perder a France su “primera

(20) “Les opinions de M. Jérôme Coignard”, p. 247.

(21) “Pierre Nozière”, p. 7, 8.

(22) “Ib ”, p. 9.

(23) “Le livre de mon ami”, p. 159.

(24) Ib. p. 160.

confianza en la bondad de la naturaleza" (25). Esta declaración suya no es un adorno de la descripción: es el zumo del espíritu franciano que siente al mundo penetrando, bajo todas formas, en su yo ávido. Al expresarse así, France no hace más que fijar en imágenes nítidas y simples lo que otros encierran en un gran sistema filosófico: templos inmensos en los que se pierde la voz del pensamiento humano.

La Señora Mathias sigue con él, de la mano, abandonando al Señor Hamoche. "Mientras que mi madre me inclinaba dulcemente al culto de las imágenes, la Señora Mathias me enseñaba a despreciar la superstición" (26). Su madre "tenía una especie de imaginación rara y encantadora que no se expresaba por frases. Era una señora hacendosa, ocupada totalmente de los cuidados domésticos. Poseía una imaginación que animaba y coloreaba su humilde menaje. Poseía el don de hacer vivir y hablar la sartén y la marmita, el cuchillo y el tenedor, el repasador y la plancha. En su intimidad, era un fabulista ingenuo. Me hacía cuentos para divertirme, y como se sentía incapaz de imaginar, los hacía sobre las imágenes que yo tenía" (27).

Los cuentos de mamá France: "L'Ecole", "Marie", "À travers Champs", "Les fautes des grands", "Jacqueline et Miraute" son de una espléndida sencillez. ¡Qué lejos estamos de los cuentos de bandidos o de los escritos por almas sombrías: la miel de la trama sobre el duro y agrio pan de la moraleja!

Sigamos la ruta, bordeando el Sena. Allí, sobre el muelle Malaquais, frente al "Hotel de Chimay" está el Señor Debas, con sus estantes de libros, en los que "las hojas de los árboles se mezclaban a las hojas de papel, y los pájaros del cielo dejaban caer lo que hizo perder la vista al viejo Tobías, dormido en su jardín". Y era de temer "que el viento de Otoño, que hace remolinar sobre el muelle las semillas de los plátanos con los granos de avena escapados de las cebaderas de los caballos, no arrastrara, un día, al Sena los libros y el librero" (28). "Yo no he encontrado nunca en los muelles — dice France — ninguna edición original de Molière o de Raci-

(25) "Pierre Nozière" p. 23.

(26) Ib., p. 38.  
mujer".

(27) Ib., p. 43.

(28) Ib., p. 85.

ne; pero — lo que vale más aún que el "Tartufe" "avant les cartons" o "Athalie" in 4º. — yo he encontrado lecciones de sabiduría. Todo ese papel borroneado me ha enseñado la vanidad de los éxitos que pasan y de las celebridades efímeras. Yo no puedo revisar la caja de a dos sueldos sin sentirme de pronto invadido por una apacible y dulce tristeza y sin decirme: ¿Para qué agregar a todo este papel ennegrecido algunas páginas todavía? ¿No sería mejor no escribir nada? (29).

La escuela del vagabundaje ha sido la escuela viva, la escuela eminentemente primaria de Anatole France. Ella le permitió mirar sin el esfuerzo de la concentración, formó su modo de escoger los libros, sin plan, al azar, con indolencia, pero con un tacto instintivo de separar lo simpático de lo antipático. Por eso, cuando France aborda los temas más vivos de la crítica del conocimiento, o de la relación del hombre con el todo universal, o del universo como concepción, se tiene la sensación clarísima de verlo caminar por los muelles del Sena, detenerse frente al montón de los libros de lance, rebuscar, dar con uno, tomarlo, abrirlo y penetrar armoniosamente en él: hoy la Astronomía, mañana la Metafísica, después la Historia, más tarde Marcel Schwob o Paul Aréne. Así se fué formando la amable erudición de Anatole France. Sobre él revolotearon abejas de diferentes climas, edades, pueblos, regalándole con su miel. En la obra de madurez de France no se advierten huellas grandes de choques, ni de pasiones; ninguna turbación por el problema del destino del hombre; ningún desgarramiento, ni dolor, ni odio. Así fué cómo, con la misma amable sonrisa con que paseaba por los muelles del Sena, hubo de expresar en "Le Jardin D'Epicure" la audaz irreverencia que no le han perdonado, aún, muchos filósofos: "Un sistema como el de Kant o de Hegel no difiere, esencialmente, de los solitarios con los cuales las mujeres engañan el hastío de vivir" (30).

La escuela del vagabundaje era la que mejor se adaptaba a su espíritu soñador, libre, asistemático. El mismo lo confiesa: "Yo me he inclinado en todo tiempo a tomar la vida como un espectáculo. No he sido nunca un verdadero observador. Para la observación es necesario un sistema que la dirija y yo no

(29) *Ib.*, p. 93.

(30) "Le Jardin d'Epicure", p. 94.

tengo sistema. El observador conduce su vista; el espectador se deja llevar por los ojos. Yo he nacido observador y conservaré, creo, toda mi vida esa ingenuidad de los bobos de la ciudad, a quienes todo divierte y que guardan en la edad de la ambición la curiosidad desinteresada de los pequeñuelos" (31).

¡Y qué naturaleza ávida de gozar la suya! Es este el fundamento de su afección por la escuela que permite más el gozo, "l'école en plein vent", o la escuela doméstica donde hallaba la dulce tranquilidad a la cual se adaptaba su espíritu, preparado a celebrar "las silenciosas orgías de la meditación".

Anatole France fué un alumno mediano en las dos instituciones que frecuentó: "Sainte Marie" (de 9 a 11 años) y "Stanislas" (de los 11 hasta casi cumplir su bachillerato), ambas católicas. Son "la prisión". Allí experimenta la sensación viva de la disciplina dura, la fealdad sombría, la alegre rudeza los escolares y la espesa gravedad de los maestros. France fué un alumno distraído, incapaz de aplicarse a tareas que no le sedujeran. Tranquilo, gustó aprender libremente, distrayéndose, haciendo del estudio un placer y un juego; un continuo ejercicio, pero nunca un tormento del espíritu. France tenía esa pereza característica de todas las criaturas de fina inteligencia; esa pereza que es la primera forma de la libertad de espíritu.

En 1855, cumplidos los 11 años, ingresa al Colegio "Stanislas", al cual se ha fusionado el "Sainte Marie". La libreta de su aplicación y conducta, firmada por su profesor M. Allain, que se encuentra en la colección de Noël Charavay ilustrará bien. Leeré algunas notas:

"19 de Enero de 1856. . . . Tres lecciones mal sabidas, un mal deber, el resto bastante bien para él".

"16 de Febrero de 1856. Cuatro lecciones mal sabidas, varias penitencias a cumplir".

"23 de Febrero de 1856. Pasable. Muy negligente. Facilidad para comprender y traducir".

"1º de Marzo de 1856. Indolencia y ligereza; ríe burlescamente a cada instante; una mosca lo distrae: lecciones poco sabidas, un deber sin hacer".

"26 de Abril de 1856. Varias lecciones no sabidas. Dos

deberes no hechos u olvidados, negligencia extrema. 6 capítulos letra por letra”.

“23 de Mayo de 1856. Alumno France. Yo deseo que a cada nota semanal inscriba él mismo su nombre y la fecha, y presente la nota a la firma de sus padres. No veo nada de todo esto, hoy. Según esto, uno puede juzgar de la semana: composición descuidada, lecciones mal sabidas, deberes mediocres, conducta pasable. 8 capítulos letra por letra”.

“24 de Mayo de 1856. Hubiera sido el primero o el segundo en versión latina, como lo ha sido en historia, sin la negligencia con la cual ha hecho su composición: ha omitido varias frases enteras. No es sino el sexto. Esta semana, 5 lecciones no sabidas, un deber no hecho. Conducta bastante buena. Desidia, gandulería. ¡Es lástima! ¡Puede obrar bien”!

“29 de Junio. Composición ridícula; negligencia visible; así, él es el 22º sobre 22. Lecciones poco sabidas, deberes generalmente hechos con un descuido maravilloso; saltea palabras y frases, dándose apenas el cuidado de observar las leyes más simples de la ortografía. La conducta es pasable” (32).

Estas notas retratan muy fielmente al France escolar, que no sigue con aplicación sus estudios en cuanto no goza con ello.

En 1862 abandona el Colegio “Stanislas” y no logra terminar su bachillerrato sino en Noviembre de 1864, a los 20 años de edad, después de diversos fracasos.

El único brillo para su incipiente talento literario, de su paso por el Colegio “Stanislas”, fué el de su éxito con la “Légende de Sainte Radegonde”, en 1859, premiada por la Academia del Colegio, y más tarde el de su “Méditation sur les ruines de Palmyre”. En definitiva, France no sintió ningún cariño por el Colegio, viendo siempre con tristeza el día de iniciación de las clases. El fruto de su paso por él lo sintetiza en su agradecimiento por haber contribuído a formarle una buena cultura clásica.

En cuanto a los hábitos adquiridos en “Stanislas” podemos remitirnos al testimonio de Fernand Calmettes, uno de sus grandes amigos de juventud: “De la educación recibida de los Hermanos Maristas de Stanislas y de su roce con la juven-

(32) Georges Girard, “La Jeunesse d’Anatole France”, 1844-1876, p. 60, 63.

tud formada según las buenas costumbres, él había guardado (a la edad de 23 años) el hábito de la inclinación del cuerpo y de sonrisas adquiridas que se consideraban obsequiosas. Este empaque ceremonioso, que no estaba de acuerdo a su temperamento, amigo de lo llano y de la fantasía; este pulido resabido del Colegio que lo atiesaba y lo afectaba, molestándolo en los movimientos, esta apariencia estudiada, de la cual tardó tanto en desprenderse, falseaba en él la verdadera persona; prestándole, muy a su pesar, deseos cautelosos, muy alejados de su naturaleza" (33).

Consultando "La Vie littéraire" hallo esta viva declaración: "Para las criaturas bien dotadas, no hay escuela que valga lo que la escuela del vagabundaje. Los arbustos de los caminos, el humo de los techos, los campos y las villas, el cielo riante o sombrío, revelan a las almas que se entreabren secretos más preciosos mil veces que aquellos que están esclarecidos en los libros" (34). Naturalmente, adoptar este sistema de enseñanza es ir a ciegas por la dificultad en establecer cuáles son esos espíritus bien dotados y cómo lo son, y porque la enseñanza no puede ser privada, al menos en el estado actual, de su carácter de utilidad social y de armonía de conjunto.

Los mejores maestros de la escuela son, para France, imágenes: las que se le presentan leyendo a Tito Livio y le "arrancan lágrimas generosas" (35); la misma Grecia, en quien "vió la belleza en su simplicidad magnífica" (36). Desprecia las mezquinas fábulas secas que llevan como autor el nombre de Esopo (aquí tenemos su rechazo inmediato de la fealdad); no comprende gran cosa a Esquilo; gusta de Homero; pero, sobre todo, son Eurípides y Sófocles quienes "le abren el mundo encantado de los héroes y de las heroínas y "le inician en la poesía del infortunio" (37). Así comenzó France sus estudios de humanidades; manera buena para él, según dijo — pero que no valdría para otro y se guardaría bien de recomen-

(33) F. Calmettes. "Un demi-siècle littéraire. Leconte de Lisle et ses amis", Paris (1902) in-8°, p. 295 = Georges Huard. "Anatole France et le Quai Malaquais", p. 20-21. = Princesse Bibesco. "Quatre Portraits", p. 160: "France estaba sobre el umbral de su puerta a nuestra llegada. Nunca vi más gracia en un anciano saludando una mujer".

(34) "La vie littéraire", IV p. 279.

(35) "Le livre de mon ami", p. 166.

(36) Ib.

(37) Ib., p. 167, 168.

darla. (Vean Vdes. en ésto el significativo y sincero temor de France por los sistemas).

—:—:—

El poder de evocación es en France de una delicadeza y armonía que conmueve. El prólogo de "Le livre de mon ami", como toda su obra íntima, está animado de imágenes. El mañana, la vida, se presentan, dulces en su severidad, rientes en su leve amargura. En pocas frases, France nos da la sensación de algo armonioso y vivo. Sabemos que eso no es todo; que hay mañanas dolorosos, despertares crueles, vidas maltrechas; France no nos cierra ese camino de conocimiento; más bien, aguza nuestra sensibilidad. Sentado junto al fuego, el padre se entrega al ensueño. Ha arribado a la mitad del camino de su vida. Recuerda. El silencio de la noche invita a ello. En la habitación contigua, su mujer y sus hijos descansan. "Dormid, queridos — díceles sin que le oigan — mañana partiremos! ¡Mañana! Hubo un tiempo en que esta palabra encerraba para mí la más bella de las magias. Al pronunciarla, yo veía figuras desconocidas y encantadoras que me hacían señas con el dedo y murmuraban: "¡Ven!" ¡Amaba yo tanto la vida, entonces! Tenía en ella la bella confianza de un enamorado y no pensaba que pudiera tornárseme severa, ella que, sin embargo, es sin piedad. No la acuso. No me ha hecho las heridas que a tantos otros. Algunas veces me ha acariciado por azar, ella, la gran indiferente. A cambio de lo que me ha tomado o rehusado, me ha dado tesoros junto a los cuales todo lo que yo deseaba no era, sino, ceniza y humo. A pesar de todo, he perdido la esperanza, y ahora no puedo oír decir: "¡hasta mañana!", sin experimentar un sentimiento de inquietud y de tristeza".

"No! Yo no tengo más confianza en mi vieja amiga, la vida. Pero la amo, aún. Mientras yo vea su divino resplandor brillar sobre tres frentes blancas, sobre tres frentes amadas, diré que es bella y la bendeciré" (38)

Todo en "Le livre de mon ami" es amable, poético, matizado con la más discreta ironía; ironía que con el andar de los años dió sus espinas. "Le livre de mon ami", "Pierre No-



ziére", "Le Petit Pierre" y "La vie en fleur" son recuerdos de la infancia y de la adolescencia de France, desgranados, retomados. No constituyen, propiamente, la historia exacta y completa de una vida tal como lo quiere la novela, con conflictos graves, con plan; no constituyen, propiamente, libros de memorias en los que predomine el auto-análisis o el choque con el medio. France se ha servido de su pequeño yo para hacernos dar un paseo donde hay de todo: su vida, sus imágenes, su lectura, el paisaje. Y lo que cobra alguna vida como personaje de novela es su amigo Fontanet, el astuto y audaz Fontanet, símbolo de lo viviente, con su gorra siempre nueva y su cartera indestructible.

¡Recuerdan Vdes. el proyecto de Fontanet de escribir con France, cuando ambos llevaban aún las piernas al aire, la Historia de Francia en 50 volúmenes, con todos los detalles? "Nosotros comenzamos esa historia. Yo no se más, a fé mía, por qué la comenzamos por el rey Teutobochus. Pero tal era la exigencia de nuestro plan. Nuestro primer capítulo nos puso en presencia del rey Teutobochus, que tenía treinta piés de altura, como uno puede asegurarse midiendo sus huesos encontrados por azar. ¡Desde el primer paso, afrontar un gigante tal! El encuentro era terrible. Fontanet mismo estaba pasmado.

—Es necesario saltar por encima de Teutobochus, me dijo.

Yo no me atrevía.

La "Historia de Francia" en cincuenta volúmenes se detiene en Teutobochus" (39).

¡Cuánto más viva es esta anécdota que aquella otra de Walter Raleigh, que arroja al fuego el manuscrito de la segunda parte de su "Historia del mundo", después de haber reflexionado sobre la dificultad de conocer la verdad de los acontecimientos lejanos, cuando había podido equivocarse sobre lo que un día antes ocurría bajo las ventanas de su prisión en la Torre de Londres! Y anécdota es — aunque desfigurada — por cuanto France proyectó con su amigo Louis-Xavier de Ricard una "Encyclopédie de la Révolution". Con la ayuda de un banquero, P. Joublin, que vivía en el N° 13 de

(39) Ib., p. 128.

la rue Bonaparte, esperaban constituir una sociedad con un capital de 250.000 francos. Desgraciadamente, el dinero no llegó y el proyecto fracasa" (40).

Lo más sutil y valioso — como todo en France — es el comentario a la hazaña infructuosa. "¡Qué de veces, ay de mí, he vuelto a comenzar en mi vida esta aventura del libro y del gigante! ¡Qué de veces, al comenzar una gran obra o conducir una vasta empresa he sido detenido de golpe por un Teuto-bochus. llamado vulgarmente suerte, azar, necesidad! He tomado el partido de agradecer y bendecir a todos esos Teuto-bochus que, cerrándome los caminos azarosos de la gloria, me han abandonado a mis dos fieles guardianes, la oscuridad y la medianía. Ambas son dulces y me aman. Es necesario que yo les retribuya su afecto"!

"En cuanto a Fontanet, mi sutil amigo Fontanet, abogado, consejero general, administrador de diversas compañías, diputado, maravilla verlo jugar y correr entre las piernas de todos los Teuto-bochus de la vida pública, contra los cuales, en su lugar, me hubiera roto yo mil veces la nariz" (41).

—:—

Para mejor comprender a Jean Servien recordemos al France que a los 17 años, en 1861, escribía en su "Diario", en el Colegio: "Amo. Tengo necesidad de amar". Y otro día: "Mi alma tiene necesidad de poesía y de poesía viviente" (42).

Jean Servien es el France tímido, sensual y apasionado. Es el niño soñador que nos conmueve con el espectáculo de una vida persiguiendo imágenes y sombras. Hay encendimientos, curiosidades; una naturaleza tierna e inquieta.

Recordemos al Jack, de Daudet, por ejemplo. Jack nos da la sensación de que el mundo y el tráfico de la vida lo hieren,, lo despojan, lo aniquilan. Es como un dolor físico. Bastaría que su madre viviera sólo para él, y Jack volvería a ser el niño feliz de sus primeros tiempos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

(40) L. X. de Ricard. "Anatole France et le Parnasse contemporain" en la "Revue" (antigua "Revue des Revues") del 1º de Febrero 1920 = G. Huard "Anatole France et le Quai Malaquais". p. 25.

(41) Le livre de mon ami", p. 129.

(42) G. Girard. "La Jeunesse d'Anatole France", 1844-1876; ps. 75. 79.

En Jean Servien, el mundo exterior, a pesar de los inevitables choques y relaciones, no gravita con intensidad en su espíritu. El problema trágico es su inextinguible deseo que no podrá, ciertamente, saciarse con nada.

¡Con cuánta verdad ha dicho France de sí mismo que "el deseo ha conducido" su "vida entera" y que su "existencia no fué sino un largo deseo"! (43).

---

(43) A. France "En huitième", l'Homme libre del 5 de Mayo 1913. Annette Antoniu "Anatole France, critique littéraire", p. 27.



# ESTRUCTURA DEL ATOMO

Por ENRIQUE LOEDEL PALUMBO

## IV — ESPECTROS ROENTGIANOS

1. *Rayos característicos y de frenamiento.* Es conocido que en 1895 *Roentgen* observó que del anticátodo de un tubo de rayos catódicos, se desprendían en todas direcciones rayos de una naturaleza especial que entre otras, tenían la propiedad de impresionar las placas fotográficas, excitar la fluorescencia, atravesar algunos cuerpos opacos para la luz ordinaria y que como ésta se propagaban en línea recta, sin ser desviados por un campo magnético o eléctrico. En 1905 *Barkla* demostró que los nuevos rayos (denominados rayos X) eran polarizables, por lo cual si se admitía que esas radiaciones correspondían a vibraciones del éter, ellas debían ser transversales. En sus experimentos *Barkla* puso también de manifiesto, estudiando la absorción de los rayos por diversas substancias, que había que distinguir dos clases de rayos Roentgen. La dureza de una de las clases de rayos, o sea su poder de penetración, aumentaba al aumentar la diferencia de potencial en el tubo en tanto que la dureza de la otra clase de rayos era independiente de la diferencia de potencial y variaba al variar la substancia de que estaba hecho el anticátodo. Estos últimos rayos son los llamados, característicos, y la dureza de los mismos aumentaba en general al aumentar el peso atómico de la substancia del anticátodo.

Veremos más adelante que los rayos Roentgen no son otra cosa que luz de longitud de onda muy corta o sea de frecuencia muy grande, mayores que las que corresponden a las radiaciones ultravioletas. El poder de penetración o sea la dureza de los rayos, está caracterizado por la frecuencia de los mismos. Mientras que los rayos característicos provienen, en la forma que veremos más adelante, de los átomos de la sustancia del anticátodo, los rayos de frenamiento encuentran su natural explicación en la hipótesis de los cuantos de luz de *Einstein*. Si la diferencia de potencial entre el cátodo y el anticátodo es  $V$  el trabajo para transportar de uno a otro un electrón será  $eV$  y por lo tanto la energía cinética de los electrones al chocar con el anticátodo será tal que

$$\frac{1}{2} m v^2 = e V. \quad (1)$$

Esta energía se transforma en luz, o sea cada electrón al ser frenado origina en el anticátodo la emisión de un fotón cuya energía máxima  $h \nu$  será:

$$h \nu = \frac{1}{2} m v^2 = e V \quad (2)$$

Esta ecuación no es otra que la ecuación fotoeléctrica de *Einstein*. Leída de izquierda a derecha da la frecuencia máxima de la luz que puede originarse por choque de electrones (producción de rayos Roentgen) y leída de derecha a izquierda da la velocidad máxima con que puede salir un electrón de la superficie de un cuerpo al ser iluminado (efecto fotoeléctrico). Por lo tanto la producción de rayos de frenamiento en el anticátodo es el fenómeno inverso del efecto fotoeléctrico. La (2) muestra que la frecuencia, y por lo tanto la dureza de los rayos crece al aumentar la diferencia de potencial en el tubo.

Dentro de la teoría de *Maxwell*, no cabe, en cambio, explicación alguna de la producción de los rayos de frenamiento. Se demuestra en efecto, en dicha teoría que si la aceleración de un electrón es  $a$  debe irradiar una cantidad de energía  $S$  igual a:

$$S = \frac{2}{3} \frac{e^2 a^2}{C^2}, \quad (3)$$

siendo  $C$  la velocidad de la luz. Como el proceso del frenamiento de los electrones es continuo, no existiendo en él ningún fenómeno vibratorio, puede descomponerse dicho proceso, por desarrollo en serie de Fourier, en la superposición de infinitas vibraciones simples, y de esta manera resulta que la energía irradiada estaría constituida por un espectro continuo, donde no habría límite ninguno para la frecuencia.

Los rayos de frenamiento constituyen en efecto un espectro continuo pero limitado en la región de las ondas cortas por una frecuencia máxima dada por la (2). Esta frontera del espectro continuo de los rayos de frenamiento se desplaza hacia las ondas cortas al aumentar la diferencia de potencial en el tubo como muestra la (2) que traduce fielmente los resultados experimentales.

2. *Los cristales como redes de difracción.* Siendo la longitud de onda de los rayos Roentgen extremadamente pequeña, unas 10000 veces menor que la longitud de onda de la luz visible, se comprende inmediatamente que las redes ópticas ordinarias no son apropiadas para el estudio de esas radiaciones, lo que explica el fracaso de los experimentos que durante muchos años efectuaron los físicos para reproducir con los rayos Roentgen, fenómenos que en el dominio de la óptica no ofrecen dificultad ninguna.

En 1911, *Walter y Pohl*, haciendo pasar un haz de rayos Roentgen por una ranura en forma de V, de algunos micromicrones de ancho, observaron que en la placa impresionada por esos rayos aparecía más ancha la región correspondiente al vértice de la ranura, lo que revelaba que se estaba en presencia de un fenómeno de difracción. Utilizando las observaciones de estos autores *Sommerfeld* calculó que la longitud de onda de los rayos empleados debía ser del orden de  $4 \cdot 10^9$  cm.

Al año siguiente se le ocurrió a *Laue* utilizar los cristales como redes de difracción, ya que, para explicar la forma geométrica de los mismos, es necesario admitir que sus átomos o sus moléculas se distribuyen en el cristal regularmente, como era conocido desde mediados del siglo pasado por trabajos de *Bravais, Hauy-Fedorow* y otros. La distancia que separa unos átomos de otros en la red de un cristal, distancia que se calcula

fácilmente conociendo el número de Loschmidt, resulta ser del orden de  $10^8$  cm., con lo cual los cristales constituirían redes de difracción naturales y apropiadas para el estudio de los rayos Roentgen. *Laue*, después de haber desarrollado la teoría de las redes de difracción espaciales, con la ayuda experimental de *Friedrich* y *Knipping*, tomando fotografías de un haz de rayos Roentgen que se hacía atravesar previamente por una lámina de un cristal de sulfuro de zinc (sistema cúbico), comprobó que estos rayos se difractaban, y pudo calcular la longitud de onda de los mismos.

Con el descubrimiento de *Laue* se inicia el estudio sistemático de dos nuevas ramas de la física, a saber: el análisis de la estructura de los cristales por medio de los rayos Roentgen y el estudio espectroscópico de estos últimos.

3. *Espectroscopía de los rayos Roentgen*. — Si sobre la cara de un cristal se hace incidir un haz de rayos Roentgen de longitud de onda  $\lambda$ , siendo  $\varphi$  el ángulo que forman los rayos con la cara del cristal, se demuestra fácilmente, que si  $d$  es la distancia entre dos capas atómicas paralelas a la superficie del cristal, debe cumplirse

$$2 d \operatorname{sen} \varphi = n \lambda, \quad (4)$$

siendo  $n$  un número entero, para que en la dirección correspondiente a la de la reflexión ordinaria, haya un máximo de la radiación difractada por los átomos o por las moléculas de la red cristalina. Por lo tanto para cada ángulo  $\varphi$  se refleja solamente una radiación de longitud de onda determinada por la (4). Si se tratara de luz visible diríamos que para cada ángulo de incidencia se refleja luz de diferente color. Para que este fenómeno se pudiera observar con luz visible sería necesario disponer de redes de difracción espaciales para las cuales la distancia entre dos planos reticulares consecutivos fuera unas 10000 veces mayor que la distancia correspondiente a las redes cristalinas.

Se observaría entonces que para un ángulo  $\varphi$  de  $60^\circ$  se refleja solamente por ejemplo la luz roja y para ángulos menores se reflejaría únicamente la luz amarilla, la verde o la violeta. Se comprende entonces, que conociendo la constante



d de la red cristalina y midiendo el ángulo  $\varphi$  se podrá determinar la longitud de onda de la radiación correspondiente.

En la (4) se fundan varios métodos espectroscópicos aplicables a los rayos Roentgen. En 1913 W. H. Bragg y W. L. Bragg (padre e hijo) iniciaron el estudio espectroscópico de los rayos Roentgen con el método descubierto por ellos y llamado del cristal giratorio. Consiste en esencia en una lámina cristalina dispuesta verticalmente en una plataforma horizontal a la cual se le imprime por medio de un aparato de relojería un movimiento oscilatorio. Un haz de rayos Roentgen bien delimitado incide sobre la lámina y después de reflejarse en la misma va a impresionar una película fotográfica de forma cilíndrica, coincidiendo el eje del cilindro con el eje de la plataforma movable. Si los rayos Roentgen incidentes consisten en radiaciones de diversas longitudes de onda, para cada longitud de onda corresponderá un ángulo de incidencia diferente, en el cual se produce la reflexión, con lo cual se obtendrán en la película, si el haz inicial estaba limitado por una ranura, líneas separadas lo mismo que en la espectroscopía de la luz visible. Por la posición de la línea en la película se determinará el ángulo  $\varphi$  y con ello se conocerá la longitud de onda. La constante  $d$  es para el cloruro de sodio:

$$d = 2,814 \cdot 10^8 \text{ cm.} \quad (5)$$

Esta constante se calcula del siguiente modo: Si  $l$  es la longitud de una arista de un cubo de cloruro de sodio y  $d$  la distancia entre dos átomos consecutivos el número de los mismos en todo el cubo será:

$$N = \left( \frac{l}{d} \right)^3$$

El peso molecular del Na Cl es 58,46, (23+35,46) y por lo tanto en 58,46 gramos de cloruro de sodio hay  $L$  moléculas o  $2L$  átomos siendo  $L$  el número de Loschmidt. (véase clase I y II). Siendo  $\zeta$  la densidad del cloruro de sodio, la masa del cubo considerado es igual a  $\zeta l^3$  con lo cual,

$$N = \frac{2 L \zeta l^3}{58,46}$$

De ésta y de la anterior como  $\xi$  es igual a 2,164 y  $L = 6,06 \cdot 10^{23}$  se obtiene el valor de  $d$  dado por la (5).

En este cálculo se ha supuesto que los átomos de cloro y de sodio están separados en el seno de la red cristalina constituyendo cada átomo (y no cada molécula) un centro de dispersión. Los átomos de cloro y de sodio se hallarían entonces colocados en los vértices de cubos elementales. Por lo tanto en un cristal de cloruro de sodio no tiene sentido hablar de una molécula de Na Cl, todo el cristal constituye una molécula gigante. Hay muchas razones para suponer que son los átomos y no las moléculas las que se encuentran en los vértices de esos cubos elementales. Así por ejemplo los espectrogrameas obtenidos por el método de Laue, presentan un aspecto que revelan la existencia de dos centros diferentes de dispersión. En el caso del bromuro de potasio, por ejemplo, en que la diferencia de los pesos atómicos es grande (80 y 39) la existencia de esas dos clases de centros es bien marcada. Por esta razón la constante de difracción de la red espacial (distancia entre dos átomos iguales) es el doble de la constante  $d$ .

Como la precisión espectroscópica, aún en el dominio de los rayos Roentgen es muy grande, y como más que los valores absolutos de las longitudes de onda interesan sus valores relativos se ha convenido en asignar a la constante del valor:

$$d = 2,81400 \cdot 10^{-8} \text{ cm. (6)}$$

De este modo los valores de la longitud de onda pueden determinarse con 5 decimales, aún cuando en valor absoluto puedan conocerse solamente 3 por la imprecisión en la determinación del número de Loschmidt que sirve para determinar la constante  $d$ .

Otro método espectroscópico muy simple debido a M. de Broglie consiste en hacer reflejar el haz de rayos Roentgen sobre una lámina de mica arqueada con lo cual según (4) en cada punto de la lámina se reflejará una radiación de longitud de onda diferente. La constante de la mica es  $10,1 \cdot 10^{-8}$  cm.

El método de Debye-Scherrer (Alemania) y A. W. Hull (Norteamericana) consiste en esencia en hacer incidir sobre un pequeño tubo que contiene polvo de un cristal el haz de rayos Roentgen. Como los pequeñísimos cristales están orientados en

todas direcciones cada longitud de onda se refleja según la (4) para un ángulo determinado, con la cual dará lugar a una superficie cónica de vértice en el tubo y de distinta abertura según sea el valor de  $\lambda$ . Si la placa fotográfica es un plano, a cada valor de  $\lambda$  corresponderá en la placa una circunferencia de radio diferente, intersección de las superficies cónicas cuyo eje común es la dirección inicial de los rayos, con el plano de la placa.

Este método es muy apropiado para el estudio de sustancias cristalinas de las cuales no pueden obtenerse cristales grandes. Para esto se ilumina el tubo con un haz de rayos Roentgen monocromático y los distintos anillos de la placa corresponden entonces a los diversos valores de  $d$ , es decir, a las distintas distancias entre los planos reticulares, o posibles caras del cristal.

En las clases próximas nos ocuparemos de la significación de los espectros roentgianos en cuanto a la estructura del átomo se refiere.



# Introducción Filosófica a los Estudios Pedagógicos

Por JUAN MANTOVANI

## III. EDUCACION AUTONOMA Y EDUCACION HETERONOMA — AUTORIDAD Y LIBERTAD EN EL PROCESO EDUCATIVO.

### *Importancia del problema.*

Decíamos en la clase precedente que el proceso educativo, en su fondo íntimo, se resolvía en una lucha de elementos antitéticos, donde uno de ellos absorbe o domina al otro. Y agregábamos, concretamente, que la imposición de un principio heterónimo, constituía una de las características medulares del proceso educador.

Autores hay que circunscriben este problema a una esencial oposición de autoridad y libertad. Así, negar o afirmar ésta es para Gentile una presuposición indispensable en la educación, y se convierte en la antinomia fundamental de ella. Este problema es, quizás, el de mayor fuerza filosófica que se presenta en el estudio de las cuestiones pedagógicas. Se liga estrechamente al problema de la *posibilidad de educar*, considerado

ya — en la primera clase — como preliminar a toda pedagogía. Su estudio es una introducción obligada para toda disquisición pedagógica, y especialmente, para la fundamentación de distintas aplicaciones educativas. A unos interesa como problema de fondo. A otros, simplemente, para dar base a procedimientos didácticos. Y aún aquellos que no meditan estas cuestiones, cuando aplican formas educativas se inspiran, inadvertidamente, en una de las tantas soluciones que ha recibido el problema de la autoridad y libertad.

¿Qué se entiende por *autonomía y heteronomía* en el proceso educativo? Ya se ha dicho que éste es un desenvolvimiento del sujeto educable. También se lo ha considerado como un tránsito del ser al deber ser. Esta traslación puede hacerse de lo real a lo real, o de lo real a lo ideal. Sea de una u otra manera, se trata siempre de una transformación, una elevación. Bajo la acción educativa el sujeto desenvuelve calidades latentes o adquiere nuevos atributos que lo transforman en algo distinto de lo que fué. O deviene otro ser distinto del que era, o deviene, sencillamente el que era, es decir, el que era en potencia, no desarrollado.

Estas consideraciones permiten concretar el problema en los siguientes interrogantes: ¿De dónde y cómo vienen al ser las nuevas calidades que lo convierten en algo distinto de lo que era? O ¿de dónde y cómo logra llegar a ser el ser que estaba en potencia? ¿Influyen, solamente, fuerzas preexistentes en el sujeto o factores extraños a sus propias fuerzas?

Estamos frente a una cuestión central. Ella no alimenta solamente a un problema especulativo, sino contribuye de modo influyente sobre la práctica educativa. En cualquier autor el problema está presente. Y está presente en el corazón mismo de su concepción pedagógica. Para Pestalozzi, por ejemplo, toda educación del hombre es, en definitiva, un autodesenvolvimiento de sus energías, no la comunicación o transmisión de una determinada forma exterior (1). Aquí está contenido, claramente, el principio de la autonomía, merced al cual *el hombre se forma de acuerdo con las propias leyes de su esencia*. A este principio se acomoda la estructuración pedagógica. Así el

(1) Véase: "Pestalozzi. Su vida y sus ideas". P. Natorp. Ed. Labor.

método pestalozziano es un instrumento que tiene a su cargo la dirección del proceso espontáneo.

### *Persistencia del problema.*

Se trata de un problema espinoso y resbaladizo. Cuando la mano siente que aprisiona una solución siente también que insensiblemente se le escapa y resurgen nuevos interrogantes. Veamos algunas formas de esta persistencia:

1º Si se considera a la educación como un proceso autónomo del ser, resulta: a) Teóricamente: el sujeto no obedece a leyes externas ni a influencias ajenas a su libre modo de expansión. b) Prácticamente: suele desmentirse aquel punto de vista teórico. El espíritu no puede eludir miles de influencias que configuran su desarrollo y formación.

2º Si se considera la educación como proceso heterónomo del ser: a) Teóricamente: el sujeto es una resultante pasiva de múltiples influjos del ambiente social y de la comunidad cultural. La formación espiritual es determinada por influencias exteriores. b) Prácticamente: la experiencia demuestra con ejemplos encarnados en figuras de excepción (genios, héroes, tipos representativos) que a pesar de la coacción inevitable del medio, es posible en muchos casos un desenvolvimiento autonómico, la realización de una personalidad original (2).

El problema es grave. "Viejo problema siempre nuevo", dice Gentile — desde su posición idealista — frente al cual el espíritu no sabe resolverse sin contradecirse. Si se decide por la autonomía, se presupone que el hombre posee el poder propio de hacer de él lo que es. Si se inclina por la heteronomía se presupone que el hombre llega a ser lo que de él hacen o determinan fuerzas extrañas a todo poder originario.

### *El problema de la libertad.*

En las dos últimas consideraciones ha quedado planteado el problema de la libertad, consustancial con el concepto del hombre. ¿Es libre o no el hombre? O también, ¿qué es un hombre libre?

(2) Véase: "Le antinomie dell'educazione", por M. Maresca. Flli Brocca.

El hombre libre es dueño de sus propias iniciativas y capaz de liberarse de toda limitación. Supera las coacciones y se substrahe a toda obediencia. Pero ¿es libre el hombre? Esta es la grave cuestión. Desde luego, no es cuestión pedagógica, sino metafísica, y que cuadra rozarla, aún someramente, en un breve curso de introducción filosófica a los problemas de la educación.

Si se afirma la libertad como el principio del espíritu cada acto del hombre obedece a su propia iniciativa. No es libre la naturaleza porque ninguno de sus hechos tienen iniciativa absoluta. En cambio, todo cuanto el hombre hace tiene en sí mismo principio. Es la libertad la condición distintiva del hombre y el animal. A éste lo rige el instinto con sus fuerzas ciegas. No le deja margen alguno para sus poderes creadores. Rige al animal "la ley no derogable de la naturaleza". El es equivalente a lo que ha recibido de ésta. El hombre aporta sobre sí lo que su iniciativa libre es capaz de crear. La libertad es el sello inconfundible de la humanidad. Lo es en forma absoluta como postulan ciertos idealistas. O es una aspiración como lo sostienen otras tendencias. Las formas humanas, sin el soplo de la libertad que las animan y vivifican, no trascienden el orden animal.

Los que niegan la libertad condenan al hombre a la ley del determinismo universal. Lo condenan a ser — como dice Gentile — "casi gota del inmenso océano en perpetuo movimiento con toda la masa de las aguas, de que él es tan pequeña parte" (3).

### *La educación y la libertad.*

El citado filósofo italiano se plantea esta cuestión previa: *¿La educación presupone en el educando esta libertad?* Es decir, ¿presupone el hombre libre? "Ciertamente, — se responde — porque presupone su educabilidad; que no será educable, sí, por ejemplo, no estuviese en estado de pensar (de entender aquello que se le dijera). Y pensar, como se ha visto, significa ser libre. No sólo lo presupone; la educación va hacia la libertad. La libertad como consecuencia de la educación, debe

(3) Gentile. "La riforma dell'educazione". Fratelli Treves. Milano.



desarrollarse como se desarrolla la capacidad de pensar o de otro modo, de obrar espiritualmente. El desarrollo del pensamiento es desarrollo de reflexión, del dominio del hombre sobre sus propias ideas, sobre el contenido de su propia conciencia, sobre el propio carácter, sobre todo el propio ser en relación con cada ser; y en fin, desarrollo de la libertad" (4). Trae enseguida el recuerdo de una afirmación agena que considera la educación, precisamente como un intento para liberar al individuo del instinto. Consecuente con su posición filosófica, Gentile ha planteado el problema de la educación y la libertad así: la educación es formación del hombre; y quien dice hombre dice libertad. Aquí nace la antinomía que estamos estudiando, por cuanto todo educando — a quien se presupone libre — está al mismo tiempo sometido a factores educadores.

*Educando-educador. Libertad-autoridad.*

El proceso educativo está externamente constituido por la relación entre dos polos: educando y educador. Nos encontramos ante el ya citado interrogante ¿cómo se puede conciliar la libertad del educando con la intervención del educador? Constituye este interrogante un aspecto de la grave antinomía de la autonomía y heteronomía en el proceso educativo. Sobre ella radica todo el concepto de la educación y también la solución del problema didáctico, cuyo contenido se traduce en cuestiones relativas al método y a la disciplina. Disciplina y método son derivaciones de los conceptos de autoridad y libertad.

La pedagogía gentiliana niega la bipolaridad del proceso educativo, y lo reduce al desenvolvimiento libre y autónomo del educando. La concepción dinámica del espíritu presupone la libertad de éste. Leyes inmanentes y propias rigen sus actividades. La educación se simplifica en un proceso de autodesenvolvimiento, *autoeducación*. Ha desaparecido un polo. La educación es un proceso unipolar.

Aún cuando en la experiencia el educador está presente, lo está sólo en cuanto se interioriza en el espíritu del educando. El proceso educativo es el mismo proceso de realización del

---

(4) Gentile — Op. Cit.

espíritu. No considera la acción del educador como un momento esencial del desenvolvimiento espiritual. Podrá existir dualidad empírica y aparente, pero en su fondo esencial es autoeducación. Por ser autónomo y libre el espíritu no admite barreras, incluso las que representa la intervención directa del educador. "El maestro, en conclusión — dice Gentile — no está fuera sino dentro, como advertía San Agustín. Dentro, aún cuando lo vemos delante de nosotros. Allí, en lo alto, sobre la cátedra. Aún allí él está dentro de nosotros, objeto de nuestra conciencia, elevado en el interior mismo de nuestro espíritu y rodeado de nuestra reverencia, de nuestra confianza, de nuestro afecto. Es nuestro maestro, es nuestro mismo espíritu". (5).

Se advierte, pues, que Gentile encuentra aquella conciliación en el concepto que él postula de la identificación del educador con el proceso actual del espíritu del alumno, quien en tal proceso realiza su libertad. De este modo "la autoridad del educador — dice — se convierte en la libertad del educando".

Resulta así una pedagogía que anula toda acción heterónoma sobre el espíritu, por cuanto éste se desenvuelve de acuerdo a un proceso autocreativo. La educación sólo llega a ser posible en cuanto los espíritus del educando y del educador se despojan de su empirismo accidental para coincidir en el espíritu eterno, universal, única realidad absoluta.

Opuesta a la pedagogía idealista es la pedagogía empírica, que parte de otra concepción del espíritu. Para que el espíritu convierta sus poderes en actividad es necesario que operen estímulos desde fuera. Deriva de aquí una concepción heterónoma de la educación. La pedagogía se reduce a ser una investigación de los medios e instrumentos formadores del espíritu. La relación entre educando y educador crea una dualidad de espíritu: uno formado y otro en formación.

El pedagogo italiano Vidari toma posición contra el idealismo absoluto y contra todas las formas de la pedagogía empírica. Ni absoluta autoeducación, ni heteroeducación estricta. A una y otra opone la relación de educador y educando como dos realidades psicológicas distintas, aunque convergentes en el proceso de desenvolvimiento espiritual. Sostiene que el edu-

(5) Gentile. "La riforma dell'educazione". Fratelli Treves. Milano.

cador externo es un momento en la conciencia del educando. Debe aquel ir insensiblemente desapareciendo como tal para revivir en el espíritu libre y autónomo de éste. La dualidad de educador y educando es una necesidad psicológica. Es dualidad de experiencia, no dualidad absoluta. Si fuera absoluta quedarían fuera de la pedagogía los hechos de autoeducación. Les faltaría la relación específica de un educador que obra sobre un educando. En cambio, los hechos educativos, se reducen, en última instancia, a procesos de autoeducación, porque no se obra desde fuera sobre el espíritu que se forma, como se opera sobre los cuerpos inanimados para producir en ellos modificaciones. El educador, en cuanto educa de verdad, no introduce aumentos en el espíritu del educando, sino pone en movimiento su libre y activa iniciativa. Indudablemente que Vidari en su intento de distinguirse de Gentile no es mucha la distancia que los separa. El suyo es semejante al concepto sustentado por aquel, con una advertencia: mientras Gentile se ha detenido en un minucioso examen dialéctico de la dualidad, sin mostrar su actividad en la forma concreta de la educación, Vidari ha mostrado cómo la dualidad psicológica se convierte, en el proceso vivo de la educación, en unipolaridad educativa interna. Sobre esta base construye una metodología didáctica inspirada en las leyes que rigen la vida del espíritu, y no en las leyes mecánicas de la naturaleza como lo hizo la pedagogía empírico-naturalista. (6).

*Formas de la heteronomía y autonomía educativas.*

Varias direcciones se insinúan dentro de estos conceptos y diversas soluciones se proponen ante la antinomía que venimos estudiando.

1º *La educación heterónoma* (Heteroeducación). Se considera a la educación como un proceso que desde fuera obra sobre el educando. Acciones extrañas al sujeto producen su desarrollo espiritual. Maresca señala dos formas dentro de esta dirección: a) *Forma trascendente de la heteronomía*: ha sido formulada a base de la doctrina aristotélica de la forma sobre la materia, del universal sobre el particular, etc. La educación

(6) Véase: G. Vidari. "Elementi di Pedagogia", Hoepli.

viene a ser el arte de dar al espíritu la forma, es decir, una perfección. La forma es una idea extraña a las posibilidades del ser. Pero a ella debe someterse en cuanto es fin de la educación. La *forma* es el principio heteronómico que rige la educación. Ciertas doctrinas de educación religiosa no tienen otro objeto que trasladar la imperfecta materia humana hasta un estado de perfección suprema, la gracia divina. b) *Forma inmanente de la heteronomía*: se formula esta dirección sobre la base del empirismo filosófico y de la metafísica naturalista. Se considera al sujeto educando como producto exclusivo de fuerzas que operan sobre él desde el ámbito de la experiencia finita, concreta, histórica.

En el primer caso la educación es una aspiración a lo infinito (la perfección); en el segundo, representa una aspiración a algo limitado ("devenir lo que se es" tal como expresa la fórmula de Píndaro). Aquí el hombre no es lo que arbitrariamente se propone, ni lo que una ley ideal le impone. Está configurado en primer término por el cúmulo de experiencia personal, que representan sus particulares elementos biológicos, psicológicos, etc. Hay heteronomía porque la libre iniciativa de su espíritu está sometida a un inevitable destino que brota del fondo natural y espiritual del ser.

2º *La educación autónoma* (Autoeducación. Autodesenvolvimiento): considera el hecho educativo como un proceso libre del sujeto. Para ello se postulan previamente varias consideraciones: exaltación del individuo y de su libertad originaria que se basta a sí misma. Dos formas reviste esta tesis: a) la primera se apoya en la *doctrina del individualismo* (siglo XVIII), que concibió el individuo como la más elevada realidad y el supremo valor. Se profesa un acentuado optimismo sobre el fondo de la naturaleza humana. Se llega a sostener que es fuente de bondad y de perfección nativas. Posee también el secreto de desenvolverse y afianzarse a sí misma. Ni el arte ni el azar dotan de fuerzas fecundas al hombre. Estas brotan de lo más íntimo de la naturaleza humana. Por esto valoran al hombre como fin en sí. No es nunca instrumento destinado a servir otra realidad que el desarrollo de su propio ser. Rousseau, Kant, Fichte, Pestalozzi, Goethe, Richter, Froebel, participan de aquel fundamento que les permite ver en la educación un

proceso afirmativo de los poderes preexistentes en el ser (7). Conviene advertir aquí que esta acentuación del individualismo no implicaba un aislamiento absoluto, como lo quiso, utópicamente, Rousseau. De modo inverso, la fuerte personalidad individual debe influir sobre los demás y asegurar el ensanchamiento de la comunidad, que es el medio natural del hombre.

A Rousseau le corresponde el mérito de haber expuesto por primera vez estas ideas. No obstante el carácter ilusorio de su obra pedagógica, ha inspirado muchos sistemas de *educación negativa*. Se entiende, corrientemente, por tal aquella en la que el educando es su propio educador. El papel del maestro consiste en anularse hábilmente, en *negarse* para permitir la *afirmación* de la personalidad del que se educa (8). "La primera educación — dice Rousseau — debe ser, pues, puramente negativa . . . . Cada espíritu tiene su forma propia según la que necesita ser dirigida" (9).

Muchos sistemas sobresalen hoy en la aplicación concreta de estas formas negativas. Se destaca por el éxito de su obra práctica María Montessori, quien ha propagado con su incansable labor de un cuarto de siglo un sistema de educación para niños pre-escolares y escolares apoyado en la libre manifestación de sus tendencias biológicas y espirituales, sin acudir a los excesivos resortes heteronómicos que caracterizan a las prácticas tradicionales. "Si fuese suficiente tocar las almas — dice M. Montessori — para que el hombre adquiriese todas estas cosas (carácter, inteligencia, sentimiento) ¡cuán fácilmente procuraríamos energías a aquellos que carecen de ellas! Pero no sucede así, porque no somos nosotros los creadores de las formas internas, como tampoco lo somos de las externas" (10). El método montessoriano responde a una concepción autonómica de la educación: un ambiente adaptado al niño y una maestra, deli-

(7) Véase: L. Visconti. "La Pedagogía del Renacimiento", Abrighi. e Segate. Roma.

(8) "Yo llamo *educación positiva* la que tiende a formar el espíritu antes de la edad y a dar al niño el conocimiento de los deberes del hombre. Yo llamo *educación negativa* la que tiende a perfeccionar los órganos, instrumentos de nuestros conocimientos, antes de darles los conocimientos, y que prepara a la razón por el ejercicio de los sentidos". (Rousseau. Letra á Ch. de Beaumont).

(9) J. J. Rousseau. "Emilio". Garnier Hns. París.

Para mayor amplitud de este tema véase: Gentile. "Sommario di Pedagogia Generale". Tomo I. Parte Terza. Cap. I: "Eduzazione negativa ed educazione positiva". L. Dugas: "Le Problème de l'education". Chap. I. "De l'education négative".

(10) M. Montessori. "Autoeducación". Ed Araluce. Barcelona.

cada observadora, que sabe aplicar bien el arte de eliminarse. La dualidad educando-educador se reduce a un *máximum* de actividades espontáneas del niño en contacto directo con el material del ambiente, y a un *mínimum* de intervención operante del educador (11).

b) La segunda forma de la autonomía en la educación se apoya esencialmente en un criterio biológico: el de la originaria e inmodificable constitución psicológica del ser humano, dada por la herencia. Tendencias, instintos, temperamentos son en sí direcciones naturales que nadie puede modificar ni suprimir. En consecuencia, la educación consiste en respetar el fundamento que la naturaleza ha puesto en cada individuo. Educar es dejar a la naturaleza de cada uno que obre (12). Es una especie de confesión de impotencia educativa frente al desigmo todopoderoso de la naturaleza. No entra en este concepto de educación ninguna aspiración que trasciende el contenido psico-fisiológico de las inclinaciones hereditarias. Más que una educación negativa es una negación de la educación. Frente a la inmutabilidad del carácter, convicción sustentada por muchos psicólogos y filósofos, resulta inútil para ellos hablar de educación. Toda tentativa pedagógica carece de importancia y es ilusoria (13). Compárese este alcance con el optimismo de Richter. Para éste, la educación es desenvolvimiento. ¿"Qué es desenvolvimiento? Elevar las fuerzas a lo alto, más allá de las relaciones circundantes, proporcionándoles otras mejores" (14). El cultivo de las fuerzas nativas es sólo una parte de la labor educadora. Vincular el ser al medio social y forjar una concepción del universo, del hombre y de la vida, es un complemento de aquella primera parte.

#### *Necesidad de superar soluciones unilaterales.*

La educación en su esencia es un proceso activo y viviente, no una mera abstracción. Aún cuando pensamos en ella, pensamos algo concreto y vital. Escapa a la concreta realidad de la educación el extremado individualismo y naturalismo a que

- 
- (11) Véase: M. Montessori: "El método de la Pedagogía Científica". Idem.  
 (12) Véase: L. Gurlitt: "La Educación Natural". Ed. La Lectura.  
 (13) Véase: Parisot et Martin: "Les postulats de la Pedagogie". Alcan. París.  
 (14) J. J. Richter. "Levana". Ed. La Lectura. Madrid.

hemos hecho referencia. En la vida ningún hombre puede ser extraño a sus semejantes, y por tanto, eludir a sus influjos. Aparece también discutible el dogma rousseauiano de la bondad nativa y el pesimismo social. En cambio, cobra fuerza en las corrientes filosóficas y pedagógicas posteriores al pensador ginebrino, la necesidad de impulsar la formación moral para asegurar una vida superior en la sociedad humana. Se ha hecho notar en clases anteriores el predominio de la "pedagogía social" y el papel fundamentalmente educativo de la comunidad.

Así como resulta fácil encontrar argumentos capaces de sustentar cada una de estas posiciones unilaterales, no es muy difícil hallar razones opuestas que los destruyan. Más, ciñéndose estrictamente al hecho cierto y real, el problema se convierte en ardua pero viable empresa. En ese terreno hallamos: a) *que el hecho educativo no puede ser considerado como pura heteronomía*, porque el sujeto es siempre un centro de espontaneidad activa. b) *que el hecho educativo no puede ser pura autonomía*, porque el ser que se educa está sometido, inevitablemente, a coacciones naturales y sociales, o a valores de cultura, que modifican en gran medida el curso de su espontáneo desarrollo espiritual. Lo espontáneo y la norma deben salvarse en una fecunda conciliación.

Muchos buscan solución a este pleito mediante una superación y síntesis de sus términos: 1º la autonomía representada por la libre actividad subjetiva del educando. 2º la heteronomía representada por el sistema de valores objetivos, o ideales, o formas de cultura o imagen humana que sirven de meta para la configuración de aquella subjetividad. Es decir, el ser humano, en cuanto *ser* individual es autónomo; pero en cuanto es *un deber ser*, sufre la influencia heterónoma de éste. La educación viene a ser así el punto de intersección, del ser y el deber ser, de lo particular y lo universal, de lo finito y lo infinito.

Una educación puramente heterónoma se propone transformar a su antojo un hombre en otro. Cuenta demasiado con la ilusoria omnipotencia de la educación. El niño pasa por las manos del educador como un trozo de mármol por las manos del artista. No se respetan las posibilidades individuales. Se establece un fin previo y mediante un sistema de coacciones se moldea a los niños según la imagen de aquel.

Wyneken plantea este problema — posibilidad y legitimidad de la educación — como caso de conciencia. Compara el “¿debo yo educar?” con la cuestión de si es permitido matar. “Si por una palabra mágica — dice — se pudiera transformar a un hombre en un animal o en otro hombre ¿no sería esto también semejante o muy parecido al matar? Y lo que la educación quiere ¿no es algo parecido a tal transformación? . . . . Suponiendo que esto sea posible, ¿educar no es ética y principalmente tan problemático como matar?” (15).

Se empieza ya a dudar sobre dónde se funda el derecho a formar, a educar. Se combate toda fuerza que opera exclusivamente sobre el espíritu. Tal es el estado de ánimo de un gran sector de la pedagogía actual. Se propugna enérgicamente en favor de una educación sin coacción ni violencia, sin sugerencias extrañas, sin impresiones de origen externo, sin acomodaciones a normas y valores objetivos. Se confía estrictamente en el desarrollo de las cualidades que lleva en sí el hombre.

### *Dos movimientos de liberación.*

Una gran fe sobre el poder omnímodo de la educación, convirtió a ésta en un disfraz del dominio, especialmente, del dominio del adulto sobre el no adulto. Como reacción contra esta excesiva influencia heteronómica, en lo que corre del siglo, se han vigorizado dos movimientos de liberación. Uno es el movimiento en favor de los “derechos del niño”, que proclaman la necesidad de respetar la personalidad infantil. Huelga recordar aquí la serie de declaraciones internacionales hechas en favor de la infancia, de su cuidado físico y espiritual, y de su protección social, en nuestro siglo, — “el siglo de los niños” — y especialmente, después de la guerra. El otro es “el movimiento juvenil” de Europa, y particularmente de Alemania. Representa este último uno de los fenómenos sociales y espirituales más notables e influyentes de nuestra época. Originariamente fué una actitud emancipadora de la nueva generación ante el tipo de vida forjado e impuesto por los mayores. Le caracterizaba el lema: “A librarse de, ” o “sublevación contra escuela, casa paterna y ambiente civil”. Hoy

(15) Wyncken: “Las antinomias centrales de la Pedagogía”. Rev de Pedagogía. 1924. Madrid.



la lucha no es de hostilidad a la generación pasada, sino un afán por adquirir substantividad y para incorporarse legítimamente a las coherencias históricas y culturales de nuestro tiempo. Ese esfuerzo se ha condensado en una fe, en la posibilidad de nuevos principios humanos, en un noble anhelo hacia un *nuevo hombre*. "La libre juventud alemana — dice una de sus proclamas, — quiere construir su vida por su propia resolución, ante su propia responsabilidad y con íntima veracidad".

En su profunda significación, en su verdadero ser, este movimiento es una cuestión pedagógica. Es decir, se trata de un movimiento autoeducativo — como lo advierte Normann Körber — donde no interesa el buen ciudadano ni el miembro útil a la sociedad, ni siquiera el experto profesional, sino sencillamente el hombre en el sentido de una nueva imagen de su especie (16).

#### *Autonomía individual y heteronomía cultural.*

Se puede pensar en la aducación puramente autónoma si se la priva de un fin objetivo. El fundador de la Comunidad escolar libre de Wickersdorf, Gustavo Wyneken, citado en clases anteriores, sostiene que en las épocas de gran cultura unitaria no se plantean las dudas que hoy surgen frente a la autonomía de autoridad y libertad, de heteronomía y autonomía. En los ideales y en los valores de la cultura halla la educación su norma y su finalidad. La labor pedagógica se propone, entonces, encauzar a la nueva generación por los caminos que ya había recorrido la vieja.

Pero hoy nos hallamos en situación distinta. Los valores de la cultura tradicional ya no satisfacen. Otros, nuevos, que ya asoman, no se han impuesto en forma definitiva. Falta a nuestro tiempo una cultura orgánica. Frente a este cuadro Wyneken dice: "¿De dónde, pues, obtener una norma de educación? La perplegidad de la pedagogía, su conflicto de conciencia están condicionados temporal e históricamente; son un fenómeno típico de una época de transición: una época de disolución y nueva formación. Y en este apuro nos refugiamos

(16) Normann Körber. "La imagen del hombre en el movimiento juvenil y nuestro tiempo". 1927.

en el niño. El niño debe salvarnos, debe ser nuestro oráculo, debe decirnos cómo debe ser educado. Debemos dejarnos educar por él. El genio del espíritu (es decir, la cultura) ha enmudecido para nosotros; ahora debe hablarnos el genio de la (infantil) naturaleza. Y así comenzaremos a presentir revelaciones en el niño, nos llevan casi hasta el error, como si en el niño, (en cada niño) dormitara una productividad artística en el verdadero sentido: el "siglo del niño" está despuntando por que la era de la cultura llegó a su fin" (17).

Ante la falta de un ideal positivo para realizarlo por medio de la educación, caemos en uno negativo: "el non peccare". La ausencia de un ideal dominante conduce a las formas conocidas de educación negativa sin un fin superior. En la concepción autónoma de la educación de Gentile hay, bien expresado, un fin: que cada espíritu, parte del espíritu universal, se realice, o sea que realice su libertad.

En la educación auténtica participan el sujeto individual con sus capacidades, impulsos y modalidades personales, y la cultura de su tiempo, que le aporta una *idea*, una imagen del hombre, una visión de la comunidad humana.

Contemplada de este modo, no es la educación ni pura heteronomía ni exclusiva autonomía. Es inconcebible una educación sin libertad y sin coacción.

La *idea* o imagen humana que sustenta la cultura es el *principio constitutivo*, el fondo de la educación, por cuanto es lo que se quiere realizar. Pero ella no se aplica de modo absoluto sobre el alma individual. No ejerce una coacción violenta y presionante. Se acomoda a las condiciones de ésta.

No puede ser la libertad ese principio constitutivo porque el objeto de la educación no es formar almas individuales. Sólo puede ser el *principio regulativo*; la libertad del alma individual humana con su jerarquía propia de valores e ideales, con el tipo de hombre que anhela forjar y con sus auténticos destinos espirituales.

Se supera así la pedagogía estrictamente individualista y se exalta la pedagogía social, reafirmada en los conceptos de Wyneken para quien formar la totalidad de la juventud, formar una nueva generación es lo constitutivo del problema de

---

(17) Wyneken. Op. cit.

la educación y la formación del individuo sólo es regulativo (18).

Participar de esta concepción que hace de la comunidad juvenil de vida que se educa a sí misma la esencia de la educación, equivale a librarse de los distintos conflictos que se plantean a la meditación del educador: individuo-sociedad; autoridad-libertad. La educación no se mueve, entonces, ni por reglas ni por conceptos abstractos, sino por fuerzas vitales, por energías auténticamente humanas.

### Conclusión.

Para lograr este concepto en la educación actual necesitamos investigar los nuevos ideales que encierra la cultura en formación y el nuevo tipo humano que aspira a realizar. Toda pedagogía está sostenida por un subsuelo filosófico, especialmente por una intuición del mundo y una concepción del hombre. (19). La educación del presente requiere una *nueva idea* hacia la cual orientarse, un fin superior, no un objetivo extraído de un realismo cercano y precario. Mientras esto no se determine sólo realizará la primera parte de su empresa: cultivar y desarrollar las fuerzas y disposiciones innatas. Todo ello resuelto mediante un régimen pedagógico impregnado de individualismo estricto y negativismo absoluto. Es decir, permitirá vivir la libertad del alma individual, sin un ámbito de ideas y valores que le trace una dirección. Que esto pueda ser aceptable para la educación de la infancia, no significa que tal solución resuelva el problema de la educación del hombre. El niño deja un día de serlo, cuando se desprende del terreno natural y de su exclusivismo individual. Ingresa como adolescente a la comunidad donde sufre la influencia de las instituciones sociales y los fenómenos de coactuación con sus semejantes. Toma, luego, en su juventud, libre participación en las distintas

---

(18) Wyneken: "Las comunidades escolares libres". Rer. Pedag. Madrid. "Escuela y Cultura Juvenil". Ed. La Lectura. Madrid. Sostiene este autor, que una superstición, "a la que tiene que ponerse fin por una pedagogía verdaderamente moderna es el culto sentimental de la personalidad individual. Esta superstición es, precisamente, la *religión pedagógica actual*."

(19) Véase este tema en las clases próximas: IV. "Problema filosófico y problema pedagógico". V. "El problema de la educación frente al problema de la intuición del mundo y el concepto del hombre".

formas de la cultura, que es el espíritu dentro de la sociedad, acogiendo sus ideales y realizando sus altos valores.

La educación plenamente humana tiene una doble dirección. No puede ser únicamente enriquecimiento vital y expansión de los impulsos espontáneos del ser. Debe ser también espiritualización de la vida, o sea diseñar normas elevadas para el espíritu. Así se concilia lo individual-biológico y lo sociológico-cultural, es decir, lo espontáneo y lo normativo, lo particular y lo universal. Se estimula y fomenta la vida, para que ella sirva a los valores del espíritu y contribuya a realizarlos. La educación que ha partido del reino vital se continúa y se eleva hasta el reino espiritual. Recorre, sin cavar abismos, la unitaria trayectoria que va de la naturaleza a la cultura. Representa un afanoso esfuerzo para exaltar la vida y realizar en ella la supremacía del espíritu: pensamiento y acción.

# EL PROBLEMA DE LA POBLACION

Por JOSE GONZALEZ GALE

## V. — EL SIGLO XVIII.

### I

Al terminar el siglo XVII se encaraba el problema de la población con un criterio francamente poblacionista. Existía — acabamos de verlo — una perfecta concordancia de opiniones al respecto. Pero esa uniformidad de pareceres no había de subsistir en la siguiente centuria, durante la cual todo lo humano y lo divino fué objeto de las más vivas y apasionadas controversias. El problema de la población — muy discutido aún hoy, en pleno siglo XX — no podía ser una excepción según veremos más adelante al ocuparnos de las polémicas que sostuvieron David Hume con Robert Wallace en Inglaterra, y Voltaire con Montesquieu en Francia.

### II

Pero antes conviene señalar el nacimiento — bajo una forma que luego había de abandonar por imperfecta — *de la estadística*, ciencia llamada a prestar inapreciables servicios en el estudio de cuantos problemas se vinculan a la población.

El creador de la *estadística* fué Godofredo Achenwald, profesor de la Universidad de Marburgo, que publicó en 1749 un "Compendio de ciencia del Estado de los Reinos Europeos". Al publicar la segunda edición de su libro modificaba en el título la palabra "*Staatswissenschaft*" demasiado altisonante para los fines que él se proponía y hacía notar que dejaba tal palabra para los filósofos que "de principios generales deducen su ciencia". El, que se ocupa "de experiencias y de verdades históricas" ha preferido usar el nombre de *Estadística*.

Ya un siglo antes, en 1660, otro profesor alemán, Hermann Conring de la Universidad de Helmstadt, había dictado un curso que tituló "*Notitia rerum publicarum*", en el que, siguiendo el método aristotélico, agrupaba la materia en cuatro rubros: *materialis* (territorio y población del estado); *formalis* (ordenación política y administrativa); *finalis* (propósitos que debe proponerse el príncipe); *efficiens* (fuerzas militares y financieras de que dispone).

Son Conring y Achenwald los más destacados representantes de la escuela estadística llamada descriptiva. Pero, si no es lícito pasar sus nombres en silencio, no es, tampoco, el caso de insistir demasiado sobre sus trabajos, que fueron, muy pronto, superados.

Tocante a la población, uno y otro son decididamente partidarios del *número* que asegura fuertes ejércitos y copiosas entradas fiscales.

P. Möser, historiador, periodista y magistrado impugnaba — años después — tales teorías. En sus *Fantasías patrióticas*, publicadas en 1774, decía: "Vivimos en un mundo singular. Nuestros poderosos señores — grandes destructores de la especie humana — sueñan con la población, y el mejor día nos propondrán un sistema filosófico en el cual aparezca una desenfrenada multiplicación de los hombres como el supremo homenaje a la divinidad, para disponer así, de inmensos rebaños de ganado humano y destinarlos al matadero". En medio de su punzante ironía, la frase citada no hace sino subrayar — sin exageración alguna — la opinión de los grandes señores de aquel y de todos los tiempos. Confróntesela con el siguiente párrafo sacado de una carta dirigida a Voltaire por Federico Guillermo Primero de Prusia: "Considero a los

“hombres como a una manada de ciervos en el parque de un señor, y cuya única función es la de llenar y poblar el recinto”.

Mención especial merece, entre los autores alemanes, el Reverendo Juan Pedro Süssmilch que publicó en 1741 una obra con el título — sobradamente largo — de “El Orden Divino en la distribución de los sexos en la Humanidad, en el Nacimiento, en la Vida y en la Muerte con la correspondiente proporción”.

Tras largas y prolijas disertaciones, hace notar Süssmilch que todo lo que observamos nos indica que la irregularidad con que se suceden los acontecimientos no es sino aparente y que éstos, en realidad, están sometidos a leyes inmutables. Así, por ejemplo, el número de nacimientos de varones y de mujeres se distribuye siempre de manera que la composición de la población, en cuanto a sexos y a edades, permanezca virtualmente constante, de suerte que, si aumenta o disminuye su número, sea dentro de dichas proporciones.

Süssmilch había sido fuertemente influenciado por Graunt, y él mismo lo reconocía de buen grado:

“Descubrir esas regularidades — escribe — era tan posible como descubrir la América. Pero hacía falta un Colón, que, meditando sobre viejas verdades, llegase más allá que los otros. Es lo que hizo Graunt que, en los registros de enfermedades y muertes de Londres, observó — primero entre todos — un orden. Y de ese orden dedujo que un orden análogo debía presidir las otras manifestaciones de la vida humana”.

De todo ello deducía, luego, Süssmilch como es lógico, dado su carácter sacerdotal, que tales regularidades debían ser impuestas por una voluntad suprema y divina.

Es poblacionista y halla en el Génesis un apoyo para su tesis “Dios mismo — afirma — se ha pronunciado en favor de una gran población”.

Pero no cree prudente que los hombres se aglomeren en las ciudades. Distribuidos por el campo, equitativamente distribuidos, pueden ayudarse mejor los unos a los otros.

Citemos, antes de terminar con los autores alemanes, a Isaac Vossius que publicó en época anterior a la que nos ocupa — en 1685 — un trabajo titulado “*Variarum Observa-*

*tionum Liber*” en el cual pretendía demostrar que el mundo tendía a despoblarse.

Vossius adjudicaba a la Roma Imperial — la ciudad solamente — una población de catorce millones.

En cambio el mundo entero no tenía para él, en el siglo XVII, sino quinientos millones, de los que sólo treinta correspondían a Europa y, de ellos, dos a Inglaterra e Irlanda reunidas. Todas las cifras que daba Vossius eran, evidentemente, falsas y antojadizas, pero no dejaron de influir, más o menos directamente, en el ánimo de algunos hombres de su tiempo. En las polémicas — a que hemos aludido más arriba — entre Hume y Wallace y entre Voltaire y Montesquieu se adujeron argumentos que Vossius hubiera celebrado, de haber vivido lo bastante para terciar en la contienda.

### III

El filósofo y moralista inglés Richard Cumberland, obispo de Peterborough, dejó entre sus trabajos un ensayo, publicado después de su muerte, cuyo título era “Antiquísimo origen de las gentes o tentativa para descubrir la Primitiva Implantación de las Naciones”, y en el que llega a la desconcertante conclusión de que el mundo, 340 años después del diluvio, contaba 3.333.333.330 habitantes. Cifra asombrosa, no sólo por su desmesurada magnitud, sino también por su extraordinaria precisión. Eso mismo hace que no se la pueda tomar en serio.

Sin embargo...

### IV

Un escritor francés, llamado a figurar entre los clásicos, el barón de Montesquieu, publica en 1721. — a los 32 años de edad — un libro delicioso, las “*Cartas Persas*” y en él hallamos, aunque bajo una presentación muy diferente, ideas análogas a las de Vossius y Cumberland.

El viaje a Occidente de un magnate persa, sirve de pretexto a Montesquieu para rozar una infinita variedad de asuntos, en una serie de ensayos breves unidos entre sí por el hilo tenue de un sencillo relato que se esfuerza en no llegar a novela.



Del problema de la población tratan, especialmente, las cartas CXIII a CXXIV.

Un amigo del magnate viajero — viajero y curioso él también — aventura en una de sus cartas estas preguntas: “¿Cómo es que el mundo está tan poco poblado, en comparación a como lo estaba en tiempos pasados? ¿Cómo ha podido perder la naturaleza esa prodigiosa fecundidad de los primeros tiempos? ¿Habrá llegado ya a la vejez y se sentirá languidecer?” . . . “Hay gentes que pretenden que sólo la ciudad de Roma tenía en otros tiempos más habitantes que los que tiene hoy el mayor reino de Europa”. Y recordando las plagas de todo género que afligían periódicamente a la humanidad se pregunta si desastres como el Diluvio Universal, que redujo la especie humana a una sola familia no habrán sido periódicos, y si el propio Adán, a quien se tiene por el padre del género humano, no será más que el sobreviviente afortunado de otra gran catástrofe.

El que podemos considerar como protagonista del libro, al contestarle, echa en gran parte la culpa de la despoblación del mundo a causas esencialmente religiosas. El cristianismo y el mahometismo son, a su entender, poco propicios a la propagación de la especie.

El haren entrega varias mujeres a un solo hombre, sin aumentar, aparentemente, su prolificidad, y, en cambio, el cuidado del haren requiere que se vean privados de sus funciones reproductivas multitud de eunucos y de esclavas.

Los cristianos no tienen harenes, pero prohíben, en cambio, el divorcio y hacen, así, en muchos casos, del matrimonio una convivencia forzosa que no puede dar frutos sazonados.

El celibato eclesiástico siega en flor muchas posibilidades y el derecho de mayorazgo — creado por la vanidad de los europeos — hace que la atención del padre se dirija hacia uno sólo de sus hijos.

Los países salvajes nunca estuvieron suficientemente poblados, y, en cuanto a las colonias, más debilitan que fortifican a los pueblos.

“La dulzura del gobierno contribuye poderosamente a la propagación de la especie” . . . “Los hombres son como las plantas que sólo crecen felizmente cuando se las cultiva

“ bien: en los pueblos miserables la especie pierde, y, a veces,  
 “ degenera. Francia puede suministrar un gran ejemplo de to-  
 “ do ésto. En las guerras pasadas, el terror de verse enrolados  
 “ en la milicia hacía que todos los jóvenes se casaran en edad  
 “ temprana, aún en estado de extrema pobreza. De tantos ma-  
 “ trimonios nacía un considerable número de niños. Hoy se les  
 “ busca en Francia, pero el hambre, la miseria y las enferme-  
 “ dades los han hecho desaparecer”.

Claramente se advierte, en este último párrafo — trans-  
 cripto literalmente — las inquietudes que le inspiraba a Mon-  
 tesquieu el porvenir de su patria.

Las Cartas Persas fueron escritas en plena juventud. Pero  
 su autor no mudó de opinión al llegar a la madurez.

En “El espíritu de las Leyes”, obra publicada en 1748,  
 y fruto de veinte años de labor, escribía, apoyando sus aser-  
 ciones en textos antiguos: “Todas las pequeñas repúblicas  
 “ fueron absorbidas por una grande, y el universo comenzó in-  
 “ sensiblemente a despoblarse; no hay más que ver lo que eran  
 “ Italia y Grecia antes y después de las victorias romanas. Se  
 “ me preguntará — dice Tito Livio — dónde encontraban los  
 “ Volscos tantos soldados para guerrear después de ser vencidos  
 “ tantas veces. Necesariamente había un pueblo muy numeroso  
 “ en las comarcas aquellas que hoy serían un desierto sin algu-  
 “ nos soldados y unos pocos esclavos romanos.

“Han cesado los oráculos — dice Plutarco — porque los  
 “ lugares donde hablaban han sido destruídos: apenas se en-  
 “ contrarían hoy en Grecia tres mil hombres de armas”.

“ No describiré — dice Estrabon — el Epiro y lugares  
 “ circunvecinos porque son países que han quedado enteramen-  
 “ te desiertos”.

Recuerda, más adelante, las leyes con que Roma quiso  
 poner coto a la despoblación, sin conseguirlo, y cómo las  
 hordas de los bárbaros se adueñaron del imperio, sin esfuer-  
 zo. “Así, en los tiempos fabulosos, después de inundaciones  
 “ y diluvios, brotaron de la tierra hombres armados que se  
 “ exterminaron entre sí”.

“ En el estado que se hallaba Europa no se hubiera creí-  
 “ do que se podría reponer; sobre todo, cuando llegó a for-  
 “ mar un vasto imperio en tiempo de Carlomagno”.

Pero se fraccionó el imperio en pequeños estados, cuya

seguridad estribaba en el número de sus habitantes, y así se logró, mediante la cooperación de todos, que "la mayor parte de las comarcas llegaran a contar más población que la que tienen hoy". Y, en apoyo de su tesis, cita "los ejércitos numerosos de los Cruzados, compuestos de toda clase de gentes". Europa necesita leyes que favorezcan el crecimiento de la familia humana.

Cuando un estado se despuebla por causas accidentales: guerras, pestes, o hambre, el trabajo y la industria pueden reparar el mal, pero si éste proviene de vicios internos o de gobiernos desastrosos, la curación es más difícil y más lenta.

"Los países assolados por el despotismo o por los privilegios desmedidos que se otorgan al clero, con perjuicio de los laicos, son dos grandes ejemplos".

El marqués de Mirabeau publica en 1757 su libro "El amigo de los hombres" o "Teoría de la Población". Vincula en él íntimamente la población a las subsistencias y entiende que la medida de éstas da la que aquella. En realidad, identifica las subsistencias con los *productos agrícolas*, por éso afirma que "las batallas y masacres sólo afectan a la población en cuanto dañan a la agricultura".

Sienta, antes que Malthus, el principio de que "una especie animal se multiplica hasta que la detiene la falta de alimento". Pero el optimismo de la escuela económica fisiocrática a que pertenece, le impide sacar de él las tétricas deducciones con que Malthus acongojará a sus contemporáneos.

Ese optimismo le hace decir "La tierra no es nunca madrastra, por lo menos en nuestros climas. La esterilidad, cuando se presenta, es por culpa de los hombres".

Y, por lo que hace a la supuesta despoblación de Francia, cree que se debe a multitud de causas, entre las que han de señalarse: a) los latifundios que ahogan a la pequeña propiedad; b) el urbanismo; c) el despotismo; d) la mala política fiscal; e) la alta tasa del interés; f) el despilfarro de la tierra pública en parques, cotos de caza, y otros lugares de puro recreo; g) el lujo, que consume en beneficio de unos pocos el trabajo de muchos y "seca en la raíz misma el germen de nuevos ciudadanos". Porque el mayor consumo sólo indica ma-

por riqueza del estado, si ese consumo se reparte entre muchos consumidores.

Voltaire, en su Diccionario Filosófico recoge — para refutarla — en el artículo Población la opinión de que el mundo tiende a despoblarse.

“Hubo muy pocas orugas en un cantón el año pasado. Las matamos casi todas; Dios nos ha dado este año más que “hojas”. Así empieza su artículo Voltaire, para afirmar su convicción de que las calamidades que diezman a las especies animales son impotentes para ahogar su potencia reproductiva. Y menos en la especie humana que se preocupa, y se ha preocupado siempre, de mantenerla intacta.

Por éso disiente de los que, como el Dr. Wallace — ya nos ocuparemos de él más adelante — afirman que la población del mundo era mucho más elevada en la antigüedad.

Wallace calcula la población del mundo a mediados del siglo XVIII en mil millones de habitantes pero afirma, a la vez, que hacia el año 966 de la creación, nuestros padres llegaban a mil seiscientos diez millones. Y Voltaire, que en 1771 calcula la población del mundo en novecientos millones — un diez por ciento menos que Wallace, lo que no es excesivo — no acepta en cambio los otros mil seiscientos diez millones.

“Primeramente—dice—yo quisiera que me fijaran bien “la época de la creación, y, como tenemos en nuestro occidente cerca de ochenta sistemas sobre dicho acontecimiento, es “difícil coincidir”.

“En segundo lugar, como los egipcios, los caldeos, los persas, los indios, los chinos, tienen todos cálculos aún más “divergentes será difícil concordar con ellos”.

“En tercer lugar ¿por qué habría de estar el mundo, “en 966 años, más poblado que ahora?”

Se afirma que entonces se tenía más vitalidad “¿por qué — pregunta Voltaire — no afirmar que el sol calentaba más y que la luna era más bella?”

Refiérese a los cálculos de Montesquieu en sus “Cartas Persas”, según las cuales “el mundo habría estado en tiempos de César treinta veces más poblado que ahora” y dice que son exageraciones de un hombre que lo “ha sacrificado “siempre todo al prurito de mostrarse ingenioso”.

En cuanto a Wallace, halla exagerada la afirmación de Montesquieu, pero fundándose en que en tiempos de César había comenzado ya la despoblación. Pero en cambio se remonta a los tiempos de Semíramis e incurre aún en mayores exageraciones. Aporta como prueba los 1.160.000 hombres elegidos que marchaban bajo los estandartes de Josafat rey de Judá. "Apriete Vd., apriete Vd., Señor Wallace", — escribe Voltaire. — "El espíritu santo no puede equivocarse, pero sus servidores y sus copistas han calculado y han escrito mal".

"Toda Escocia — Wallace era escocés — no le podría suministrar a Vd. 1.160.000 almas para asistir a sus preces, y el reino de Judá no llegaba a la vigésima parte de Escocia. Vea Vd. una vez más lo que dice San Jerónimo de esa pobre Tierra Santa en que vivió tanto tiempo".

"¿Ha calculado Vd. el dinero que hubiera necesitado el gran rey Josafat para pagar, alimentar, vestir y armar a 1.160.000 soldados elegidos?"

Para probar la despoblación del mundo Wallace toma como ejemplo a los suizos que eran, según César, 368.000 cuando abandonaron su país para ir a buscar fortuna.

"Me basta este ejemplo — dice Voltaire — El cantón de Berna, después de un recuento exacto, posee por sí solo el número de habitantes que desertaron de toda Helvecia en los tiempos de César". "La especie humana se ha más que duplicado en Suiza después de esa aventura".

Cita luego la prodigiosa extirpación de bosques y el gran número de ciudades fundadas en ochocientos años y añade: "He ahí, me parece, una respuesta precisa a todas las declamaciones vagas que se repiten a diario. . . ."

No escapa Mirabeau a la aguda crítica de Voltaire. "El Amigo de los hombres supone que en tiempos de César se contaban cincuenta y dos millones de hombres en España. Estrabón dice de ella que ha estado siempre mal poblada por que el centro de la península carece de agua. Parece que Estrabón está en lo justo y el Amigo de los hombres, se equivoca". Y, al considerar el argumento, que tanto se ha hecho valer, de las enormes hordas de los bárbaros dice: "Desconfío de tales multitudes. Me atrevo a sospechar que bastaban treinta o cuarenta mil bestias feroces para llevar el espanto

“ al imperio romano, gobernado por una Pulqueria, por monjes y por eunucos”.

“ Bastaba que diez mil bárbaros hubiesen pasado el Danubio para que en cada parroquia se dijese, desde el púlpito, que eran más numerosos que las langostas que asolaron a Egipto, cuando las plagas”. . . . “Recordad el espanto que un solo lobo causó en el Gevaudan en 1766. . . . “Si Atila estuvo alguna vez al frente de cincuenta mil asesinos famélicos, reclutados de provincia en provincia, se le adjudicaba medio millón”. . . . “Tal compañía de viajeros hubiese sido muy difícil de alimentar en el camino. Esos Hunos venían de Siberia; de ello deduzco que eran pocos en número. La Siberia no era entonces más fértil que en nuestros días”.

He ahí reducidos a polvo, mediante un análisis tan ingenioso como certero, los cálculos arbitrarios, referentes a la población del mundo antiguo, de Vossius, de Cumberland, de Montesquieu, de Wallace, para no citar sino los que más se destacan.

Juan Jacobo Rousseau, en el “Contrato Social”, publicado en 1762, expresa ideas poblacionistas. “No hay — escribe — para un estado, peor escasez que la de hombres”. Pero quiere que la población guarde con los recursos del suelo un prudente equilibrio. “Es en tal proporción donde halla un pueblo dado su fuerza máxima. Si hay tierras de más, la custodia es onerosa, el cultivo insuficiente, el producto superfluo; es la próxima causa de guerras defensivas; si falta espacio, el estado se ha de volver hacia sus vecinos; es la próxima causa de guerras ofensivas”.

La proporción buscada por Rousseau es difícil de determinar y varía según la calidad del terreno, el clima, las costumbres. . . . Pero, hechas todas las salvedades necesarias, llega a la conclusión de que “el gobierno bajo el cual, sin medios extraños, sin naturalizaciones, sin colonias, los ciudadanos pueblan y se multiplican, es, infaliblemente, el mejor; aquel, bajo el cual un pueblo disminuye y perece, es el peor”.

“Calculadores, ha llegado vuestra hora, contad, medid y comparad”.

# PSICOLOGIA DE LA ADOLESCENCIA

Por ANIBAL PONCE

## IV. LA ANGUSTIA.

Al estudiar por vez primera la conciencia del propio cuerpo tal como asoma en el espíritu del adolescente, dijimos que aquella podía originar dos formas esenciales de reacción que a menudo coexistían o alternaban: o una simpatía por la persona física o un turbador sentimiento de extrañeza.

Encontramos ahí, una vez más, los dos extremos de lo que ha dado en llamarse la concepción "unidimensional del sentimiento". Si pudiéramos representar por una línea la totalidad de nuestra cenestesia, tendríamos a partir de un justo medio que marcaría el punto cero, la posibilidad de dos direcciones divergentes: para un lado el camino que conduce a lo agradable, para el otro, el que va al desagrado. Si apoyándose sobre ese punto cero imaginamos una aguja, su inmovilidad absoluta indicaría también la completa salud; tan cabal en su equilibrio perfecto que ninguna excitación del propio cuerpo llegaría en tal caso a la conciencia. Se ha dicho alguna vez, y con razón, que la salud total es el sentimiento de la ausencia de los órganos. Pero dijimos ya que ese estado de equilibrio perfecto era una concepción ideal. La aguja no se mantiene

nunca inmóvil: como un sismógrafo sensibilísimo, ella registra las más insignificantes alteraciones de nuestro cuerpo, y unas veces hacia el agrado, otras hacia el desagrado, se inclina siempre en un perpetuo temblor.

Si llamamos cenestesia al equilibrio perfecto—como quería Ingenieros restableciendo la vieja concepción de Aristóteles—la cenestesia se nos presentaría como la conciencia nula de nuestro propio cuerpo. Pero si nos alejamos un poco de esa manera de encararla, por cierto bastante artificial, y la entendemos en el sentido amplio que le dan la casi totalidad de los psicólogos, veremos en cambio que la cenestesia rara vez engendra un estado “neutro” alrededor del punto cero, sino por lo común un estado más o menos definido de agrado o desagrado.

Ese carácter oscilante de la cenestesia, que en el lenguaje familiar se traduce por la llamada inestabilidad del humor, ha encontrado su expresión exacta en un término científico que está en vísperas de incorporarse al lenguaje de todos. Me refiero a lo que los alemanes han llamado “*ciclotimia*”; designación feliz porque no sólo indica el carácter digamos “circular” del agrado y del desagrado, sino además su parentesco profundo. Agrado y desagrado no son, en efecto, manifestaciones opuestas de dos tendencias que se excluyen, sino formas tan íntimamente solidarias de nuestra cenestesia que nos sería difícil señalar a veces donde concluye la una y donde empieza la otra (1). Para tomar un ejemplo que haga saltar a los ojos semejante parentesco, podemos recurrir a esa observación corriente que afirma no existir ni penas ni alegrías completas: en todo placer hay el temor de perderlo, y en todo dolor, la esperanza de que concluya.

Agrado y desagrado no dejan de tener, por eso, una fisonomía personal que los distingue, en cuanto implica aquellas reacciones de aceptación, y este, de fuga o de rechazo. La psicología no admitía en la base de nuestros sentimientos otra cosa que esos dos polos opuestos. Contra ella quiso levantarse Wundt, y a la única dimensión del agrado-desagrado, pretendió añadir otras dos más: la excitación-depresión y la tensión-relajamiento. La doctrina del maestro de Leipzig conocida

(1) Preludiando a Kraepelin y a su concepción de los estados maniacos-depresivos, Areteo afirmaba ya que la melancolía es una parte integrante de la manía.



con el nombre de "teoría tridimensional" del sentimiento, apoyada laboriosamente por sus alumnos, no ha resistido sin embargo ni al contralor del laboratorio ni a las simples objeciones del análisis (2). Pero si la tentativa de Wundt para ensanchar las dimensiones de nuestros "afectos", no tuvo el éxito que su escuela auguraba, no es menos cierto que permitió retomar el problema con una más amplia libertad de espíritu. De tal revisión ha resultado un hecho interesante y que me parece definitivamente adquirido: agrado y desagrado no agotan nuestra vida afectiva; hay además y junto a ellos, ya que no los cuatro afectos de Wundt, uno por lo menos inconfundible y típico: llamémoslo *expectativa*. Aunque la expectativa es a menudo agradable o desagradable según que esperemos una buena o mala noticia, no siempre ocurre de tal modo: aunque no esperemos el llamado de nadie, ni estemos predispuestos por lo tanto para el agrado o el desagrado, el timbre del teléfono, por ejemplo, nos interesa por sí mismo. La *expectativa no traduce otra cosa que esa reacción del interés*. Agrado, desagrado y expectativa serían hoy por hoy los datos afectivos más elementales con los cuales podemos reaccionar a un excitante de afuera o a un estímulo de nuestro propio organismo.

Comprendo que esta introducción es horriblemente didáctica. Pero me expongo deliberadamente a todos sus riesgos con tal que podamos contemplar con suficiente claridad, un problema a menudo enmarañado. Que el adolescente tenga un carácter tornadizo, propenso lo mismo a la alegría que a la pena, capaz de pasar rápidamente de la confianza más completa al pesimismo más negro, lo comprendemos fácilmente con las simples indicaciones del esquema unidimensional. Está en la naturaleza misma de la cenestesia esos cambios ciclotímicos cuya exageración nos muestra el adolescente como consecuencia de la entrada en actividad de un número impresionante de nuevas secreciones cuya influencia sobre el ritmo de las vísceras es de todos conocida. Señalamos en otra oportunidad la importancia excepcional de la secreción del tiroides, tan capaz de exaltar por su sola influencia la actividad total del aparato nervioso que Ostwald la ha comparado a un órgano multipli-

(2) La crítica de Titchener me parece particularmente convincente. Véase su *Manuel de Psychologie*, pág. 252, traducción francesa de Lesage, editor Alcan, París.

cador de los estímulos (3). El adolescente se halla predispuesto a las tristezas y a las alegrías tan inmotivadas como fugaces, por una verdadera fatalidad de su propio organismo. Cualquiera que sean los motivos imaginarios o reales que él mismo trate de atribuirles, no es menos cierto que la clave verdadera del problema está en la intimidad de su cenestesia inestable.

Pero si comprendemos así sus agrados y desagradados más elementales, hay con todo una parte del problema que la ciclotimia no explica. Más que por tristezas o alegrías igualmente superficiales, la afectividad del adolescente se traduce por dos fenómenos desmesurados: la angustia de un lado, la ambición del otro. Dejo para la clase próxima el análisis de la ambición, y me detengo ahora en el de la angustia.

Si no tuviéramos en cuenta más que los datos de la llamada teoría unidimensional del sentimiento, una respuesta se nos presentaría enseguida: la angustia es la forma más violenta del desagrado. Entre las dos como una etapa intermedia, aparecería el dolor. Del desagrado al dolor sólo hay diferencias en la intensidad de las respuestas; del dolor a la angustia, sólo habría, también, diferencias de igual orden. La amargura de la quinina es desagradable, una quemadura es dolorosa, el temor de una desgracia es angustioso. La angustia se presentaría de tal modo como la más alta expresión del dolor moral (4).

Aunque le agregan después, algunas precisiones que alteran completamente esa interpretación, puede decirse que en líneas generales no es muy diferente la manera cómo la definen los psiquiatras y los psicólogos. Pero me parece que hay allí varias nociones confusas. Yo no creo que la tristeza en sí, por más violenta que sea, pueda engendrar la angustia. Cuando la tristeza se intensifica hasta provocar una enfermedad mental, constituye lo que se llama "la depresión melancólica simple"; el individuo se siente agotado, vencido, pero de ninguna manera, angustiado. Sin explicárselo muy claro o atribuyéndolo a alguna enfermedad, reconoce como carácter fundamental el sentimiento de la propia insignificancia. Para que esa melancolía simple se transforme en una melancolía con an-

(3) Véase un resumen interesante en Sicco: *Psychophysiologie et Psychopathologie du corps thyroïde*.

(4) En esos términos la define Sollier a la pasada. Véase Sollier y Courbon: *Pratique des maladies mentales*, pág. 152.

siedad es necesario que agregue a su agotamiento la incertidumbre sobre el propio destino (5); ¿lo arrojarán a la calle por lo mismo que no sirve para nada?; ¿lo someterán a tortura por sus pecados?; ¿lo llevarán a la cárcel por sus delitos? Lo fundamental en ese caso — “melancolía perpleja” de La-segue — no es ya únicamente el sufrimiento por el propio vacío, sino la hesitación sobre el futuro que le aguarda. *La angustia es, en mi concepto, la expectativa en la duda.*

Las simples oscilaciones del humor no bastan, pues, para explicar la angustia. Si el adolescente la conoce muchas veces, no es precisamente porque el equilibrio de sus afectos sufre cambios incesantes, sino porque se adelanta al futuro dudando de sí mismo. Para comprender la angustia de los adolescentes en lo que tiene de esencial, fuerza nos es por tanto acercarnos un momento al problema de la expectativa y de la duda. La expectativa, o si ustedes quieren la expectación, ha sido confundida muchas veces con la atención. El error se explica en parte por el hecho de que la atención sucede a menudo a la expectación. Si se nos anuncia la llegada de una visita, nuestra actitud es de expectativa hasta el momento en que llega; desde ese momento empezará a ser de atención. Aunque separar esas dos actitudes pueda parecer demasiado sutil, no es así, sin embargo. La expectativa implica algo que en la atención no existe: una verdadera inclusión del futuro. En la expectativa nos preparamos para lo que va a venir; en la atención, para lo que ha venido. Lo típico en el individuo expectante es el disponerse a realizar un acto en cuanto aparezca una señal. Mientras esa señal no asome, el individuo debe permanecer alerta, tenso, elástico, despreocupado de todo lo que no facilite la ejecución del acto inminente. Sabido es que esa actitud, cuanto más se prolonga es tanto más difícil de mantener. Una cantidad de pequeños movimientos inútiles empiezan muy pronto a traducir nuestra impaciencia. La impaciencia indica que la expectativa empieza a realizarse mal, y que en vez de guardar las energías para la acción que va a venir, empezamos a gastarla estérilmente. Si la impaciencia se acrecienta, otro fenó-

(5) Tanzi y Lugaro hablan de “una incertezza insuperabile”, en *Malattie Mentale* tomo II, pág. 555. Todos los psiquiatras señalan ese mismo carácter, y Sollier también lo hace en otra página de su *Pratique*, (pág. 149). Aunque la precisión no fué la característica de Maurice de Fleury, encuentro en la pág. 52 de *L'Angoisse Humaine*, esta frase hermosa y exacta: “L'angoisse fait son nid dans le doute et l'attente”.

meno entonces se produce: reaccionamos siempre con la cólera a todas las acciones que se realizan mal.

Por lo mismo que la expectativa implica la aparición de una señal que va a venir, el individuo se siente esclavo de esa señal mientras no aparezca. Cuando una de ustedes se ha citado en tal parte con una amiga para ir juntas a tal otra, y la amiga naturalmente llega media hora más tarde de lo convenido, la que espera ha pasado por todos los matices de la impaciencia, de la irritación y de la cólera; no sólo porque la señal tarda en llegar y la obliga a mantenerse en un alerta fatigoso, sino además porque durante esa larga media hora no puede disponer para nada de su propia voluntad; es una esclava de la señal que no llega, y como esclava también, debe esperar hasta que asome.

Imaginen, ahora, que en vez de un simple encuentro sin importancia alguna, sospechan ustedes que la amiga que esperan, les ha de hablar quizá de algún asunto desagradable para ustedes o sobre el cual ustedes no sabrán dar explicaciones muy claras. Ese sentimiento de inferioridad, de no encontrarse armadas, de no poder resolver con éxito una situación molesta, va a dar ahora a la expectativa un verdadero carácter de ansiedad: y por poco emotivo que el sujeto sea, las manos van a empezar a transpirar, el corazón a golpear dentro del pecho, y algo así como un nudo corredizo, a oprimir un poco la garganta.

Casi día a día, la vida lo hace pasar al adolescente por un trance parecido. Para todo tiene, en realidad, que esperar: esperar para la profesión, esperar para las ideas, esperar para el amor. Vimos en la clase anterior cómo el adolescente se aprestaba en el huerto cerrado de su vida interior, y cómo trataba de encontrar allí las soluciones adecuadas al instante supremo en que la señal va a aparecer. Nos acercamos hoy a la obstinada reserva de esa vida interior, para tratar de comprender en algo por qué su expectativa se acompaña de una secreta angustia.

Si fuera posible resumir en una sola palabra la totalidad de los fenómenos que ocurren al comienzo de la adolescencia, ninguna me parecería más precisa que la de *incoordinación* (6).

(6) Janet: *Obsessions et psychasthenie*, tomo I, pág. 613.

El niño de 12 años, bien instalado en la vida, tiene, ya lo dijimos, una personalidad perfectamente coordinada. Coordinar quiere decir jerarquizar, clasificar, ordenar de acuerdo a un plan. Si ustedes recuerdan lo que ocurría en el niño de pocos días en el cual la anarquía de las reacciones era tan completa que hasta podía realizar la hazaña de mirar con un ojo a la derecha y con el otro a la izquierda, asombra comprobar cómo aquel desorden del comienzo ha ido cediendo el paso a una coordinación tan firme que la unidad de su conducta ha quedado a los once años totalmente asegurada. Esa tranquilidad no dura, sin embargo, mucho tiempo. La nueva cenesesia con la cual se inicia la adolescencia engendra a su vez una nueva anarquía.

La puericia le había dado al adolescente un concepto del mundo y una regla de conducta, es decir, un manojito de creencias y de prácticas. Ni esas creencias ni esas prácticas responden ahora a la nueva situación (7). Mientras no se formen y organicen las que habrán de reemplazarlas — y no es cuestión de pocos días —, el adolescente debe improvisar las nuevas creencias y los nuevos actos. La vida se nos presenta tranquila y sin amenazas cuando tenemos para todo respuestas seguras que se han vuelto automáticas. Pero si un mal día se descubre que esos automatismos son insuficientes, se sentirá al mismo tiempo, y con angustia, que la personalidad se desmorona (8). *La expectativa del adolescente es angustiosa porque no tiene automatismos adecuados a las nuevas situaciones que se anuncian.* Muchas respuestas contradictorias o irreconciliables se le ocurren por igual, y como siente obscuramente el profundo desorden de su mentalidad y de su cuerpo, se agita y se consume en la impaciencia.

No es la suya la angustia de la infancia, construída casi siempre sobre el temor a las fuerzas misteriosas que se esconden tras las cosas: miedos de los corredores oscuros, de las galerías silenciosas, de los sótanos perennemente cerrados; miedo a la noche hostil, con sus acechanzas múltiples tan difíciles de descubrir: crujidos de muebles que se desperezan, ruidos de pasos

(7) Mendousse: *L'Áme de l'adolescent*, pág. 39, 51, 127.

(8) Las obsesiones, tan comunes en los adolescentes, no tienen otro origen, y Vurpas en un estudio excelente sobre *L'état mental des obsédés* afirma que la obsesión es una reacción de la inteligencia a los defectos del automatismo. Ver *Questions neurologiques d'actualité*, pág. 418-437.

sobre las alfombras, girar de picaportes bajo una mano invisible. Es una angustia más sutil y más fría, elaborada sobre presintimientos mucho más que sobre realidades; angustia sorda que parece venir desde los subsuelos del alma, y que da a los pensamientos y a los actos un aspecto penoso de reacción contrahecha, insegura, tambaleante.

En el centro de esa angustia, ardiente como una llaga, la turbación y el asombro del sexo. El comienzo de la pubertad es casi siempre doloroso, y tan considerado además como algo impuro que el adolescente de moral más limpia siente que el alma se le empaña. La fisiología especial de la mujer contribuye todavía a acentuar la crueldad de su trance: el atávico terror a la sangre se añade en ella a las perturbaciones de otro orden, y surge de todo eso una turbia impresión de encontrarse mancillada. En varias confesiones que he podido recoger encuentro siempre esa idea de la mancha: "Sentí de inmediato una depresión moral muy grande — escribe una, con palabras que parecen calcadas sobre las de las otras —; creí haber incurrido en una falta grave, como si aquello hubiera sido una mancha de la cual me sentía abochornada. Pensaba que tenía sobre el rostro las huellas de esa culpa y me desesperaba pensando que todo el mundo podría adivinarlo nada más que poniendo los ojos sobre mi cara". Detalle más, detalle menos, todas las confesiones se reducen a lo mismo (9): el doloroso desconcierto ante un fenómeno incomprensible, redoblado aun más por las torpes interpretaciones de la ignorancia. Una idea imprecisa de sufrimiento y de peligro, un porvenir sombrío de desgarramientos y de mutilaciones rodea desde entonces los problemas del sexo; pero es sobre todo la idea de "la mancha" y del pecado lo que mantiene constantemente una curiosidad siempre en acecho (10).

El cristianismo que ha perseguido ferozmente las inclinaciones del instinto — hasta la monstruosidad de convertir a los dolores del parto en una maldición de Dios — ha creado precisamente en torno de la carne esa atmósfera de escándalo.

(9) En el estudio que María Angélica Carbonell ha consagrado a la afectividad de la adolescente, se nota entre muchas otras lagunas, un largo capítulo en blanco sobre la sexualidad. Que a la misma autora le consta la importancia lo infiere de esta línea casi perdida: "Los crueles trances porque se pasa en las primeras manifestaciones espontáneas de la sexualidad ya son motivo suficiente para producir tristeza". Ver *Anales de Instrucción Pública*, pág. 45, tomo XXVIII, N.º 1, Montevideo.

(10) Chavez: *Ensayo de Psicología de la adolescencia*, pág. 210, México, 1928.

La oposición judía de la carne y del espíritu — que los griegos ignoraron — (11) se transformó con San Pablo en la idea delirante de crucificar al sexo. A través de tantos siglos de civilización cristiana, el problema del sexo se convirtió así en lo prohibido, y es un reflejo de tal pasado siniestro, el que reaparece todavía en esa repugnancia de "la mancha" de que nos hablan las adolescentes. Como si el despertar del sexo no llevara en sí harto dolor, la condena religiosa y social viene a sobrecargarlo todavía con el peso del escándalo. Reprobación peligrosa si las hay; porque cuanto más se estigmatiza algo y se lo prohíbe, tanto más se contribuye a hacer de él, un centro de contagio y sugestión (12).

Conocen ustedes la importancia enorme que ha atribuído Freud a esa represión del instinto que la censura nos impone. Durante mucho tiempo, Freud atribuyó únicamente a los deseos sexuales reprimidos la causa directa de todas las neurosis y la causa más o menos indirecta de la orientación dominante en nuestra vida. Influencias posteriores — la de Adler, la de Rank — lo contuvieron en parte, pero cualesquiera que sean sus exageraciones, no es menos cierto que Freud ha señalado vigorosamente una de las causas más tenaces que mantienen la angustia y que la avivan.

Consecuencias lejanas de esa angustia cristalizada en torno al sexo, son algunos otros fenómenos de la psicología de las adolescentes, como cierto eclipse transitorio de la tendencia maternal que Alice Descoudres (13), por ejemplo, ha señalado como un hecho casi constante entre las colegialas de 14 años a 16. Mlle. Descoeurdes lo atribuye a una influencia momentáneamente perjudicial de la instrucción: algo así como un olvido de la función biológica más fundamental de la mujer, bajo la influencia de las nuevas sollicitaciones del trabajo y del estudio. La momentánea antipatía por la maternidad que muchísimas adolescentes de esa edad confiesan sin ambages, y que muchas otras también sienten sin decirlo, creo que obedece en cambio a otro motivo más profundo: a una protesta semive-lada contra las torturas de su sexo y a un suspirar al mismo

(11) Goblot: *De la valeur de la chasteté*, en "Revue Philosophique", año 1929, tomo I, pág. 10.

(12) Belot: *Le scandale*, en "Revue Philosophique", año 1929, tomo I, pág. 161.

(13) Descoeurdes: *Le sentiment maternel chez les jeunes filles*, pág. 35.

tiempo, por las formas de la infancia que ignoraban conflictos de ese orden. Si la maternidad viene a representar para la adolescente la fase de la plena madurez, se comprende que el rechazo de la tendencia maternal alcance a significar en cierto modo una aguda nostalgia de la propia infancia.

La nostalgia es, en verdad, una de las formas más frecuentes de la angustia en los adolescentes. Kraepelin ya había hecho notar que la mayor parte de las histéricas que había tratado eran muchachas campesinas transplantadas a la ciudad para el servicio doméstico, y no hechas aun a las dificultades inherentes a tan radical cambio de medio. Sin llegar hasta la histeria, Pasteur pasó a los quince años por una crisis semejante: tan aguda y tan desesperada que le hizo dejar las aulas de su liceo de París para correr a respirar la atmósfera familiar de su pequeño pueblo (14). Retornar a la aldea en la que habían transcurrido los años de su infancia, era también para Pasteur una manera de aññarse; y en la intensidad de su nostalgia como en la histeria de las pobres campesinas, asomaba al mismo tiempo una protesta dolorosa contra su personalidad aun no organizada y un suspirar también, por aquella otra edad en que no se conocían tampoco esos tormentos.

De otro tormento nos queda todavía por hablar; de otro tan turbador como el del sexo, y como el del sexo también, íntimamente enraizado en la más secreta intimidad del organismo. Me refiero a lo que podría llamarse el descubrimiento del tiempo y de la muerte. Al independizarse del presente en el cual vive el niño con delicias, el adolescente se descubre de pronto como un momento entre otros momentos que se suceden inexorablemente y que inexorablemente también no regresarán jamás. Ese sentimiento de la vida que pasa y del incessante devenir, lo adquiere el adolescente casi siempre bajo la brusca sacudida de alguna muerte que le llega al alma o por la impresión igualmente inesperada de algún detalle en apariencia trivial pero que le muestra de pronto la secreta inutilidad de todo esfuerzo (15). El miedo de la muerte empieza desde entonces a turbar su sueño, y el fantasma del suicidio a tentarlo a veces con su rostro pálido. El mundo del adolescente tan

(14) Vallery-Radot: *La vie de Pasteur*, pág. 17.

(15) Ver en el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, el capítulo I del tomo segundo titulado "La muerte de Juan Miguel". En igual sentido, Pierre Loti: *Prime Jeunesse*, 69-91.



poblado ya con inquietantes enigmas se entenebrece aun más con este nuevo espanto: la seguridad fatal de terminar, la convicción irremediable del naufragio. Fuerzas exageradamente vigorosas deben ser las que lo amarran a la vida, para que semejante comprobación desoladora no lo turbe hasta el vértigo. Si la adolescencia debe pasar por una prueba de fuego, yo la veo allí mucho más que en el sexo. La curva del suicidio adquiere a los quince años un ascenso muy brusco, y esa estadística trágica nos pone ante nuestros ojos la terrible verdad de que al doblar el recodo peligroso, muchos son los adolescentes que han cedido al hechizo de aquella bruja descarnada que en *El niño Eyolf* de Ibsen, pasa una tarde como una maldición y deja en el alma del adolescente el siniestro designio de atravesar la puerta frente a la cual los otros se detienen aterrados.

Setiembre 4

## V. — LA AMBICION

El análisis que iniciamos en la clase anterior a propósito de la angustia nos va a facilitar en gran parte, la comprensión de otro fenómeno aparentemente extraño pero que guarda con aquel en el alma del adolescente una estrecha solidaridad. La angustia y la ambición, en efecto, tienen ante todo por elemento común la expectativa. En uno y otro caso, el individuo se mantiene en acecho, alerta y tenso, con la preocupación aguda del futuro. Pero si en el aspecto formal una semejanza innegable salta a los ojos, no es menos cierto que hay entre ellos caracteres por lo menos exteriores que los diferencian fuertemente en cuanto al sentimiento que les sirve de fondo. La angustia, dijimos ya, es la expectativa en la duda; la ambición, en cambio, se presenta como la expectativa en el triunfo. El angustiado recela de sí mismo, no tiene fe en sus fuerzas, desconfía de sus recursos; se sabe derrotado de antemano y se anticipa a la "señal" con una confesión de su fracaso. El ambicioso, por lo contrario, tiene la "pose" de un triunfador; con razón o sin ella, guarda en sus fuerzas una seguridad tan completa que cualquiera que sea la naturaleza de la acción

que lo espera se dispone a salir a su encuentro como quien se adelanta a recoger el homenaje de un vencido.

Sentimiento de triunfo o emoción de fracaso no son sin embargo disposiciones permanentes en la adolescencia. Según los momentos, según las circunstancias, oscilará de una a otra con una casi idéntica fragilidad en los motivos; dispuesta lo mismo al desaliento más negro que a la más ilimitada confianza en el destino. Ese carácter cambiante de los adolescentes con respecto a fenómenos que son algo más que oscilaciones de la cenestesia, nos plantea a su vez otro problema. Si es verdad que la angustia aparece como una reacción inevitable del adolescente al encontrarse sin ninguno de los automatismos adecuados a las nuevas exigencias que lo asaltan, ¿en virtud de qué razones puede recobrar de tal modo la confianza en sí mismo cuando la formación de esos automatismos no es cuestión de un instante ni se pueden tampoco improvisar con éxito? O dicho en otros términos: si la angustia corresponde a una insuficiencia de los automatismos que engendra la duda de sí mismo, la ambición correspondería a su vez a la perfección de esos automatismos. De donde resultaría en la evolución de la adolescencia dos períodos que vendrían a sucederse en este orden: uno angustioso, con automatismos inadecuados; otro, ambicioso, con automatismos eficaces. Esta conclusión, por lógica que sea, no está de acuerdo con los hechos. El adolescente ambicioso de hoy, se despierta mañana desolado, y el ritmo desconcertante de la exaltación y del agotamiento se reanuda a veces con una rapidez tan grande que se los podría creer a veces simultáneos.

Una interpretación superficial aparece enseguida: la ambición sería una consecuencia necesaria de las alegrías del adolescente. La alegría en un cuerpo joven predispone sin duda a las ideas de mérito y de contento de sí mismo, como la tristeza en un organismo fatigado predispone a su vez a las ideas de culpabilidad y negación. Pero así como en la clase anterior descubrimos que la tristeza más honda era incapaz por sí misma de engendrar la angustia, la alegría a su vez no explica de ningún modo la ambición. La alegría crea un estado momentáneo de exaltación, de embriaguez, propicio naturalmente a todos los esfuerzos, pero no lleva implícita la tendencia ambiciosa, como la tristeza no arrastra consigo la tendencia a la

duda. Hay alegrías pasivas (1), gozos beatos, en que el individuo se repliega sobre sí mismo para saborear su regocijo como el deprimido melancólico se encierra a solas con su pena. La alegría y la pena son reacciones de terminación: triunfo o fracaso son siempre un desenlace. Viven por eso en el presente, o actualizándose por medio del recuerdo, pero en cualquiera de los dos casos indican situaciones que concluyen. La ambición en cambio es siempre un comenzar, un salir al encuentro del futuro; pero si la ambición del adulto, aleccionada por la experiencia, corregida por las decepciones, no excluye de ningún modo la prudencia, la ambición del adolescente, en cambio, se incorpora al mundo reclamando su parte, con una avidez tan intensa y una sinceridad tan completa en sus derechos, que las palabras de egoísmo o amor propio resultan evidentemente inapropiadas. Una adolescente genial, María Bashkirtseff, tan extraordinaria en sus confesiones y tan complicada en su vida que tuve yo al principio la tentación de consagrarle este curso íntegramente, ha escrito en una de las páginas de su *Diario* las siguientes palabras que cualquier adolescente hubiera firmado sin temblar: "Me estimo por encima de todo. Quisiera que se despreciase y olvidase todo lo que me ha precedido, y que no quedara ni antes ni después otra cosa que el recuerdo de mí. Entonces, solamente entonces, estaré contenta" (2). Acaban ustedes de oírlo: la alegría si llega será al final de la ambición, de ningún modo a su comienzo.

Renunciemos, pues, a explicar la ambición por la alegría y busquemos en otra dirección. Todas las exploraciones nos llevarán a lo mismo: lo que da a la ambición su verdadero apoyo, lo que alimenta sus raíces más profundas, es una tendencia vital, casi tan orgánica como el hambre y el sexo que Nietzsche llamó la "voluntad de poder" y que Alfredo Adler ha destacado ampliamente bajo el nombre en mi concepto más exacto de *afán de poderío* (3). Ese afán de poderío ha tenido un origen humilde pero esencial para la vida: asegurar en lo

(1) Mignard: *La joie passive*, en "Journal de Psychologie", marzo de 1909.

(2) Bashkirtseff: *Journal intime*, pág. 86.

(3) Las obras de Adler de mayor importancia no están traducidas al castellano. Hay una traducción francesa de *El temperamento nervioso*, editada por Payot, París. La "Revista de Occidente", no hace mucho, publicó *Conocimiento del Hombre*, traducción de Humberto Bark, editor Espasa-Calpe. Se trata de una compilación de conferencias pronunciadas por Adler en el Volksheim de Viena y que responden ampliamente a un propósito de vulgarización.

posible el funcionamiento regular de nuestros apetitos. Aspiramos a poseer y a conquistar con la intención primera de abrir a nuestros deseos caminos transitables. La colectividad nos procura al nacer las condiciones necesarias para que nuestra vida se eche a caminar: durante los primeros años estamos en efecto demasiado desvalidos para marchar por nuestras propias fuerzas. Pero esa atmósfera de protección que el adulto crea en torno de los niños se va enrareciendo poco a poco. Según las circunstancias del ambiente o el nivel cultural de la sociedad en que ha nacido, el niño deberá muy pronto asegurarse la vida por sí solo, es decir, procurar a sus deseos con su propio esfuerzo la atmósfera tibia que hasta ayer estaba acostumbrado a aprovechar como parásito. En las sociedades inferiores, el niño de 7 años está obligado ya a bastarse a sí mismo (4). Sin dejar de reconocer que ese mismo hecho se repite a menudo entre nosotros con una frecuencia mayor de lo que podría sospecharse, no es menos cierto también que ya a esa edad el adulto no se inclina sobre el niño con la amorosa ternura de otros años. Miles de satisfacciones que antes se le permitían por "ser chico", empiezan ahora a negárselas por haber dejado de serlo. Adler ha mostrado muy bien que en ese instante se le abren al niño dos caminos divergentes: por un lado, la aspiración a conseguir los medios en los cuales supone que reside el poder del adulto; por otro lado, la estratagema de prolongar el parasitismo con una constante demostración de su debilidad (5). Mientras aquellos se disponen a reunir fuerzas para lanzarlas a la acción, estos otros se arrellenan en su propia inferioridad y exigen que se los siga atendiendo como antes. Esas dos direcciones no se bifurcan francamente desde los comienzos: se entrecruzan por lo contrario muchas veces, y, según las oportunidades un mismo niño podrá recurrir a cualquiera de las dos actitudes: o a vencer su incapacidad, o a exhibirla en cambio como una excusa.

Si esas actitudes se repiten con frecuencia en una misma dirección, estamos entonces en condiciones de afirmar la superioridad o la insignificancia de otro factor esencial en nuestra vida y que constituye, para llamarlo de algún modo, el *sentimiento de solidaridad*. El sentimiento de solidaridad o la ten-

(4) Descamps: *Etat social des peuples sauvages*, pág. 17 y 82.

(5) Adler: *Conocimiento del Hombre*, pág. 47.

dencia social, como dicen otros, se despierta en los niños al iniciarse la puericia, y es bien sabido la importancia que Cousinet y Piaget acuerdan a esa socialización progresiva de la mentalidad y la conducta (6). El niño, en efecto, aprende a ordenar sus pensamientos a medida que la discusión lo pone en contacto con el pensamiento de los otros, y es de ese conflicto y de ese choque de donde va a extraer la acabada conciencia de que en la vida hay algo más que el simple antojo individual, y que ese algo más es la necesidad de todos imponiéndose a la voluntad de cada uno. El sentimiento de solidaridad se yergue así, frente al de afán de dominio, como una fuerza antagonista y frenadora: contiene sus excesos, los encausa en lo posible. Un momento de equilibrio relativo entre las dos fuerzas en lucha se alcanza más o menos alrededor de los 11 años: tranquila seguridad alcanzada lentamente a través de todas las vicisitudes de la infancia, y que ha de perderse a poco andar tan pronto como se anuncien los signos precursores de la adolescencia. La adolescencia comienza precisamente con un naufragio casi súbito del sentimiento social: el niño se encuentra de pronto en la soledad, y su afán de dominio largo tiempo comprimido se dilata de pronto hasta llenar el mundo. En ese momento, recuérdese bien, nadie tiene existencia fuera de él. El solipsismo de que hablan los filósofos como consecuencia extrema de la tesis idealista, es un momento normal en la evolución del adolescente: sólo consigo mismo—*solus ipse*—el adolescente no concibe otra existencia que la propia. ¿Qué de extrañar entonces que anule resueltamente lo que le precedió para que no haya antes o después otra cosa que él?

Detalles más, detalles menos, la ambición adolescente no conoce límites. Si a los 15 años Stuart Mill se propuso reformar el mundo, su empresa ¿qué tenía en realidad de absurda? Si en ese momento de su vida el mundo y él eran lo mismo, ¿reformarlo o reconstruirlo no significaba acaso una aventura tan realizable dentro de sus fuerzas como poner en orden sus propios pensamientos o cambiar de opinión sobre un problema? Sin decirsele quizá, pero con una conciencia lo suficientemente clara para reconocerlo, ¿quién en efecto no ha sentido

---

(6) Piaget: *El juicio y el razonamiento en el niño*, *passim*.

alguna vez la tentación delirante de Papini cuando en un impetu de soberbia adolescente acarició el proyecto de convertirse en Dios? Los sueños ambiciosos de la adolescencia alcanzan allí su expresión más solemne, y bien vale la pena de releer la página famosa siquiera fuese para mostrar cómo se refleja en un alma viril la misma aspiración del "todo o nada" que estremeció como una pesadilla la vida dolorosa de María Bashkirtseff. "Algunos — escribe Papini — han intentado confundirse con Dios-místicos, ascetas, santos-pero confundirse con Dios como parte, gota, átomo de una divinidad infinita que engendra y recoge todo, emite y reabsorve todo en el ritmo de su respiración. Yo no quería ser parte sino todo; que el todo fuera parte de mí, que todas las cosas me obedecieran, como si las montañas y las estrellas y los mundos fuesen dóciles miembros de mi cuerpo. Yo no creía en Dios, Dios no existía entonces para mí, y no había hasta entonces existido; pero yo quería crearlo para el futuro, y hacer de mí, débil y miserable, el ser supremo, soberano, rico y poderoso" (7).

Sin llegar a veces hasta tal altura, el adolescente se mueve en lo grandioso como en su medio natural: entre lo heroico y él no admitiría a lo sumo más que la falta de ocasión. Es tal en efecto la apetencia por lo enorme, que aun en el caso de tener un alma mezquina, el adolescente no dejaría de aspirar por eso — como Julián Sorel — a ser indistintamente Napoleón o Papa... Quitando lo que pueda haber en todo eso de sugerencias del ambiente o de contagio literario, la llama de la ambición sigue coloreando en esa edad las aspiraciones en apariencia más humildes. Con la autoridad que ha adquirido en la dirección de las Escuelas-talleres de la Cámara de Comercio de París, Lomont ha hecho observar, en un excelente estudio sobre la elección de los oficios, la importancia que puede adquirir en la determinación de las vocaciones, la ingenua ambición del aprendiz. Llegar a ser carpintero, por ejemplo, no seduce a ninguno; llegar a ser ebanista a casi todos. En igual forma también, el futuro maquinista ha empezado diciendo que aspiraba a ser "mecánico de precisión", y si se escarba un poco el designio profundo que lo llevó al oficio

(7) Papini: *Un homme fini*, traducción francesa de H. Chazel, pág. 196.

se verá que no es ajeno a él ni las hazañas de la aviación ni los prodigios de la radio (8).

Pero en el adolescente que quiere ser Dios o en el adolescente que se conforma con ser ebanista, no hay más que una sola preocupación fundamental: la de elevarse sobre los demás, la de actuar sobre los otros, la de imponer a toda costa la admiración de su gloria: todos los ojos dirigiéndose a él, todas las bocas repitiendo su nombre. La calidad moral o estética de la obra en sí no le preocupa en lo más mínimo con tal que sea capaz de levantarlo sobre los hombros de todos. Inventor o profeta, apóstol o asesino: pero el primero siempre. Como en el verso de Whitman, el adolescente lanza a todos los vientos el desafío orgulloso: "¿cuál es aquel que llegó más lejos? Porque yo quiero llegar más lejos todavía".

Ese amor de la ambición en sí, de la gloria por la gloria misma, quita al adolescente la preocupación de las únicas barreras que podrían detenerlo. No me refiero por supuesto a esa ignorancia de la vida que le lleva a considerar como hazañas accesibles las que tal vez están reservadas sólo al genio, ni tampoco a ese desconocimiento de los valores efectivos que hacía pensar a aquellos colegiales de que nos habla Maurice Barrés (9) que un hombre que fuera fuerte como el profesor de gimnasia, políglota como los maestros de inglés y de alemán, latinista como un agregado, no necesitaría nada más para conquistar el mundo... Me refiero más en especial a esas otras barreras de la moral y los afectos que paralizan tantas veces al adulto. Sobre el adolescente en el mejor de los casos no conservan otro dominio que el del hábito. El afán de poderío en lo que tiene de salvaje y de fuerte, le dicta la ley y se la impone: como un héroe de Ibsen, "quiere vivir su vida" sin saber a ciencia cierta en qué consiste. Y en tal gesto de dureza o en tal otra palabra de crueldad se lo siente que avanza, por lo menos en imaginación, como un guerrero implacable que no se preocupa de saber lo que destroza.

Para el adulto de formación normal, el sentimiento de solidaridad social se manifiesta a su conciencia como una necesidad de justificar sus propios actos. El deber, que empezó

(8) Lomont: *La elección de un oficio*. Traducción española de Eduardo Rogé para "Enciclopedia de la Educación". Montevideo, setiembre de 1930.

(9) Barrés: *Les déracinés*, tomo I, pág. 5, editor Plon, París.

siendo en el origen una obligación para con los demás, ha llegado a ser más tarde una obligación consigo mismo; y esa obligación es tan constante, se manifiesta de modo tan tiránico, que aun después de haber cometido a sabiendas algo que sabemos reprochable, no podemos menos que buscar ante nosotros razones complacientes que nos justifiquen. La ambición del adolescente no conoce tales servidumbres: con cinismo de Dios, él no debe a nadie cuenta de sus actos . . .

Momento peligroso porque en él las tentaciones encuentran a menudo un camino accesible; pero momento más peligroso aun porque en ese asalto desesperado de la gloria la infamia o el crimen pueden muy bien llegar a parecer hermosos. Ignoro la edad en que aquel obscuro ciudadano de Efeso, llamado Eróstrato, puso fuego al templo admirable sin otro objeto que el de asegurar en la historia la persistencia de su nombre. Aunque la historia pròbara lo contrario no tengamos temores en decirlo: Eróstrato fué un adolescente, no podía ser más que un adolescente. Y bien hizo Laccassagne en llamar *erostratismo* a ese delirio de la grandeza póstuma que no se detiene para nada en la moral del rebaño con tal de asegurarse con un acto o con un gesto, por bárbaro que sea, la perennidad de su recuerdo en la memoria de los hombres.

Pero criminal o sublime, ese loco amor de la gloria está en el adolescente más allá de la moral, y exige para comprenderlo plenamente la última aproximación que ahora vamos a intentar. Doce años tenía Arcadio Dolgoruki — el adolescente de que nos habla Dostoiewski en la novela posiblemente más autobiográfica que ha escrito — cuando resolvió ser un Rothschild para llevar una vida solitaria. Soledad y poder, he ahí su ideal. Pero ¿de qué sirve el poder cuando se vive en la soledad? ¿A qué puede conducir la ambición adolescente si la soledad que está en su alma lo sigue siempre a todas partes? El mismo Dostoieswski lo va explicar muy pronto: “No es el dinero lo que me hace falta ni tampoco el poder; lo que necesito es lo que se adquiere con el poder y que sin él no puede conseguirse: *la conciencia íntima y tranquila de la fuerza*. La conciencia de la fuerza es bella y prestigiosa. Si tuviera la fuerza en mi poder estaría tranquilo. Porque el rayo está en manos de Júpiter, por eso, no escucha usted el rayo a cada rato. Pónganlo en manos de un literato



o de una campesina, y entonces los truenos no cesarán un momento. Cuando tenga el poder pienso que no lo necesitaré. Estoy seguro; voluntariamente ocuparé los últimos puestos. Si fuero Rothschild me bastaría con un gabán roto y un paraguas. ¿Qué me importa que me empujen en la calle o tener que correr para que no me salpiquen los carruajes? Saber que soy yo, yo mismo Rotshchild, me alegraría al instante. Sé que puedo dar una cena como nadie, que puedo tener el mejor cocinero del mundo, y esto me basta. Comería un pedazo de pan y de jamón y estaría satisfecho" (10).

Los distingos que esbozábamos al principio de esta clase nos traen ahora al punto de partida: lo que el adolescente busca en la gloria y la ambición no es otra cosa que calmar el tormento de su angustia; vencer de alguna manera la duda de sí mismo procurándose a expensas de cualquier sacrificio "la conciencia íntima y tranquila de su fuerza". Todas sus preocupaciones de tímido y de ansioso se compensan por momentos con el sueño de la gloria; pero la inquietud que no le da descanso lo conduce de nuevo a su tormento. Y hasta podemos apreciar las dimensiones de este por las enormidades de sus sueños de gloria; pobre Júpiter tembloroso que por lo mismo que duda de sus fuerzas sólo consigue ilusionarse a veces en medio de una tempestad de rayos.

Septiembre 11.

(10) Dostoiewski: *Un adolescente*, tomo I., pág. 136. Traducción española de Carmen A. de Peña, publicaciones "Atenea", Madrid.



# Análisis de Libros y Revistas

EMMANUEL BERL. — *Le Bourgeois et l'Amour*, París; editor Gallimard.  
1 vol. (120 x 190 mm.); 246 p.; rúst.

Emmanuel Berl, crítico sarcástico de la sociedad burguesa, analiza en su último libro el comportamiento de esta sociedad y de sus individuos frente al amor. El burgués, hombre tendido hacia la conquista del dinero y los honores, excluye cuidadosamente de su sistema el amor, fuerza que no logró superar ni reducir y que puede, en cualquier momento, fracturar la armadura del edificio. El amor erige una contradicción en cada individuo, como la guerra nacional y la crisis económica la erigen en la sociedad. Es preciso, pues, oponerle una muralla de leyes, de conformismos, para evitar que perturbe el libre desarrollo de los motivos fundamentales de la actividad burguesa: la fortuna y los honores.

En cada estadio de su evolución, el burgués se colocó ante el amor de manera distinta. Cuando se dispuso a la conquista de los privilegios de la aristocracia, fué puritano. Alzó su moral, forjada por Lutero y Calvino, ante el señor libertino; creó leyes duras y usos austeros para sujetar al adolescente y atar a la mujer.

Más adelante, seguro ya de su fuerza, confiado en el mañana, ambicionó los placeres y se hizo a su turno libertino como el antiguo señor, o inventando goces nuevos, se volvió romántico. Se inclinó al liberalismo en política y, escuchando la voz de los poetas, relajó las normas que regían las relaciones intersexuales. En esta época prima el "homme á femmes". La gloria del sabio, del industrial, del literato, palidece ante la gloria del hombre más afortunado y hábil que se reservó la mejor parte, la mujer. Y así también, en esta época, la mujer "lanza", "protege", dispone de las embajadas, de los ministerios, de los comandos. El burgués es individualista, anarquizante. Pero la lucha contra el amor, más solapada, no es por ello menos real. Se opone a la verdad de la vida una concepción ideal del amor, que se reconoce inalcanzable en la sordidez de las relaciones terrestres: se hacen bellos versos, pero el interés sigue presidiendo las relaciones humanas.

Nace en esa época la concepción de la lucha de sexos. El burgués romántico suspira por su entelequia, pero ve en la mujer un enemigo personal. Sin embargo nada en la realidad circundante le autoriza a pensar en tal lucha de sexos; en todos los tiempos, las condiciones de la vida han hecho de la mujer la compañera indispensable del hombre, ¿por qué, pues, lucha de sexos? Este problema sólo tiene sentido si se propone la identidad de la vida con la profesión y la del amor con el descanso, con las vacaciones.

Cuando la burguesía fascista sucede a la burguesía liberal, cuando el capitalismo comienza a dudar de su estabilidad, los valores de energía

sustituyen a los valores de "finesse" y la clase prevalece sobre el individuo usándolo a su conveniencia, sin tener en cuenta para nada sus sentimientos personales. Ha nacido una especie de neo-paganismo; culto del cuerpo, sport, frenesí físico y espiritual. Los hombres y las mujeres buscan en el erotismo la compensación del movimiento acelerado a que los somete el capitalismo. Este erotismo contemporáneo parece ser, en realidad, una nueva defensa del conformismo contra el individuo, un nuevo modo de protección contra el amor. Lo que el amor tiene de inquietante es su poder de enriquecer, doblándola sin negarla, la personalidad humana, de establecer parejas capaces de oponer sus pequeños bloques, en una guerrilla sin fin, a la creciente presión de la colectividad. Por el contrario, el erotismo mantiene al individuo aislado y sometido a la sociedad, que lo domina fácilmente.

Esta perpetua lucha de astucias demuestra hasta qué punto el burgués teme al amor; pero el amor y la mujer son su obsesión. En todas las épocas, las sociedades han tendido hacia un tipo de mujer: Atenas tuvo su Antígona, el siglo XVIII tuvo a Ninón. La sociedad burguesa no pudo forjar su tipo y sólo ha logrado adaptar malamente los mitos antiguos y así es como están en ella vigentes diversos tipos de mujer traídos de todos los tiempos: el mito de la buena esposa, de la mujer adúltera, de la mujer fatal, de la doncella.

Pero, en la vida real, el burgués no encuentra a Antígona, ni a Aspasia, ni a Andrómaca, ni a Mesalina. El adolescente busca el ideal y se encuentra con un complejo freudiano. Hasta su matrimonio, sus amores son frívolos: la mujer madura, el flirt con las primas... Pero la joven moderna desdeña al muchacho hasta que se "asienta" y se transforma en una "esperanza" de dinero o de consideración. Parecería que después de la guerra, la joven se hubiera transformado por completo, pero esta transformación es por lo general superficial, y subsiste en ella el mismo espíritu burgués que en su madre y su abuela.

Queda la "midinette", la chica que trabaja, más ingenua y a quien el joven burgués aparece como el príncipe encantado. Queda la casa de citas, la entretenida... Todo esto hasta el matrimonio.

El joven burgués sólo piensa en el matrimonio, como su hermana la joven burguesa; todo lo empuja hacia el matrimonio y se encuentra, llegado el momento, ante el problema más grave de su vida. Para el aristócrata, el matrimonio era un asunto simple, como lo es para el obrero. Para el burgués, el matrimonio es un asunto a la vez individual y social y lo grave es que falta la medida adecuada: ¿Cómo evaluar a un burgués? Hay que justipreciar no sólo la fortuna sino las esperanzas, la carrera, el rango social. El matrimonio burgués es un negocio, pero que no se da por tal y que, a menudo, si se presentara como negocio, no podría realizarse. El burgués quiere poner en el matrimonio algo de romance porque, si quiere concordar con la sociedad, quiere, también, sentirse a sí mismo, con su alma inmortal. Asunto espinoso.

Luego, cuando vienen los desastres y los desengaños del amor, el

burgués los organiza de un modo astuto y grosero a la vez: con una amante. El burgués es un hombre que tiene una mujer y una querida.

A esta íntima debilidad, a esta vacuidad de la sociedad burguesa con respecto al amor, hay que atribuir el triunfo del maquinismo. El erotismo mantiene desunidos, solos, al hombre y a la mujer que no encuentran en él sino un placer effmero, sin raíces y sin prolongación. ¿Podrán, el hombre y la mujer, superarlo? Si lo logran, si levantan las contradicciones entre el erotismo y el amor, renovarán su pacto con el mundo. Un contrapeso suficiente impedirá a la maquinaria pulverizar lo humano. Si no, el erotismo tenderá cada vez más hacia la mecánica y el hombre perderá su refugio supremo: el hogar formado por la mujer y por él. — *Rafael Río.*



# Noticias y Comentarios

## NARCISO C. LACLAU

Este hombre de laboratorio — que una tragedia nos llevó hace un año — fué, en su juventud todavía tan gallarda, uno de los valores más auténticos de la ciencia argentina. Las ásperas disciplinas de la investigación tenían en él su obrero y su teórico: tan prolijo aquel y tan brillante este otro, que le era posible pasar con idéntica maestría lo mismo de la técnica a la hipótesis que del concepto a la herramienta.

Si la química había sido para él la puerta estrecha de la iniciación, su fuerte cultura de matemático y de biólogo le fué ensanchando el horizonte de tal modo que llegó a gustar en breve plazo el amor de las amplias perspectivas.

Era por eso un espectáculo hermoso su fino espíritu de joven sabio: capaz lo mismo de perseguir durante muchos años el enigma del cáncer que de internarse con paso firme en la filosofía de Bergson o de Driesch.

Pocas veces el difícil equilibrio del analista y del generalizador se había realizado de manera más completa. Pero con tener en su laboratorio tan amplias ventanas siempre abiertas, no había sacrificado a la labor científica sus inquietudes más íntimas. Una firme vocación de escritor le traicionaba los secretos anhelos; y en la prosa tensa del narrador científico se percibe a veces como un desasosiego.

El hombre de ciencia que señalaba en Jacques Loeb su inspirador lejano, guardaba en el fondo de su alma un fervor de artista por Maurice Barrés: junto a la pesquisa austera del laboratorio, el estremecimiento de la sensibilidad, la inquietud por los problemas sutiles, la preocupación generosa por los problemas sociales.

Para darle a la ciencia su desarrollo pleno creía necesario hacer con ella un instrumento eficaz del desarrollo colectivo. Por eso cuando un grupo de hombres animados de un mismo fervor por la cultura echamos los cimientos del Colegio Libre de Estudios Superiores, Laclau vino a traernos en seguida la colaboración inapreciable de su talento y su entusiasmo.

El vasto plan que se había propuesto realizar naufragó así cuando todos esperábamos por fin la sistematización de tantas pesquisas de detalles, la coordinación de tantos hallazgos parciales. Duro destino para el investigador que no se extravió jamás en investigaciones estériles y que aspiraba siempre, como fin supremo, a vivificar con la síntesis la sequedad del dato aislado.

Para suplir en algo a la fatalidad de la obra trunca, manos amigas han reunido en un volumen algunos de los ensayos a través de los cuales se alcanza a distinguir las líneas generales de su pensamiento.

Enfrentándose a las corrientes contemporáneas del vitalismo en auge, Laclaur afirmaba la legitimidad de una biología mecánica. Por ella trabajó en lo mejor de su vida: conocía sus límites y no ignoraba sus insuficiencias; pero sabía también que a medida que la biología se perfecciona, las aparentes excepciones que el vitalismo subraya se van integrando poco a poco dentro de la sistematización físico-química.

Con los defectos inevitables en un volumen de esta índole, los *Ensayos de Filosofía Biológica* bastan para conceder a su autor un puesto honroso en la futura historia de nuestra biología. Incompletos, ya que no mutilados, ellos reflejarán en su aparente desorden, las ricas curiosidades de un espíritu que se esforzó en todo momento por aprisionar los múltiples aspectos de la vida, y a quien el destino reservó como experiencia extrema la dramática angustia de su Barrés bien amado: "du sang, de la volupté et de la mort". — *Anibal Ponce*.

## LOS CURSOS DE 1931

Desde el 4 de Mayo al 27 de Noviembre fueron dictados veintinueve cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores; cuya versión taquigráfica se está publicando en esta revista. Transcribimos, a modo de resumen, la lista de los profesores y de los temas: AMADO ALONSO: "Introducción a la filosofía del lenguaje". — JUAN BLAQUIER: "Problemas geométricos famosos". — ANGEL CABRERA: "Los métodos y los problemas de la paleobiología moderna". — JOSE R. DESTEFANO: "Los arquetipos humanos en las tragedias de Sófocles". — VENANCIO DEULOFEU: "Constitución de los polisacáridos". — JUAN JOSE DIAZ ARANA: "La democracia y sus problemas". — PEDRO B. FRANCO: "Sentido humano y social de la educación nueva". — ENRIQUE GAVIOLA: "Fotoquímica". — JOSE GONZALEZ GALE: "El problema de la población". — ANGEL GUIDO: "Arqueología y estética de la arquitectura criolla". — PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: "Clásicos de América". — ALEJANDRO KORN: "Teorías metafísicas" y otro curso en conmemoración del centenario de la muerte de Jorge Guillermo Federico Hegel. — COSME LAZZARO: "Matemática aplicada a las ciencias biológicas". — ENRIQUE LOEDEL PALUMBO: "Estructura del átomo". — JUAN MANTOVANI: "Introducción filosófica a los problemas pedagógicos". — AGUSTIN MARENZI: "Fisiología de los fenoles". — JORGE F. NICOLAI: "La influencia de las condiciones geográficas en el desarrollo del mundo y de Sud-América en especial". — NINO PICCALUGA: "¿Morfología fija o morfología cíclica de las bacterias?". — FEDERICO PINEDO: "Nuestro problema monetario". — ANIBAL PONCE: "Psicología de la adolescencia". — LUIS REISSIG: "Anatole France: algunos aspectos de su vida y su obra". — NICOLAS REPETTO: "Coope-



ración libre". — JULIO REY PASTOR: "Las crisis de la matemática". — FRANCISCO ROMERO: "Introducción al problema del conocimiento científico". — JUAN SABATO: "Teoría de las lámparas electrónicas y su aplicación en la radiotécnica". — NUMA TAPIA: "Evolución de las estrellas". — CARLOS VEGA: "La música de los trovadores". — RAUL WERNICKE: "El estado coloidal de la materia".

705 asistentes han sido fichados en Secretaría. Como cada uno de esos cursos funciona independientemente de los otros, y varios alumnos se inscriben en más de un curso, mientras muchos otros retiran tarjetas en cada clase, el total de inscriptos en los 29 cursos asciende a 1.117.

La distribución de estos 1.117 inscriptos, de acuerdo a los cursos elegidos, es la siguiente:

Arquitectura: 15; Astronomía: 35; Biología y Bioquímica: 70; Filosofía: 317; Física y físico-química: 70; Literatura: 109; Matemáticas: 31; Musicología: 10; Paleobiología: 12; Pedagogía: 50; Sociología, economía, finanzas: 398.

De acuerdo a las edades se distribuyen en la siguiente proporción: Un 55 % entre los años 17 y 30; y el 45 % restante de 30 en adelante.

De acuerdo a sus profesiones, otros trabajos y estudios, los 705 alumnos fichados, se clasifican así: Comerciantes: 16; Contadores: 29; Doctores: en C. Económicas: 3; en Farmacia y Bioquímica: 9; en Filosofía y Letras: 6; en Física y Matemática: 2; en Leyes: 24; en Medicina: 26; en Química: 15; Empleados: 131; Escribanos: 2; Estudiantes: 168; Industriales: 7; Ingenieros: 21; Maestros: 48; Marineros: 2; Mecánicos: 4; Militares: 6; Obreros, oficios diversos: 85; Periodistas: 4; Profesores: 80; Técnicos: 11.

El Colegio va cumpliendo a paso medurado y firme la labor que se propusieron sus iniciadores. Los trabajos de investigación pura, en ciencias como en letras, tienen en él un ambiente cordial. Es de esperar que llegue el día en que el Colegio pueda brindar a los investigadores no sólo su cátedra, sencilla y digna, sino su laboratorio, su gabinete de búsqueda y meditación, su buena biblioteca de consulta. Eso requerirá, por cierto, un esfuerzo animoso y metódico, y la ayuda generosa de modestos y grandes filántropos y de todos los estudiosos de talento y buena voluntad que comprendan que la cultura superior y la investigación pura valen para el adelanto de la ciencia y de las letras, y la evolución del mismo pueblo en cuyo seno todas estas conquistas se realizan.

El Colegio continuará su labor durante el año entrante, a partir de Abril, siguiendo la misma ruta que hasta ahora. No se ha creído conveniente modificar la orientación de sus cursos, pues éstos contemplan las necesidades de hoy, dentro de nuestras posibilidades de elección. El Colegio aspira a continuar siendo lo que ha sido hasta ahora: una cosa viva, noble, puesta al servicio de los estudiosos y para bien del pueblo.

La experiencia y las nuevas necesidades nos irán diciendo qué puntos debemos rectificar o en qué debemos insistir con mayor cuidado. Los que hemos organizado el Colegio no constituimos un cuerpo académico cerrado

a las sugerencias acertadas. Las buscamos. Los profesores que nos acompañan en esta tarea, y a quienes corresponde el éxito y el valor de la misma, coadyuvan generosamente con sus iniciativas. El "desideratum" de tal labor consistiría en hallar la forma de que pudieran desarrollar con firmeza tres orientaciones: el curso monográfico, la investigación pura con todos sus elementos de trabajo y los cursos de formación cultural. Si el país nos apoya, exclusivamente por el concurso privado, esto puede realizarse en pocos años y habremos llegado así a determinar y consolidar la estructura cultural y de investigación, inexistente hoy la primera y limitada hoy la segunda a pequeños núcleos que trabajan en las universidades al margen de su tarea estrictamente especial o bien dispersos y, a veces, casi desconocidos.

La riqueza de un pueblo, que determina su potencia, sólo tiene su expresión real cuando contribuye a fijar la personalidad del mismo dando su máximo esfuerzo al adelanto de las artes, a los progresos de la investigación y a la extensión y calidad de su cultura.

---